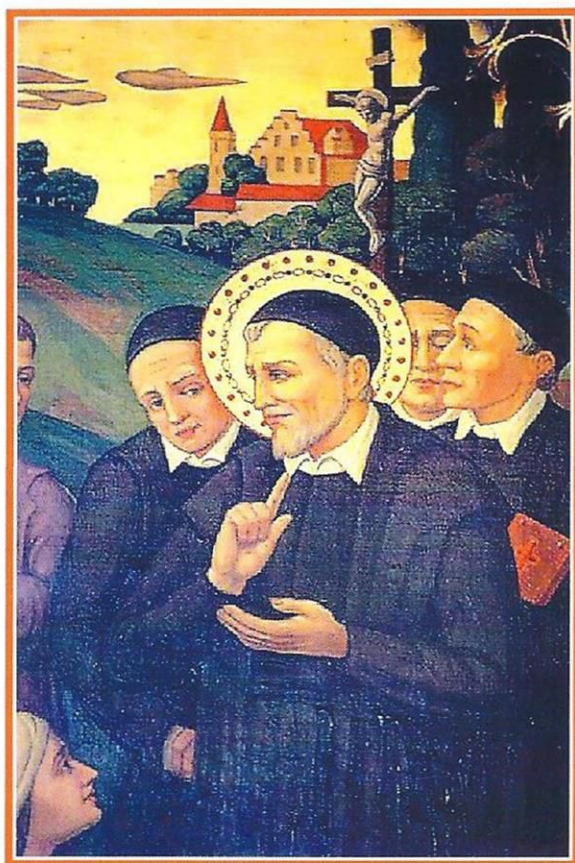


VINCENTIANA

Año 55 - n. 2

Abril-Junio 2011



Primeros compañeros en la Misión

CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN
CURIA GENERAL

CURIA GENERAL

CIRCULAR DEL TIEMPO FUERTE

(7-10 de Junio de 2011)

Roma, 23 de Junio de 2011

A todos los miembros de la Congregación de la Misión

La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen vuestros corazones ahora y siempre.

1. Nuestra **sesión de formación continua**, en este tiempo fuerte, consistió en un compartir con los miembros de la Comunidad en Diálogo, un apostolado de los misioneros de la provincia de Roma, un programa que ya lleva veinte años, ayudando a gente con problemas de adicción, dándoles oportunidad para elegir vivir su vida en libertad, mejor que esclavizados por el mundo de las drogas y el alcohol.
2. **Pusimos al día** las siguientes cuestiones a nivel de la Congregación Internacional.
 - Revisamos el **Encuentro para los Visitadores Nuevos**, que tendrá lugar en Enero de 2012.
 - Trabajamos en el proyecto de la **Ratio para Parroquias**, dialogando largamente sobre los resultados de las respuestas al cuestionario que se envió. Los dos Asistentes responsables de este proyecto, P. Eli Chavez y P. Estanislao Zontak, prepararán una respuesta a la Congregación, referente a nuestra reflexión.
 - Tratamos un informe del P. Zontak y de la Comisión que se ha formado para renovar la **Ratio Formationis**. La Comisión se reunió en la Curia unos días antes de nuestro encuentro del tiempo fuerte, para planificar sus actividades. Los miembros de la comisión son: Jerry Luttenberger, de la Provincia del Este de USA, que fue elegido coordinador de la comisión; el P. Orlando Escobar, de Colombia, secretario; el P. Jan Martincek, de los Santos Cirilo y Metodio; el P. Joy Thuruthel, de India Sur; el P. Robert Petkovsek, de Eslovenia; y un nuevo miembro elegido para representar África, el P. Dominique Iyolo, anterior

visitador de la Provincia del Congo. Su plan es trabajar e investigar en casa y luego, volver a encontrarse en 2012 para ensamblar una redacción de la *Ratio Formationis* a fin de revisarla en el Encuentro de Visitadores, en 2013.

- Tuvimos un informe del P. Javier Álvarez que fue nuestro representante en la nueva Comisión formada en referencia al **Centro de Investigación Vicenciana en París**.

3. La Curia General.

- Una puesta al día sobre la situación de nuestros **Estatutos** modificados. Serán enviados a todas las provincias en latín, italiano, que es la lengua de trabajo, francés, y español. Actualmente se está haciendo la traducción al inglés. Nuestra intención es enviar una copia digital de los Estatutos.
- El P. Javier nos puso al corriente del reciente encuentro de la **Unión de Superiores Generales**.
- Decidimos tener una sesión especial de formación sobre cómo promover **el proyecto de Fondos Patrimoniales**.
- Recibimos dos programas que están siendo preparados por el **SIEV** para 2012 sobre ayuda para la formación de investigadores vicencianos.
- Estudiamos el acta del encuentro de la **Comisión para el Cambio Sistémico** y su proyecto para los próximos cinco años. El Consejo General ha decidido ahondar, en el próximo tiempo fuerte, en el significado del cambio sistémico y tratar de comprender por qué hay focos de resistencia al concepto.
- Estudiamos y aprobamos la realización de un taller, en 2013, en París referente a la **Prudente Gestión del Dinero**.

4. Recibimos un informe del Director de la **Oficina para la Solidaridad Vicenciana**. Debido al menor importe de las donaciones aportadas para los fondos de compensación (matching funds) hemos cortado nuestro apoyo a las provincias con proyectos especiales. Al presente, no podemos seguir ayudando a los proyectos de la Oficina para la Solidaridad Vicenciana hasta 2013, por lo menos.

5. Con respecto a las **cuestiones financieras**, el P. Geders compartió con nosotros el informe de la **Comisión de Finanzas de la Curia**, que se reunió aquí, en la Curia, en Mayo.

6. Con la ayuda del P. Varghese, el Asistente para las Misiones y del P. Geders hicimos **la distribución del Fondo de Misiones** para 2011.

7. Con referencia a las, **Misiones Internacionales.**

- Tratamos dos informes dados por el Superior General sobre su visita a la misión de **El Alto y Cochabamba, Bolivia.** Luego revisamos diversas cartas que habíamos recibido del Superior de la Misión de las **Islas Salomón.** Los misioneros están empeñados en la construcción de un centro para la formación de los candidatos a Vicencianos.
- Recibimos de **la diócesis de San Ignacio de Velasco, Bolivia,** una petición de misioneros. Editaremos y publicaremos esta carta, escrita por el Vicario General, en la Carta de llamada a las Misiones, de octubre.
- Hemos recibido el ofrecimiento de dos candidatos para las misiones internacionales.

8. **La Familia Vicenciana.**

- Repasamos el acta del encuentro de la **Comisión Ejecutiva de la Familia Vicenciana,** celebrado en Enero, incluyendo los comentarios hechos por el Superior General.
- El P. Eli nos puso al día sobre las diferentes actividades de la Familia Vicenciana, centrándose sobre todo en la **Asamblea General de la AIC,** celebrada en España, en la que participó él, con el delegado anterior P. Manuel Ginete.
- También nos dio un informe actualizado sobre el encuentro que se tendrá en Roma, en Enero, para los **líderes de la Familia Vicenciana.** El programa se centrará en Federico Ozanan hoy, en relación con la enseñanza social de la Iglesia y los objetivos de la ONU para el tercer milenio.
- El Superior General dio también un informe sobre el encuentro virtual tenido con la **Comisión para el Liderazgo Vicenciano.** Esta comisión se reunirá en Roma para organizar y coordinar los diferentes materiales que han sido publicados en la Familia Vicenciana sobre Liderazgo. Los miembros de esta Comisión son: el P. Manuel Ginete, por la Congregación de la Misión, Mr. Mark McGreevy de DePaul International, Mr. Eduardo Almeida de la Sociedad de San Vicente de Paúl, Natalie Monteza, de la AIC, Yasmine Cajuste, Presidenta Internacional de la Juventud Mariana Vicenciana, Sor Denise LaRock, por las Hijas de la Caridad, y Denise Khoury, de la Juventud Mariana Vicenciana. Todos los materiales publicados sobre Liderazgo Vicenciano, serán bien recibidos (cmcuria@cmglobal.org).
- Estudiamos y comentamos el informe recibido del P. Jean-Pierre Mangulu que es el nuevamente nombrado miembro de la pro-

- vincia del Congo para trabajar con la Familia Vicenciana y **el proyecto Zafen para Haití.**
- Nombramos el nuevo **Director Nacional de la juventud Mariana Vicenciana en España**, para reemplazar al P. Juan José González. Agradezco al P. Juan José sus muchos años de generoso servicio como Director Nacional de la Juventud Mariana Vicenciana e España. El nuevo Director es el P. Oscar Miguel Muñoz, de la provincia de Barcelona.
 - El Superior General presentó un informe sobre la actividad de la Familia Vicenciana en la que él participó durante su reciente visita a **África Central.**
 - Nuestro secretario general nos dio un informe sobre su participación en el encuentro de **MEGVIS** con diferentes participantes de la Familia Vicenciana del mundo germano-parlante.
9. Escuchamos varios informes de las Asambleas de las **Conferencias de Visitadores.**
- APVC, informe del P. Varghese Thottamkara;
 - CEVIM, informe de los PP. Estanislao Zontak y Javier Álvarez;
 - COVIAM, informe del P. Zeracristos. Al mismo tiempo, el Superior General compartió con el Consejo General, un informe sobre su visita a la nueva misión en el Chad, que está patrocinada por la Conferencia de Visitadores de África y Madagascar (COVIAM) y la Curia General. Estudiamos los informes del Delegado de COVIAM para la Formación, P.Sy Peterka, con referencia a su visita a Rwanda-Burundi, Madagascar y Mozambique;
 - El Superior General dio su informe sobre su participación en el encuentro de los consejos de las provincias de los Estados Unidos (NCV).
10. Tuvimos un intercambio de nuestros **calendarios** para los meses de Julio, Agosto y Septiembre. Menciono brevemente las actividades del Superior General. Del 13 al 21 de Agosto, estará en Madrid para el Encuentro de la Juventud de la Familia Vicenciana y la Jornada Mundial de la Juventud. El 22 de Agosto colaborará con las Hijas de la Caridad de las provincias Eslavas, en la Rue du Bac, en París. A primeros de Septiembre visitará, con el Director de las Hijas de la Caridad de la Provincia de Los Altos Hills, Magadan, en Rusia, y también California, Alaska y Utah. Al final de Septiembre visitará Madagascar para la celebración del centenario de la Provincia.
11. A continuación del encuentro tiempo fuerte, el sábado, día 11, hubo una sesión especial en la que el Consejo General trató con mayor profundidad la responsabilidad de llevar a cabo **las visitas**

canónicas de manera que ayuden a promover la internacionalidad de la Congregación, así como a conocer la realidad de cada una de las provincias.

Vuestro hermano en San Vicente,

A handwritten signature in black ink, reading "G. Gregory Gay, C.M." in a cursive script.

G. Gregory Gay C.M.
Superior General

DOSSIER

Primeros compañeros en la Misión

Presentación

Julio Suescun Olcoz, C.M.

El Superior General, en su circular del 13 de Mayo de 2009 (*Vincentina*, 2009, n. 3) anunciaba oficialmente la celebración un Año Jubilar, en 350 aniversario de la partida para la Misión del cielo de San Vicente y de Santa Luisa. Ya entonces, VINCENTIANA pensó atender, junto a la figura de los fundadores, a la colaboración que les prestaron otras personas para que naciera y se desarrollara la Misión en la tierra.

Estando aún en 2009, VINCENTIANA dedicó el número 5 a la colaboración fecunda entre San Vicente y Santa Luisa. Luego hubo que referirse a acontecimientos providencialmente coincidentes con el 350 aniversario, como el centenario de la Aprobación Pontificia de la AMM y el Año sacerdotal. A ellos dedicó VINCENTIANA, sendos números (*Vincentina*, 2009, n. 6; *Vincentina*, 2010, n. 1). En el número 2 de 2010, titulado “350 años y la misión continua”, VINCENTIANA, recogía la valiosísima colaboración prestada a San Vicente por dos miembros de la C.M., un sacerdote, el P. Antonio Portail, y un Hermano, Bertrand Ducourneau. La continuidad de la Misión se hacía más visible en el número 3 de *Vincentina* 2010, dedicado a la 41 Asamblea general de la C.M. convocada precisamente bajo el sugestivo lema de Fidelidad Creativa a la Misión. Y en la misma línea se situaba el número 4 del mismo año 2010, con la publicación en un solo número de las 12 fichas que habían servido a toda la Familia Vicenciana para apoyar su reflexión sobre la fidelidad vicenciana hoy.

Ya en 2011, VINCENTIANA se hacía eco de lo que había significado el año jubilar en todo el mundo. En este número, VINCENTIANA vuelve a su idea primera de atender a la colaboración de las personas

que ayudaron a San Vicente a implantar su idea de misión, sea en Francia, sea en los lugares a los que San Vicente envió a los misioneros. Ciertamente no están todas las personas, ni quizá las más importantes, pero las que están, ciertamente son significativas y merecen señaladamente nuestro recuerdo y nuestro agradecimiento.

Por último, con este número, VINCENTIANA termina una etapa. A partir del número correspondiente al tercer trimestre de 2011, el Director de VINCENTIANA será el P. John MAHER C.M. de la Provincia Este de los EE.UU. Le deseamos éxito en este nuevo servicio a la C.M. Y por lo que hace al director cesante, éste quiere expresar su sentido agradecimiento a los muchos y buenos colaboradores que ha encontrado. Y como nos enseñan nuestras sanas tradiciones, humildemente pide excusa por los fallos cometidos en el desempeño de este oficio que le confiaron hace cuatro años.

Margarita de Silly, señora de Gondi

La primera mujer que no pudo prescindir de Vicente de Paúl

Vicente de Dios Toribio, C.M.



Felipe Manuel de Gondi y Margarita de Silly

Silly-Gondi

Margarita de Silly y Felipe Manuel de Gondi se casaron el año 1600, el mismo año en que Vicente de Paúl era ordenado sacerdote. Tendrían aproximadamente la misma edad. No se conocían para nada, ni se parecían en absoluto. Pero los caminos de la vida y la mano de Dios los acercarán hasta una fuerte relación de entendimiento y colaboración.

Nada se dice en los libros de la vida de Margarita de Silly antes de su matrimonio en 1600. Era la hija mayor de Antonio de Silly, conde de Rochepot, doncel de Commercy, soberano de Euville, y de María de Lannoy, señora de Folleville. Los títulos nobiliarios eran en aquel tiempo tan usados y exhibidos que mejor nos ahorramos de enumerarlos de ahora en adelante. Sólo nombrar los poseídos por la familia Gondi llenarían vanamente varias páginas. En cualquier caso la familia Silly era una familia noble, aunque no tanto como la familia Gondi, ni mucho menos tan importante en la historia y la política del país.

Tampoco sabemos los detalles del encuentro de Felipe Manuel y Margarita. Como fuera se encontraron, se casaron y se amaron de verdad. Su domicilio estuvo en París, primero en la calle de Petits Champs y luego en la calle Pavée. Pero pasaban largas temporadas, al menos cuando las campañas militares de Felipe Manuel como general de las galeras lo permitía, en las residencias campestres que tenían en sus extensos dominios.

El primer Gondi que llegó a Francia, de Florencia a Lyon, se llamaba Antonio. Era banquero y sus intereses eran financieros. En Lyon se casó con una dama llamada María Catalina de Pierre Vive. Y, en un viaje de su paisana la reina Catalina de Medicis a Lyon, ésta simpatizó con ellos de tal manera que cambiaron la profesión de banqueros por la política. Y así empezó la saga francesa de los Gondi.

Antonio y María Catalina tuvieron dos hijos, fue la primera generación: Alberto, dedicado a las armas, y Pedro, dedicado a la Iglesia

De Alberto y Catalina de Clermont nacieron cuatro hijos varones y varias mujeres, fue la segunda generación: Carlos y Felipe Manuel, dedicados a las armas; y Enrique, el primer cardenal de Retz, y Juan Francisco, el primer arzobispo de París, a la Iglesia. Dos de las hijas de Alberto y Catalina fueron religiosas de la abadía de Poisy, pero la más conocida fue Carlota, por otro nombre marquesa de Maignalais y que, viuda a los veinte años, consagró su vida y fortuna a la religión y a la caridad.

Hubo una tercera generación, precisamente la de los hijos de Margarita de Silly y de Felipe Manuel de Gondi: tres varones, Pedro para las armas, Enrique para la Iglesia (murió prematuramente) y Juan Francisco Pablo, que tuvo que suceder a su hermano Enrique y que ha pasado a la historia con el celeberrimo nombre de cardenal de Retz.

Interludio primero – Clichy

Como los nobles de entonces no se privaban de nada mientras pudieran tenerlo, los más piadosos solicitaban tener en sus casas un capellán que cuidara los intereses religiosos de la familia y la servidumbre. Y ellos se lo pidieron a Pedro de Berulle, el sacerdote más famoso e influyente, amigo suyo. Y Pedro de Berulle escogió a Vicente de Paúl, un sacerdote ni famoso ni influyente, que había hecho en su vida un largo camino, totalmente fuera de las casas de los nobles, y que, con la dirección de Berulle, vivía una etapa de sanación y conversión interior. El último año de su vida, 1612, había sido párroco de Clichy y se había sentido totalmente feliz. Fue a esta parroquia porque se lo pidió Berulle y ahora el mismo Berulle le pedía que fuera de capellán a la casa de los Gondi-Silly.

Se supone que no fue de buena gana, pero fue. Y en esa casa, mucho más importante para su vida futura de lo que él se imaginaba, vivió dos etapas, de 1613 a 1617, y de 1618 a 1625, interrumpidas por su famosa escapada a Chatillon-les-Dombes.

Primer tiempo con los Gondi – La Misión (1613-1617)

En su primera etapa se dedicó a cumplir sus deberes de capellán y preceptor. Preceptor de dos niños, pues del tercero, recién nacido, no le tocaba ocuparse. Los dos mayorcitos, Pedro y Enrique, recibieron de él la iniciación en la lengua latina y los primeros conocimientos cristianos. Se ocupó también de la atención religiosa a los empleados de la casa. Y, como tenía que acompañar a los señores en sus desplazamientos a las aldeas de sus dominios, aprovechaba para catequizar, predicar y confesar a los aldeanos. También influyó en los mismos señores, como cuando consiguió que Felipe Manuel desistiera de batirse en un duelo, o comenzaba a moldear el espíritu de la señora, para que, en lugar de depender tanto de él, pusiera su mirada en los pobres y en las obras de caridad.

Para ello tuvo que ocurrir un acontecimiento, que resultó decisivo en la vida de Vicente y también en la de Margarita. Ocurrió en Folleville un día de Enero de 1617. Fue la confesión de un campesino en Gannes, una aldea cercana, y, a continuación, su confesión, esta vez pública ante sus vecinos, la señora de Gondi y Vicente, de que sus confesiones anteriores habían sido sacrílegas, por no haberse atrevido a decir sus pecados a los confesores de turno. La señora quedó aterrada, no podía imaginarse aquello. “¿Qué podemos hacer, qué remedio podemos poner?”, le dijo a su capellán. Y se pusieron a la obra. “Esta señora me pidió – diría más tarde Vicente – que tuviera un sermón en la iglesia de Folleville”. Y el miércoles 25 de Enero, fiesta de la conversión de san Pablo, Vicente predicó en Folleville un sermón sobre la confesión y el modo de hacerla bien. El resultado fue milagroso. Fueron tantos los que acudieron a confesarse que “la señora esposa del general rogó a los padres jesuitas de Amiens que vinieran a ayudarnos”. Llegaron el padre rector y luego el padre Fourché. “Fuimos luego a las otras aldeas que pertenecían a aquella señora por aquellos contornos y nos sucedió como en la primera. Se reunían grandes multitudes, y Dios nos concedió su bendición por todas partes. Aquel fue el primer sermón de la Misión y el éxito que Dios le dio el día de la conversión de san Pablo; Dios hizo esto no sin sus designios en tal día” (ES, XI-4, p. 700).

Un suceso complementario ocurrió también por entonces. “La señora generala de las galeras” (así solía llamarla Vicente cuando hablaba a terceros) se dio cuenta, al confesarse con un párroco, de que, a la hora de la absolución, sólo murmuraba algo entre dientes; la buena mujer

le pidió un día a un religioso que le diera por escrito la fórmula de la absolución y, ni corta ni perezosa, le daba el papel al confesor para que la leyese, pues no la sabía. “Cuando ella me lo dijo – recordaría Vicente –, me fijé y puse más atención en aquellos con quienes me confesaba y vi efectivamente que era verdad todo esto y que algunos no sabían las palabras de la absolución” (ES, XI-3, p. 95).

Sabemos que a Vicente no le satisfizo su primera estancia en el palacio de los Gondi. Sería por su añoranza de los días felices en Clichy. Sería porque el ser preceptor de unos párvulos no le iba. Sería porque aquel palacio no podía sustraerse del mundanal ruido y acogía personajes de la política y de la intriga. Sería porque algo en su interior le decía que su camino habría de ir por las sendas de Gannes o Folleville. El caso es que se nos dice que cuando estaba en palacio, se recluía como un cartujo y su semblante no daba muestras de felicidad, “presa de una especie de mal humor permanente y desagradable”. Hasta el punto de que la señora de Gondi tuvo poco menos que corregirle y del que se fue enmendando radicalmente con ayuda de la señora y sobre todo de un personaje que iba a aparecer pronto en su vida llamado Francisco de Sales.

Pero Vicente, aunque iba a escaparse de aquel palacio, tendría que hablar bien de aquellos años de 1613 a 1617, que lo centrarían en el camino que Dios le mostraba para toda su vida. Experimentó la miseria del pobre pueblo campesino y la ignorancia supina de gran parte del clero francés. Y compartió las dos experiencias con aquella mujer, aparentemente frágil, pero muy fuerte a la hora de la verdad. Escribe el mejor biógrafo de Vicente de Paúl: “Margarita de Silly fue sin saberlo la primera de las varias mujeres que influyeron poderosamente en la historia de nuestro hombre. Ella fue el instrumento de Dios para revelar al señor Vicente cuál era el verdadero camino de su vida sacerdotal, y en ese aspecto se podría decir que fue la mujer de influencia decisiva en su vida”.

Interludio segundo

Entre las primeras cartas de la correspondencia de san Vicente que conservamos aparecen cinco en relación con Margarita de Silly. La primera es de Vicente y en ella le comunica al señor de Gondi que se ha ausentado con la intención decidida de ejercer el ministerio parroquial donde se encuentra. La segunda es de la señora de Gondi a Vicente, una vez que su marido la ha informado de la que Vicente le ha enviado él. La tercera es de Vicente a la señora de Gondi, animándola a someterse a la voluntad de Dios. La cuarta es del señor de Gondi a Vicente con la esperanza de que el viaje que va a hacer Vicente a París, lo devuelva a su casa. Y la quinta es de Vicente a Carlos du

Fresne, secretario del señor de Gondi, en la que le dice que, en ese viaje a París, “según las luces que Dios le dé, tomará una decisión definitiva, de regresar a Chatillon, o de volver a la familia de Gondi” (ES I, cartas números 6 a 10).

Todas esas cartas están escritas en el breve tiempo de tres meses del año 1617. Obviamente la carta más interesante es la segunda, la de Margarita a Vicente, que es la única que podemos leer entera, las demás sólo son resúmenes, y que merece ser transcrita íntegramente:

“Septiembre 1617.

Señor

Razón tenía yo en temer perder su asistencia, como tantas veces le he testimoniado, ya que en efecto la he perdido. La angustia que por ello tengo me sería insoportable sin una extraordinaria gracia de Dios, que no merezco. Si sólo fuera por algún tiempo, no tendría tanta pena; pero cuando considero todas las ocasiones en que tendré necesidad de ser asistida, por dirección y por consejo, tanto en la muerte como en la vida, mis penas se renuevan. Juzgue, pues, si mi espíritu y mi cuerpo podrán largo tiempo soportar esas penas. Estoy en situación de no buscar ni recibir asistencia de ningún otro sitio, porque bien sabe que no gozo de libertad para las necesidades de mi alma con muchas personas. El señor de Berulle me ha prometido escribir a usted, y pido a Dios y a la Santa Virgen que lo devuelva a esta casa, por la salud de nuestra familia y de otras muchas, con las que podrá usted ejercer su caridad. Le suplico una vez más que la practique con nosotros, por el amor que tiene a Nuestro Señor, a cuya bondad me remito en esta ocasión, aunque con gran temor de no poder perseverar. Si después de todo me rehúsa, le cargaré ante Dios de todo lo que me suceda y de todo el bien que deje de hacer, privada de su ayuda. Me pone usted en la desventura de estar muchas veces privada de sacramentos, por las grandes desdichas que me afligen y las pocas personas que son capaces de asistirme. Bien sabe que el señor general tiene el mismo deseo que yo, que sólo Dios se lo da, por su misericordia. No resista al bien que puede hacer ayudando a su salud, para que él pueda ayudar algún día a la de otros muchos. Ya sé que, como mi vida no sirve más que para ofender a Dios, no es arriesgado ponerla en peligro; pero mi alma tiene que ser asistida en la muerte. Acuérdesse de la aprensión en que me ha visto durante mi última enfermedad en una aldea; estoy a punto de caer en un estado peor; y sólo el temor de ello me hace tanto daño que no sé si no me hará morir sin mi anterior buena disposición”.

Esta carta, a la vez maravillosa y sobrecogedora, revela el alma de aquella mujer, delicada y escrupulosa, exagerada en el recuento de sus debilidades, lúcida y a la vez obcecada hasta recurrir al chantaje para convencer al destinatario. Nos revela también al ascendiente espiritual

que el señor Vicente había ido adquiriendo en aquella casa y familia. Y no es difícil encontrar en ello la respuesta a su conducta, como él mismo lo expresó más tarde hablando a las Hijas de la Caridad: *“Cuando Dios quiso llamarme a casa de la señora generala de las galeras, yo miraba al señor general como a Dios, y a la señora generala como a la santísima Virgen; y no me acuerdo de haber recibido nunca sus órdenes más que como venidas de Dios cuando era el señor general el que mandaba algo, y de la santísima Virgen cuando era su esposa; no sé, por la gracia de Dios, que haya obrado nunca en contra de eso. Me atrevo a decir que, si Dios ha querido conceder alguna bendición a la Compañía de la Misión, creo que ha sido por la obediencia que siempre tuve para el señor general y su señora y por el espíritu de sumisión con que entré en su casa. ¡Gloria a Dios por todo ello, y para mí la confusión!”* (ES, IX, pp. 27 y 958).

Y para conocer aún más a Margarita de Silly, la señora de Gondi, véanse a continuación los testimonios de varios biógrafos suyos.

ABELLY, I, p. 52: *“Esta virtuosa señora, que buscaba el bien por encima de todo y que deseaba ardientemente procurarlo a su familia y a todos sus súbditos, quedó sensiblemente consolada por la gracia que Dios le había hecho con haberle dado a un sacerdote tal como ella lo había deseado, y en quien reconocía, además de las cualidades y disposiciones propias para la ejecución de sus buenos propósitos, una dirección sapientísima y una caridad perfecta para poder confiarse a él con toda seguridad”*.

COSTE, I, p. 50: *“Difícil hubiera sido hallar mujer más virtuosa. Su natural vivacidad inducía a impaciencias que ella no tardaba en lamentar. Tan pronto como se descuidaba, arrodillábase aún ante sus domésticos y pedía perdón. Era su principal defecto la tendencia a los escrúpulos, defecto por el que sufría más su confesor que ella misma”*.

I, p. 52: *“Aunque su confesor quedó profundamente edificado de esta alma de élite, que aborrecía hasta la sombra del pecado, mucho le dio que padecer su tendencia a los escrúpulos. Queríale ella junto a sí en su casa, en sus viajes. Si se ausentaba, ya ella temía que un accidente, una enfermedad se lo arrebatase y aceleraba su regreso. Para combatir un apego tan excesivo, púsola Vicente de Paúl en relación con un excelente director de almas, de la orden de los recoletos, al cual se dirigía ella en ausencia de su confesor habitual”*.

CALVET, p. 47: *“La señora de Gondi era tan viva como su esposo y más nerviosa que él. De una imaginación en continua actividad, que le hacía ver como presentes el pasado y el porvenir a la vez, se atormentaba con el pasado por escrúpulos y con el porvenir por aprensión. Sumamente piadosa, hacía otras tantas obligaciones de todas y cada una de las inspiraciones de su noble corazón y se creía condenada porque no las*

cumplía. Estaba destinada a ser el tormento de sus directores, como lo era de sí misma. Observó primeramente al preceptor de su hijo, y así que hubo reconocido en él al hombre de Dios, se confió a él y le dio a guardar y conducir su conciencia. No fue ciertamente un cargo de absoluto reposo; fatigábalo ella con cuestiones muchas veces resueltas y quería tenerlo a su lado en todo momento, para poder recurrir a su ministerio no bien surgiese un nuevo escrúpulo. Vicente hacía su aprendizaje de director espiritual con un caso verdaderamente especial. Reverenciaba a la señora de Gondi, así como las gracias extraordinarias de que la veía colmada, pero parece que se sintió excedido por ella, así como por el aparato mundano de que la veía rodeada, y formó el propósito, ya en 1616, de evadirse y dejarla”.

HERRERA, pp. 92-93 y 101: “Margarita de Silly – piedad angélica y corazón de oro – se olvidaba a veces de la mansedumbre; mas, al darse cuenta, se arrodillaba ante los mismos criados y les pedía perdón. Su principal defecto eran los escrúpulos, con que, además de atormentarse a sí misma, atormentaba a su confesor... En la casa de los Gondi Vicente no recibía sino atenciones y honores. La señora estaba como colgada de sus decisiones. Y lo peor era que estaba demasiado apegada a su dirección. Cuando él faltaba, la intranquilidad y la zozobra eran su tormento, y cuando, ella salía, tenía que acompañarla. Esto, además de impedir la perfección en ella, cortaba las alas a su celo... Y así planeó la fuga de la casa de los Gondi”.

ROMÁN, p. 115: “Los señores de Gondi empezaron a ver en su capellán como un hombre providencial, verdadero enviado de Dios para la salvación de su familia. La primera en darse cuenta de ello fue la señora. Margarita de Silly era un alma atribulada y compleja. Bella y delicada, con una belleza frágil como de dama de Ghirlandaio, era piadosa hasta el punto de preferir que sus hijos fueran antes santos del cielo que grandes señores de la tierra, como ella misma declaró al P. Berulle. Veía a Dios más como juez que como padre. Se atormentaba a sí misma y atormentaba a sus confesores con escrúpulos infundados...”.

CORERA, pp. 33-34: “Mujer bella, de carácter sensible, muy delicada de conciencia hasta llegar al borde mismo de los escrúpulos, profundamente religiosa, esposa muy fiel y madre muy cristiana, que no tuvo sin embargo demasiado éxito en la educación de sus hijos, padecía la tentación permanente de la inseguridad. Femenina hasta la exageración, no se creía capaz de vivir con independencia una vida espiritual sin apoyarse obsesivamente en un director espiritual”.

MEZZADRI, p. 38: “Si en los tiempos de Chatillon, la señora de Gondi había temido perderlo, ahora las cosas habían cambiado. La pobre señora había comprendido que no podía mortificar la generosidad del hombre de Dios. Si aún lo hubiese retenido junto a sí, Vicente hubiera permane-

cido allí como un rehén. Para no perderlo completamente, pensó favorecer sus aspiraciones, dando su visto-bueno a la obra de las misiones. Estas deberían desarrollarse en las tierras de los Gondi. De este modo se aseguraba la obra de su estimado capellán”.

Segundo tiempo con los Gondi – La Caridad y la Misión (1618-1625)

Una mujer como Margarita de Silly no se iba a quedar con los brazos cruzados. Así lo cuenta Pierre Coste, insigne biógrafo del señor Vicente: “La señora de Gondi recomendó su asunto a las principales comunidades religiosas de París y envió un mensajero a Chatillon en los primeros días de octubre. Era éste un íntimo amigo el santo, Carlos du Fresne. Partió cargado de cartas: había una del cardenal de Retz, obispo de París, otra del señor de Berulle, otra de la señora de Gondi, otra de los hijos de ésta, de sus parientes próximos, de los principales oficiales de su casa, de doctores, de religiosos y de muchas otras personas de condición y de piedad...”. Imposible resistirse. Vicente se fue quebrantando y resolvió aconsejarse del padre Bence, superior del Oratorio de Lyon, y de Lyon partió a París, no sin antes despedirse de su parroquia de Chatillon entre los sollozos y el desconsuelo de sus feligreses.

Y el 24 de Diciembre de 1618 entraba Vicente por segunda vez en la casa de los Gondi. Dice Abelly, en su estilo, que la señora lo recibió “como a un ángel del cielo”. Pero aunque no sabemos cuáles fueron las palabras exactas que Vicente le dirigió, enseguida le dio a entender que este segundo tiempo en su casa iba a ser muy distinto del primero. No venía como preceptor, para eso le acompañaba un seminarista discípulo suyo, llamado Antonio Portail, que había conocido en Clichy. Él sería sólo el capellán. Ponía condiciones y la señora hacía concesiones. Para ella lo principal era que ya tenía cerca a su capellán y director. Pero además estaba dispuesta a empujarle y acompañarle en las obras que se propusiera.

Y las obras que se propuso fueron dos: la misión, que había iniciado junto con la señora en Folleville-Gannes el año 1617; y la caridad, que era constitutiva de su vida desde un día en Chatillon. Se conoce muy bien aquel momento. Se disponía el señor Vicente a celebrar misa un domingo cuando le avisaron de que una familia, en las afueras del pueblo, estaba en extrema necesidad, todos enfermos y sin que nadie los asistiera. Se lo expuso a sus oyentes en la homilía, y sus oyentes le hicieron caso. Cuando Vicente se puso en camino después para visitar a aquella familia, se encontró con una procesión de feligreses que iban y venían para ayudar. Y cuando él llegó y vio la cantidad de ayuda material que se iba acumulando, hizo el descubrimiento de que el

pueblo cristiano es muy generoso, pero también de que su generosidad carecía de organización. Y fue entonces cuando fundó el primer grupo de Señoras de la Caridad para salir, de la debida manera, al encuentro de la pobreza existente. Esta obra, naturalmente, tenía que continuar en Chatillon y la principal colaboradora de Vicente fue Margarita de Silly, la señora de Gondi. Entre los dos la fundaron en Villepreux, Joigny, Montmirail, y en casi todos los pueblos de las tierras de los Gondi. Cada Caridad contaba con un reglamento, redactado por Vicente, detallado, minucioso, ordenado tanto a la vida espiritual y comunitaria de las señoras, como a todos los detalles del servicio a los pobres o enfermos, las limosnas, los víveres, las medicinas. No hace falta decir que la señora de Gondi fue la más generosa proveedora de las caridades en que intervino. En el tomo X de las Obras Completas de Vicente de Paúl, la vemos como fundadora y miembro de las caridades de Joigny, Montmirail, Folleville, Courboin. Es la más insigne antecesora de las señoras de la caridad.

Y junto a la caridad las misiones. En realidad todas las misiones terminaban con la fundación de la cofradía de la caridad. La condición que puso Vicente al entrar de nueva cuenta en la casa de los Gondi, era la libertad total para dedicarse a las misiones en los pueblos campesinos de las tierras de los Gondi y para establecer en ellos las cofradías de caridad a la manera de Chatillon. Y es lo que hizo hasta la muerte de la señora y con su beneplácito, en 1625.

Este beneplácito llegó a tal punto que la señora se las arregló para asegurar la continuidad de aquella obra de misiones y caridades. Sabemos del “primer sermón de misión” en Folleville el 25 de Enero de 1617. Sabemos de las misiones que dio Vicente a título personal durante sus dos tiempos con los Gondi. Pero, para la señora de Gondi, aquello no bastaba. Había que asegurarlo. Ya antes, cuando Folleville – escribe Coste –, “la señora de Gondi concibió el proyecto de dejar un fondo de 16 mil libras a la comunidad que aceptase dar misiones se todas sus tierras cada cinco años”. Ella recurrió al padre Charlet, provincial de los jesuitas Vicente a Bourdoise y a Berulle, y como no encontraron a ninguna comunidad que lo aceptara, “la señora hizo de esta fundación el objeto de una cláusula testamentaria a favor del mismo Vicente, a quien dejaba la elección del lugar y medios de la misión”.

Ahora había llegado el momento de culminar la obra. Y, una vez más, la promotora fue la señora de Gondi. Vicente le atribuiría no sólo el capital para la obra, sino la inspiración que la había originado. El 17 de Abril de 1625 se reunían cinco personas en el palacio de los Gondi en la calle Pavée: dos notarios del Chatelet, los señores de Gondi (Felipe Manuel y Margarita) y el sacerdote Vicente de Paúl. Se trataba de la lectura y firma de un contrato. Y por aquel contrato, nacía en la Iglesia de Dios la Congregación de la Misión de san Vicente de Paúl. ¿De san Vicente de Paúl? Sí, desde luego. Pero también de Margarita

de Silly, señora de Gondi, “nuestra primera fundadora”, como la llamaba el señor Vicente cuando hablaba a sus misioneros. No era una cesión afectuosa de Vicente en homenaje a aquella gran mujer, era la pura verdad. Sin ella, la Congregación hubiera surgido en la Iglesia, pues el único fundador (también lo decía san Vicente) es Dios. Pero, de hecho, la “primera fundadora” fue Margarita de Silly, señora de Gondi. Los señores de Gondi dotaban a la criatura que estaba naciendo un capital social de 45 mil libras. Y un año antes, por mediación de los señores, su hermano el arzobispo de París, otorgaba a Vicente de Paúl la propiedad y el rectorado de un colegio mayor, el de los Buenos Hijos, del que tomó posesión Antonio Portail en nombre de Vicente el 6 de Mayo de 1624. Iba a ser la primera casa de la futura Congregación de la Misión.

Podía morir

Y una vez realizada su obra, Margarita podía morir. Había sido buena discípula de su director, pues da la impresión de que se había ido liberando de sí misma para entregarse a los pobres según el alma de Vicente. Y también en Vicente se puede adivinar un rápido progreso en santidad y madurez humana desde 1617 a 1625, en el cual acaso también tuvo parte Margarita de Silly. Se fue el 23 de Junio de 1625, apenas dos meses después de firmado el contrato fundacional, asistida por el señor Vicente, como siempre lo había deseado. Sólo tenía 42 años. También había deseado que el señor Vicente siguiera en su casa para atender a su marido y a sus hijos. Pero a Vicente, 44 o 45 años, le llamaba urgentemente la voz de su incipiente Congregación. Tuvo que ir a dar la noticia de la muerte de su esposa al general, que estaba en Marsella con sus galeras. Y también el general emprendió un nuevo camino poco después, entrando en el Oratorio de Berulle, donde se ordenó sacerdote. La amistad y la mutua ayuda de Vicente y la familia de Gondi perseveró siempre. “A Margarita de Silly debió el señor Vicente el haber encontrado el verdadero camino de su vida”.

P. Renato Alméras, C.M.: segundo Superior General de la Congregación de la Misión (1661-1672)

Alfredo Becerra Vázquez, C.M.



P. Renato Alméras, C.M.

Presentación

Les presento un breve artículo sobre el P. Renato Alméras, C.M.¹. Fue Segundo Superior General de la Congregación de la Misión, y el inmediato sucesor de San Vicente de Paúl. Elegido el 17 de Enero de 1661 y asumió el oficio de Superior General hasta su muerte, el 22 de Septiembre de 1672.

¹ LUIGI MEZZADRI - JOSÉ MARÍA ROMÁN, *Historia de la Congregación de la Misión* (1), *Desde la fundación hasta el final del Siglo XVII (1625-1697)*, La Milagrosa, Madrid 1992, pp. 87-101.

1. Orígenes

Renato Alméras² nació en París, el 5 de Febrero de 1613, uno de seis hijos del segundo matrimonio de su padre. Su padre, también con el nombre de René, fue a la vez secretario de Enrique IV de Francia y su esposa María de Medici, luego Maître de compte, controlador general de correos. Tenía una posición algo prestigiosa en Francia en el siglo XVII. Renato Alméras padre, se opuso originalmente a la vocación de su hijo a la Congregación de la Misión, pero, finalmente, impresionado por la vida de los misioneros de Vicente, él mismo, a la edad de 81 años, entró a la Congregación. Murió en San Lázaro el 4 de Enero de 1658.

En 1637, a la edad de 24 años, y después de una experiencia significativa como asesor en la Administración Pública, el joven Renato entró a la Congregación de la Misión. Después de su ordenación, se entregó a su trabajo con un gran celo apostólico, incluso descuidando su salud. Se dio a la tarea de visitar varias casas de la Congregación y fue Superior de Roma de 1647 a 1651. A continuación regresó a Francia y fue nombrado Superior del Seminario de San Carlos. Más tarde se le confió la distribución de asistencia a los pobres en Picardía y Champaña. En los siguientes años, fue nombrado Asistente General y Visitador de la Provincia de Poitou.

Alméras tenía un carácter franco y abierto, compartía sus puntos de vista con franqueza. A veces, en las reuniones, él abiertamente disintió incluso con Vicente de Paúl³, pero siempre estaba dispuesto a acatar las decisiones que se tomaban. Esta característica la mantuvo siempre con él a lo largo de su vida.

2. Elección como Superior General

A la muerte de Vicente de Paúl, había unos 250 miembros de la Congregación de la Misión. Para fines administrativos, la Congregación fue dividida en seis Provincias (Francia, Poitou, Champagne, Aquitania, Savoya e Italia). Pero esas divisiones no eran totalmente

² Para su biografía: S.A., *La vie et les vertus de M. René Alméras, Deuxième Supérieur Général de la Congrégation de la Mission et des Filles de la Charité*, Debécourt-Canuet, Paris 1839, 115 pp.

³ En la Asamblea de 1651 sostuvo una posición distinta de la de San Vicente de Paúl sobre los Votos, declarándose opuesto a la introducción de aquéllos en la Congregación. Pero al prevalecer la posición de Vicente, se sometió y, lo que es más, se manifestó en adelante como un convencido defensor de los votos. Cf. SVP XIII, 333s.; ES X, 395s.

rígidas. Los Visitadores no necesariamente residían en sus propias Provincias y los cohermanos comúnmente eran movidos de una Provincia a otra.

La necesidad de una transición suave de gobierno fue prevista, y Vicente de Paúl había nombrado en la persona de Renato Alméras un vicario general encargado de gobernar a la comunidad hasta la elección del sucesor.

La principal obligación de Alméras era la celebración de la Asamblea General. La convocó en San Lázaro de París para el 15 de Enero de 1661⁴ para elegir el Superior General, sucesor de San Vicente. Participaron en ella 19 misioneros, 3 por cada una de las 6 provincias, más el secretario de la Asamblea.

El 17 de Enero se abrió un cofrecito contenido en uno más grande cerrado con dos llaves. En ese escrito, redactado durante los ejercicios espirituales del 2 al 10 de Octubre de 1659, San Vicente había consignado en un papel doblado y sellado con cuatro sellos los dos nombres de los misioneros que él consideraba que sería los más adecuados para sucederle en el cargo de superior general de la Congregación. El documento⁵ en el que estos nombres estaban escritos había sido sellado y colocado en dos contenedores, uno dentro del otro. Dos llaves eran necesarias para el contenedor interior, y éstos se las dio a dos cohermanos – uno, el P. Antonio Portail C.M. y el otro, un hermano mayor de la Casa. Cuando los contenedores fueron abiertos en la Asamblea el 17 de Enero de 1661, se revelaron los nombres de P. Renato Alméras y Thomas Berthe. En el documento se indicaban estos dos nombres, Vicente también observó que los electores de la Asamblea no estaban obligados a seguir sus candidatos. Cuando se realizaron las elecciones, el P. Renato Alméras fue elegido en la primera votación con 11 votos, dos más de los que se necesitaban para una mayoría requerida.

3. Alméras como Superior General

Alméras tenía una salud enclenque y el hecho de ser el superior inmediato del fundador en el gobierno de la Congregación podía inducirle a una política repetitiva, de perfil poco pronunciado. Sin embargo, su gobierno no fue una simple prolongación de la de San Vicente.

Fueron elegidos como asistentes los Juan Dehorgny, Thomas Berthe y Edmond Jolly. El primero, era además director de las Hijas de la

⁴ RAYMOND CHALEMEAU, *Les assemblées générales*, en *Vincentiana*, 18 (1984), p. 743.

⁵ El documento es del 9 de Octubre de 1659; SVP XIII, 410-412; ES X, 555-556.

Caridad. Con la colaboración con estos hombres, tomó algunos pasos importantes para la Congregación.

Primero, inició la preparación de una biografía del fundador de la Congregación de la Misión, Vicente de Paúl. Este trabajo se lo encargó a Luis Abelly, un amigo personal de Vicente de Paúl, y fue publicado en 1664, cuatro años después de la muerte de Vicente⁶.

Segundo, publicó en 1666, un documento sobre la predicación. El documento indicaba que Alméras consideraba la predicación en tres partes (la apertura, el cuerpo del discurso y la conclusión). La parte principal del discurso contendría motivos, la definición del tema y los medios. También produjo documentos sobre las ceremonias, las Normas de Oficio, y una serie de recomendaciones hechas a las casas de la Congregación concernientes a los actos de Consagración a la Santísima Virgen María y de fidelidad a Jesucristo que debían hacerse en la fiesta de la Asunción y el día del Año Nuevo respectivamente. Insistió en el espíritu de pobreza y dio directrices detalladas sobre el gasto del dinero en las casas.

En 1688, Alméras convocó la II^a. Asamblea General para hacer frente a cuestiones de gobierno dentro de la Congregación, la cual duró desde el 6 de Julio hasta el 10 de Septiembre. Participaron 22 miembros y tuvieron 30 sesiones. En los dictámenes y resoluciones de la Asamblea es necesario destacar lo que se refieren a las misiones y a los seminarios (las dos obras fundamentales de la Compañía), y a estas resoluciones, es necesario añadir una Memoria sobre los medios para conservar el espíritu primitivo de la Congregación. Aprobaron decretos relativos al superior general y al gobierno de la Compañía, las reglas del Visitador, del superior local, de los consejeros, del admonitor y del procurador. Para una selección de las constituciones, llamadas *Constitutiones selectae*, relativa al superior general, se pidió en 1670 la aprobación del papa Clemente X⁷. Las Constituciones de esta Asamblea orientarán la vida de la Congregación hasta 1954, cuando su contenido sería absorbida por las Constituciones por Pío XII⁸. En la Asamblea se tomaron decisiones muy minuciosas sobre las misiones y los seminarios, preludio de las reglas de los oficios.

⁶ LUIS ABELLY, *Vida del Venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl, fundador y Primer Superior General de la Congregación de la Misión*, CEME, Salamanca 1994, 814 pp.

⁷ CLEMENTE X, *Ex injusto nobis* (2 de Junio de 1670), *Acta Apostolicae*, pp. 33-39.

⁸ Para tener más información sobre el desarrollo histórico de las Constituciones de la Congregación de la Misión, consulte CARLO BRAGA, C.M., *Constitutiones de la Congregación de la Misión. Notas históricas*, en *Vincentiana*, 4-5 (2000), pp. 291-308.

4. Algunas decisiones difíciles

Entre las cuestiones que se enfrenta el P. Alméras durante el tiempo como Superior General fueron algunas que incidieron notablemente en la Congregación.

Una decisión difícil fue aquella de dejar de enviar misioneros a Madagascar. Se trataba de una obra estimada por el corazón de Vicente de Paúl, pero la Congregación había enviado nueve expediciones de misioneros a Madagascar, y la mayoría de los misioneros perecieron en el viaje por mar. Los supervivientes no tenían mucho acierto en sus esfuerzos misioneros. Afortunadamente, después de muchos años, misioneros de la Congregación pudieron regresar a Madagascar, y ahora es una Provincia de la Congregación de la Misión con cerca de 80 miembros.

Otra decisión tomada fue continuar con el trabajo de Seminarios. En el tiempo de Alméras como Superior General fueron fundadas Metz (1661), Alet (1661), Amien (1662), Troyes (1662), Noyon (1662), Sanit-Brieuc (1666) y Narbona (1671)⁹. Aunque los obispos pedían a los vicentinos a trabajar en sus seminarios, Alméras no aceptaba a ojos ciegos; rehusaba cuando las condiciones no le parecían convenientes.

Un tercer tema que se presentó fue aceptar o no las capellanías y parroquias reales. La primera presión fue en la que respecta a Fontainebleau con una petición de la reina madre, Ana de Austria. Inicialmente, Alméras estaba determinado a resistir las súplicas de Anna, pero eventualmente, el 27 de Noviembre de 1661, la Congregación de la Misión asume la responsabilidad de la parroquia real de Fontainebleau. En 1672, Luis XIV, viendo el buen trabajo de la Congregación de la Misión en Fontainebleau, hizo una petición a través del Arzobispo de París al P. Alméras que la Congregación asumiera el cuidado de la parroquia de Versailles. Esto no fue formalizado en el tiempo de Alméras, pero continuó la tendencia de dichas obras durante el tiempo de su sucesor P. Edmund Jolly, CM, y tuvo serias consecuencias para la Congregación de la Misión en años posteriores.

Conclusión

El P. Renato Alméras fue un digno sucesor de San Vicente. Encontró la Congregación en pleno crecimiento y la dejó con el mismo ritmo. En sus 11 años de gobierno entraron en la comunidad 210 sacerdotes

⁹ *Annales de la Mission*, Tome LXII, Année 1897, Imprimerie D. Domoulin, Paris, pp. 155-158.

y 120 hermanos. Fomentó el reclutamiento vocacional. Defendió a la Congregación de posibles deserciones.

Evitó las aventuras, pero también el inmovilismo. Nunca gozo de excelente salud, pero en los últimos años empeoró considerablemente, aunque sin perder nunca la lucidez de juicio.

A la muerte de Alméras, el 22 de Septiembre de 1672, le sucedió en el gobierno el P. Edmundo Jolly, C.M. Ese es otro capítulo importante de la historia de nuestra Congregación.

Bibliografía

ABELLY, LUIS, *Vida del Venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl, fundador y Primer Superior General de la Congregación de la Misión*, CEME, Salamanca 1994, 814 pp.

Annales de la Mission, Tome LXII, Année 1897, Imprimerie D. Domoulin, Paris, pp. 148-158.

BRAGA, CARLO, C.M., *Constituciones de la Congregación de la Misión. Notas históricas*, en *Vincentiana*, 4-5 (2000), pp. 291-308.

CHALEMEAU, RAYMOND, *Les assemblées générales*, en *Vincentiana*, 18 (1984), pp. 743-750.

CLEMENTE X, *Ex injusto nobis* (2 de Junio de 1670), *Acta Apostolicae*, pp. 33-39.

MEZZADRI, LUIGI - ROMÁN, JOSÉ MARÍA, *Historia de la Congregación de la Misión (1), Desde la fundación hasta el final del Siglo XVII (1625-1697)*, La Milagrosa, Madrid 1992, 438 pp.

S.A., *La vie et les vertus de M. René Alméras, Deuxième Supérieur Général de la Congrégation de la Mission et des Filles de la Charité*, Debécourt-Canuet, Paris 1839, 115 pp.

El Hermano Mathieu Re(g)nard

Un misionero que hacía maravillas

Jaime Corera Andía, C.M.

El hombre del que vamos a hablar heredó de su padre un apellido que incluía la “g”. Cuando Mathieu (en adelante: Mateo) era ya un hombre adulto, muchos de sus admiradores, entre los que se contaba nada menos que la reina de Francia, eliminaban la g de su apellido y se lo dejaban en Renard, que en su lengua nativa francesa quiere decir zorro. No lo hacían por insultarle. Todo lo contrario: era un tributo de admiración. Movidado por ese mismo sentimiento, otro de sus admiradores ilustres, Vicente de Paúl, llegó a decir de él en una carta que “el hermano Mateo hace maravillas” (I 573) [I 591]. Vicente usa aquí la palabra hermano en su sentido técnico: miembro de su congregación no ordenado sacerdote.

Mateo Regnard nació en una familia de buen nombre y rica en Brienne-le-Château¹, en el departamento de Aube, no lejos de la ciudad de Troyes, en 1592. Era, pues, unos doce años más joven que Vicente. Nada se sabe de sus años anteriores a su ingreso en la Congregación de la Misión con casi cuarenta años, en 1631, ni tampoco de su vida en la misma (exceptuado lo que se dirá más adelante), fuera de los datos que aparecen en los registros de personal: emisión de los votos en 1644², y fallecimiento en 1669, nueve años después de que falleciera el fundador mismo.

Todo lo demás que se sabe de él se basa en unos escritos, hoy desaparecidos, debidos al mismo Mateo, redactados probablemente por indicación de las autoridades de su congregación con vistas a una

¹ En IX 95, nota 3, se llama al lugar natal de Mateo Brienne-Napoleón. En una academia militar que hubo en esa localidad durante algunos años a finales del siglo XVIII comenzó el joven Napoleón a aprender el arte de la guerra.

² La práctica de hacer votos al terminar los dos años de seminario interno sólo se hizo preceptiva a partir de una ordenanza del arzobispo de París en 1641 (X 346) [XIII 283]. De ahí que la emisión de votos del hermano Mateo tuviera que esperar trece años desde su ingreso en la Congregación de la Misión.

posible canonización del fundador. De hecho los escritos del hermano Mateo no hablaban ni de las virtudes ni de los hechos del fundador, Eran un relato de lo que podía hacer y un retrato de lo que podía ser un miembro de su congregación cuando era movido de verdad, como lo era el hermano Mateo, por el espíritu del hombre que la fundó.

Aparte de los escuetos datos de los registros oficiales, el testimonio más antiguo de la existencia y de la clase de hombre que era el hermano Mateo aparece en la carta ya citada de Vicente de 1639 en la que dice: “Nuestro hermano Mateo hace maravillas en esto, según la gracia especialísima que le ha dado Nuestro Señor”. Tiene, pues, el hermano Mateo, una gracia especialísima que viene de Dios mismo y que se manifiesta en “esto”. En el contexto de la carta “esto” se refiere a un programa dirigido por Vicente de ayuda material y espiritual a las gentes de la Lorena, abrumadas por las guerras entre Francia y las tropas del Imperio.

La devastación de la Lorena duró unos siete años, hasta 1643, año del que tenemos otro testimonio de Vicente, el último que ha llegado hasta nosotros, sobre su hermano Mateo. Este último testimonio describe de modo conciso la calidad del alma de aquel “hacedor de maravillas”: “Hace ya algunos días nuestro hermano Mateo nos escribía desde Lorena, y su carta, toda empapada en lágrimas, me indicaba las miserias de aquel país...: ‘Padre, el dolor de mi corazón es tan grande que no se lo puedo decir sin llorar por la grandísima pobreza...’ de aquellas gentes (IX 95) [IX 84].

Poco más se sabe de la calidad del alma de aquel hombre, aunque en ese aspecto debía de ser muy semejante a la de los varios sacerdotes de la congregación del señor Vicente que trabajaron también en la Lorena durante los mismos años y por las mismas razones que el hermano Mateo. Trabajaron también, igual que él, en un tipo de actividad que, aunque en modo alguno olvidaba la atención “espiritual”, se centraba sobre todo en la asistencia a personas cuyas condiciones materiales de vida habían sido destrozadas por el paso de los ejércitos.

En la misma carta citada antes, en que Vicente hablaba del hermano Mateo en un tono de tan alta alabanza, menciona también a los misioneros, sacerdotes en este caso, enviados a “Toul, a Nancy, a Verdun, a Bar-le-Duc, y que vamos a enviar a Metz para asistir corporal y espiritualmente al pobre pueblo campesino esparcido por esas aldeas...”.

De cómo era la dedicación de esos sacerdotes a aliviar las necesidades de las poblaciones devastadas ha llegado hasta nosotros un testimonio externo a la congregación misma. Es un relato escrito por un padre jesuita, en cuya casa se había albergado uno de los misioneros, que murió exhausto a los 28 años de edad. Le acompañaron en su funeral alrededor de 600 personas empobrecidas por la guerra, a las que había “curado de sus males y aliviado en su pobreza, y confesado

por la mañana y por la tarde”. Termina el padre jesuita su narración con una frase impresionante que él aplica a todos los demás misioneros que él vio trabajar en Bar-le-Duc: “Sus padres (los del señor Vicente) son muy dóciles, excepto cuando se les aconseja que se tomen un poco de descanso. Se imaginan que su cuerpo no es de carne, o que su vida no tiene que durar más que un año” (II 23-24).

A una dedicación como la de sus hermanos sacerdotes, el hermano Mateo añadía una sagacidad y picardía, por no decir astucia, que motivó de sobra el que sus admiradores sustrajeran la g a su apellido y lo dejaran en Renard, que es la grafía con que ha pasado a los libros que tratan de la historia de la Congregación de la Misión. Pero lo que de verdad distingue la acción del hermano Mateo es el hecho de que corrió unos riesgos tales que su vida podía haber terminado en un solo año más de una vez.

Abelly, el primer biógrafo de san Vicente, que conoció personalmente a Vicente y sin duda también al hermano Mateo, cita las hazañas de éste en dos lugares, pero no menciona su nombre. Se refiere a él como “el misionero que llevaba el dinero a Lorena”. Concluye la segunda mención diciendo que “Dios le dio siempre una habilidad admirable y le favoreció con una protección especial para no caer en manos de los ladrones o para librarse felizmente de ellos. La reina le mandó varias veces que fuera a contarle cómo se las arreglaba para escapar, y disfrutaba oyéndole contar las estratagemas inocentes de que se valía. Pero él siempre ha reconocido y admitido en público que esa protección de Dios sobre su persona era fruto de la fe y de las oraciones del señor Vicente”.

¿Estratagemas “inocentes”? Inocentes, ciertamente, todas ellas en el sentido moral, y algunas incluso en el sentido, por decirlo de alguna manera, estratégico. De manera que Mateo y Abelly tenían probablemente razón cuando atribuían a las oraciones y a la fe del señor Vicente la increíble inmunidad de que parecía gozar nuestro héroe, protegido en algunos casos por tretas demasiado transparentes. Pero en otros casos, los más, se podría decir que estaba protegido también por su sorprendente ingenio, de modo que se ganó a pulso el que muchos de sus admiradores le quitaran la g a su apellido paterno.

La biografía escrita por Abelly es de 1664, de sólo cuatro años después de la muerte de san Vicente. No se publicó otra gran biografía hasta ochenta y cuatro años más tarde, en 1748, esta vez debida a la pluma de un teólogo miembro de la Congregación de la Misión, Pierre Collet (Abelly perteneció siempre al clero diocesano). En esta sí se dice el nombre y apellido (escrito Renard) de nuestro hombre, pero en una nota y sólo para decir que, según el testimonio “de quien llevaba el dinero” a la Lorena, la cantidad total de ayudas en metálico y en especie recaudada por san Vicente en París y enviada a la Lorena

ascendió a dos millones de libras³. Pero luego, cuando pasa a narrar los hechos que estamos por ver, no menciona su nombre, y sólo dice que su protagonista fue “un hermano de la Misión”. ¿Es que en la estimación de Collet, a diferencia de la de Abelly, no sería ya el hermano Mateo un “misionero” por no ser sacerdote, sino un “hermano” a secas? Más adelante se verá por qué hacemos esta pregunta.

Como quiera que sea, Collet dice que fueron cincuenta y cuatro los viajes del hermano desde París a la Lorena, llevando en todos ellos grandes cantidades de dinero que en alguna ocasión llegó a ser de cincuenta mil libras. De entre todos esos viajes, entre 1639 y 1649, parece que la narración escrita por el mismo Mateo se limitaba a la descripción de “dieciocho peligros” mayores.

Más de un siglo hubo de transcurrir antes de que Ulises Maynard, canónigo de Poitiers, publicara en 1860 la tercera de las grandes biografías de san Vicente de Paúl. En ella se hace cumplida justicia a Mateo Renard, se dicen su nombre y su apellido en la forma modificada, se narran en detalle algunas de sus hazañas a lo largo de cuatro páginas. Se añade además que todo ello fue “una odisea de una clase nueva, en la que no faltan ni los prodigios ni las aventuras, en la que una divinidad (sic) interviene sin cesar para librar de peligro al humilde héroe. En este caso la divinidad es Vicente mismo, pues el hermano Mateo atribuye a las oraciones y a los méritos del santo el haberse visto siempre sano y salvo”.

Admitamos que a nuestro buen canónigo se le ha ido la pluma, o más bien la mano. Sin duda su nombre de pila, Ulises, le sugirió un modelo clásico bien conocido con el que comparar a su “humilde héroe”. La evocación no deja de ser algo rimbombante, pero se comprende en un hombre de plena época romántica, bien formado, como canónigo que era, en el conocimiento de las mitologías clásicas. Pero hay que admitir que la comparación de la acción de Vicente con la de alguna divinidad pagana se sale un poco de lo que se puede esperar razonablemente de un canónigo.

Maynard es el primer autor que da una relación parece que completa de lo contenido en los escritos de Mateo, o por lo menos de los hechos más importantes, o más interesantes. Ninguna de las biografías que se han escrito posteriormente añade nada nuevo a lo que dice Maynard en el tema del traslado del dinero de París a la Lorena.

Sí habla Coste con cierto detalle en su biografía de san Vicente de otro tipo de traslados que discurrían en la dirección inversa, de la

³ Aun con el riesgo de cometer un fuerte error de cálculo del valor de los dos millones de libras en moneda actual, aventuraríamos una equivalencia de unos 50-60 millones de euros.

Lorena a París. El mismo Vicente menciona esta otra actividad de su hombre en la carta citada al comienzo, en la que informa a su corresponsal de que “el mes pasado (Septiembre de 1639) ha traído consigo a cien, entre muchachas, señoritas (casadas o viudas de posición social media) y otras, a las que ha conducido y alimentado hasta esta ciudad” (I 573) [I 591]. Coste añade otros casos, en particular uno en que la acción de Mateo favoreció a “ciento sesenta muchachas que de este modo pudieron librarse de los peligros que les acechaban en sus pueblos”.

De manera que Mateo Renard no perdía el tiempo, ni tampoco viajaba de vacío ni al ir ni al volver de la Lorena. Cómo pudo hacer todos esos viajes sin perder una sola libra y sin que le raptaran una sola muchacha se debe (esto se sabe con seguridad como hecho histórico) a su intrepidez y capacidad imaginativa, a su astucia, si se quiere; o si esa palabra suena algo recia aplicada a un santo, a su imaginación, a su capacidad de inventar salidas aparentemente imposibles en situaciones muy difíciles. Lo que se le escapa a la historia es la verdad que pueda haber en la convicción del mismo protagonista de que sus “hazañas” eran posibles sólo porque le protegían los méritos y la oración de Vicente de Paúl.

Lo que sí se puede asegurar, también en el plano histórico, es que Mateo era un hombre movido por el espíritu de Vicente de Paúl; es decir, que su ser y su obrar fueron configurados poderosamente por el ser y el obrar de su fundador; y, a la inversa, que su fundador veía en Mateo un ejemplo viviente de cómo debía ser y cómo debía obrar el miembro de la congregación misionera que había fundado sólo cinco años antes de que Mateo Regnard ingresara en ella. Éste no había ingresado en la Congregación de la Misión para ser sacerdote, pero sí para ser misionero entre gentes pobres y empobrecidas, y en este aspecto decisivo no había diferencia entre él y sus hermanos sacerdotes. Estos añadían a su ser misionero un “ser” sacerdotal y unas funciones ministeriales que Mateo no podía ejercer. Pero también ellos tenían que saber que, aunque fueran sacerdotes, habían venido a la congregación del señor Vicente para ser misioneros de los pobres, y no ante todo para ejercer funciones sacerdotales para cualquier clase de gente. Por eso debían cuidarse muy mucho de que la realidad sacerdotal de su vida no acabara ahogando su dedicación a atender a la gente pobre también en las necesidades materiales de sus vidas. Éste debía ser el elemento fundamental que debía inspirar todos los aspectos de su vida sacerdotal.

Unos años después de terminada la campaña de la Lorena los hombres del señor Vicente emprendieron una campaña parecida que abarcó a unas doscientas poblaciones de la región de Champaña-Picardía. Hubo un momento en que del número original de dieciocho entre sacerdotes y hermanos sólo quedaron tres, hermanos los tres, uno de

ellos una vez más nuestro hermano Mateo. De la acción de estos tres hombres ha quedado un testimonio de alabanza de una importante señora parisina, Dama de la Caridad, que se expresó así: “Si los hermanos de la Misión tienen tanta gracia para hacer todo ese bien que nos acaban de contar, ¡cuánto más harán los sacerdotes!” (XI 232) [XI 339].

Esa señora parecía entender bien cómo deben manifestar su vocación también los sacerdotes de la Misión. Que esa manera de ser sacerdote misionero era posible lo probaron hasta la saciedad los sacerdotes del señor Vicente que trabajaban en la Lorena en las mismas fechas en que el hermano Mateo vivía la misma manera de ser misionero, pero en su caso como hermano.

No vamos a narrar aquí las muchas hazañas del hermano Mateo que se pueden encontrar en las biografías de san Vicente más conocidas. Sí destacaremos algunas que nos parecen más llamativas, casi increíbles. De su veracidad responde la alta calidad moral de quien las vivió y las puso por escrito. El hermano Mateo merece plena credibilidad, aun cuando hable de sí mismo y de sus gestas.

Un buen día, cargado con 34.000 libras en sus alforjas, se tropezó en el camino con un caballero en su caballo que, pistola en mano, le obligó a caminar hacia un lugar apartado para saquearlo a sus anchas. Mateo pensaría en un primer momento que en esa ocasión sí que no había escapatoria. Pero en un segundo momento se le ocurrió hacerse el tonto. Empezó a mirar de reojo al jinete esperando alguna distracción de éste, que efectivamente llegó cuando volvió una vez la cabeza, momento que aprovechó Mateo para deshacerse de su carga y arrojarla entre la maleza cercana. Al muy poco, se volvió de espaldas y empezó a hacer tales zalemas al jinete arrastrando los pies y doblando la cintura que éste empezó a pensar que su víctima estaba mal de la cabeza. En realidad lo que hacía Mateo era señalar con surcos en un terreno recientemente labrado el lugar cerca del cual había escondido sus alforjas. El jinete siguió empujando a nuestro hombre hasta el borde de un precipicio, donde lo único que pudo conseguir de él fue un cuchillo de viajero. Hecho lo cual lo dejó con vida por loco y se marchó con su magro botín. Y así Mateo pudo recuperar con facilidad todas las libras que había escondido entre la maleza.

Nuestro hombre hizo tantos viajes durante tantos años que su nombre era conocido en toda la región y su persona esperada por soldados y malandrines, y no precisamente para escoltarle. En una ocasión se sabía que estaba en el castillo de Nomeny, portador, como siempre, de una fuerte cantidad de libras. Una partida de mercenarios, enterada de ello, se apostó para esperarle en todos los caminos que conducían al castillo. Pero Mateo pidió, y consiguió, que le abrieran una poterna

por la que salió antes de amanecer y se escapó por un sendero secreto apenas usado.

Tantas fueron sus hazañas y tan conocidas que llegaron a impresionar incluso a gentes que más hubieran querido robarle que admirarle. Pero hubo ladrón que no permitió que se le robase – lo valiente no quita lo cortés – por la admiración que sentía hacia aquel hombre que se jugaba la vida por salvarla a cientos de personas pobres. Así fue cómo en una ocasión un capitán, emboscado con su banda cerca de Saint-Mihiel, informó a sus hombres de que Renard andaba cerca de allí, y al verlos dispuestos a ponerse en marcha para saquearle, sacó la pistola y les dijo en tono que no dejaba lugar a dudas: “Le abro la cabeza a quien quiera hacer el mal a un hombre que no hace más que el bien”.

Con esta frase de un ladrón, “un hombre que no hace más que el bien” a gentes pobres, y con esta otra de un santo, “el hermano Mateo hace maravillas”, ¿se daba una caracterización fiel de lo que debía ser el estilo de vida misionero tal como lo había diseñado su fundador?; ¿se reflejaba con fidelidad el tipo de hombre, el tipo de cristiano, que había querido inspirar san Vicente de Paúl al fundar la Congregación de la Misión?

Conclusión

La figura histórica de Mateo Renard que ha llegado hasta nosotros no responde en absoluto a la definición oficial que nos dejó Vicente de Paúl de lo que debe ser un hermano en su congregación. Nótese: nos referimos a la definición oficial, no a la alta opinión que Vicente expresó más de una vez acerca de los miembros no ordenados de su congregación, de los que en una ocasión llegó a decir que en su forma de vida imitan a Cristo en lo que hizo durante treinta años, mientras que los sacerdotes en lo que hizo solamente durante tres (XI 34-35) [XI 109].

La definición oficial dice así: “La función de los (hermanos) laicos es ayudar a los eclesiásticos, a la manera de Marta, en todos los ministerios enumerados, según les fuere señalado por el superior” (*Reglas Comunes*, I, 2).

En la historia de la Iglesia una opinión muy extendida siempre ha creído saber muy bien qué es lo que, a diferencia de María, le toca a Marta: hacer la comida y cuidar de la casa. Sin duda también el hermano Renard se acomodó a ese papel, y hay que suponer que lo hizo con toda docilidad, cuando residía en San Lázaro y no caminaba por los campos de la Lorena. Pero ese caminar cargado de libras se acomoda malamente a la figura de Marta. Seamos sinceros: la rompe en mil pedazos.

Y sin embargo fue el mismo hombre el que escribió lo que dicen las Reglas Comunes y el que enviaba a Renard, y luego a Parre y a otros hermanos, a arriesgar sus vidas para asistir a muchedumbres empobrecidas por las guerras. Y tampoco son estos hermanos los únicos que se salen de la descripción oficial, pues el mismo Vicente conoció muy de cerca como secretarios personales a otros hermanos, Ducourneau, Robineau, cuya actividad tampoco se acomodaba en modo alguno a la figura de Marta.

Pero en los tiempos posteriores de la Congregación de la Misión se conoció poco durante muchos años, en realidad durante más de dos siglos, su historia verdadera, pero siempre se conoció muy bien lo que decían las Reglas. De modo que, con escasas excepciones, el modelo de hermano que acabó predominando en todas las provincias fue el del hermano modelado sobre la figura de Marta, la mujer hacendosa. La verdad es que no es este un mal modelo, y con él se han producido no sólo no pocos santos anónimos, sino que puede que en no pocos casos el bienestar habitual de las comunidades haya dependido de los hermanos que cuidaban de ella. El fallo estaba en hacer de ese modelo de hermano casi el único modelo. El fundador mismo conoció y cultivó otros modelos.

Queda otro aspecto importante que surge también en la vida de Renard, pero que se refiere a la actividad de los sacerdotes del señor Vicente. En el mismo número 2 del capítulo I de las Reglas Comunes se hace una enumeración de los ministerios propios de los eclesiásticos de la Congregación de la Misión. Se trata en todos ellos de actividades normales, por así decirlo, de cualquier tipo de sacerdote de la Iglesia Católica, con la excepción de la mención que se refiere a la fundación de Cofradías de Caridad en las parroquias misionadas.

Pero algunas de las actividades de los sacerdotes del señor Vicente en la Lorena, y luego en Champaña-Picardía, e incluso de él mismo y de otros hombres suyos en el mismísimo París, no tenían nada que ver con la fundación de Cofradías de Caridad, ni estaban previstas entre los ministerios enumerados en las Reglas. Y también en este caso sucedió lo mismo que en el caso de los hermanos. Se conocían bien las Reglas, pero no se conocía bien la historia. Y acabó predominando en la Congregación de la Misión un tipo de sacerdote que en su actividad pastoral era básicamente un duplicado de un sacerdote “normal” en sus actividades litúrgicas, sacramentales, devocionales, burocráticas parroquiales...

Nótese que hemos dicho que “acabó predominando”. Nunca faltó del todo en la historia de la Congregación de la Misión, y hasta predominó en algunos casos sobre todo en países de misión, el tipo de sacerdote misionero que se parecía muy mucho a los que en la Lorena, en Picardía y en París se dedicaban a atender a sus gentes no sólo en

el aspecto espiritual, sino también en el material o corporal, y a veces morían también por ello de agotamiento físico, igual que en la Lorena.

El texto definitivo de las Reglas Comunes se entregó a los miembros de la Congregación de la Misión el 17 de Mayo de 1658, dos años antes de que falleciera su autor. Vicente mismo empezó a comentarlas en conferencias semanales sucesivas. Aunque no le dio tiempo a comentar todo el contenido de las Reglas, basta leer las conferencias que han llegado hasta nosotros para convencerse de que quien se contente con leer el texto escueto de las Reglas jamás llegará a entender en toda su riqueza la visión espiritual propia de san Vicente de Paúl para su congregación. Lo que no está en las Reglas está en su enseñanza oral, en su enseñanza epistolar escrita, y en su manera de obrar y la de sus hombres, entre ellos, y como ejemplo no menor, la manera de obrar de quien fue bautizado como Mathieu Regnard, y murió como hermano Mathieu Renard.

De unos pocos meses después de la entrega de las Reglas, del 6 de Diciembre de 1658, nos ha llegado una conferencia en la que se podría decir no ya que el fundador corrige lo que él mismo había escrito en las Reglas, pero sí que añade un aspecto fundamental que prácticamente no aparece en ellas. Ese texto, muy citado y conocido hoy, se podría considerar como la definición final, a manera de testamento, de lo que debe ser un misionero de su congregación, sea o no sea sacerdote. Terminamos con él como resumen de todo lo que, aprovechando el ejemplo sorprendente del hermano Mateo, se ha querido decir en este trabajo:

“Si se encuentra alguien entre nosotros que piense que está en la Misión para evangelizar a los pobres y no para socorrerles, para remediar sus necesidades espirituales pero no las temporales, respondo que debemos asistirles y hacer que se les asista, nosotros mismos y por medio de otras personas, de todas las maneras... Hacer eso es evangelizar por medio de palabras y de obras... Eso es también lo que hizo Nuestro Señor” (XI 393) [XII 84].

Nota bibliográfica

Todas las citas que aparecen dentro del texto se refieren a las obras completas de san Vicente de Paúl, número de tomo y de página.

De las biografías más importantes de Vicente de Paúl no se citan en sus lugares respectivos los números de las páginas correspondientes por la variedad de ediciones y de lenguas en que han sido publicadas. El tema de este trabajo aparece en los siguientes lugares:

- ABELLY: libro II, capítulo 11, sección I.
- COLLET: tomo I, libro IV.
- COSTE: tomo II, capítulo 40.
- MAYNARD: tomo IV, capítulo 3, § VI.
- ROMÁN: capítulo XXXI.

La biografía del hermano Mateo que se encuentra en *Notices sur les prêtres...* no añade nada a lo que dice Maynard excepto la información en p. 29, nota 2, de que el mismo Maynard “se sirvió de las notas de Collet”.

Juan de la Salle (1598-1639)

“El ardor de su celo compensó la brevedad de su existencia”

Vicente de Dios Toribio, C.M.

La Congregación de la Misión comenzó en Folleville (25 de Enero de 1617), y continuó con la Sra. de Gondí, Margarita de Silly, “nuestra primera fundadora” (“¿Qué remedio podemos poner?”); con el contrato, entre los señores de Gondí y Vicente de Paúl, para la fundación de una asociación misionera, firmado ante dos notarios en el palacio de los Gondí el 17 de Abril de 1625; con las misiones de los tres (las de la llave al vecino); con la aprobación de la autoridad eclesiástica por el arzobispo de París Juan Francisco de Gondí el 24 de Abril de 1626¹; y con el acta de agregación a la naciente congregación, firmada ante notario el 4 de Septiembre del mismo año por Vicente de Paúl y los tres primeros: Antonio Portail, Francisco Du Coudray y Juan de la Salle.

Y aquí aparece por primera vez en las fuentes (no aparecerá muchas veces) el nombre de Juan de la Salle. ¿Quién era este misionero? “Nació en Seux, diócesis de Amiens, el 10 de Septiembre de 1598, Después de haber hecho estudios destacados en La Sorbona, fue ordenado sacerdote en 1622. Cuatro años después se unió a san Vicente y firmó, junto con el Sr. Portail y el Sr. Du Coudray, el acta notarial que ligaba a los cuatro, y por la cual reconocían a san Vicente como su superior”².

¹ “¿Curioso caso de aprobación de una comunidad antes de su existencia! En efecto, sólo cuatro meses más tarde, el 4 de Septiembre, firmaban ante notario los tres primeros compañeros el acta de agregación a la naciente congregación, compañía o cofradía”... Francisco Du Coudray y Juan de la Salle “vivían con san Vicente desde Marzo y Abril respectivamente” (ROMÁN, capítulo 13, p. 182).

² Dice COSTE (I, 107): “Al pie del acta de asociación faltan dos firmas: la de Belin y la de Luis Calon, doctor por la Sorbona. Del señor Belin, probablemente el que se unía a san Vicente y Portail en las primeras misiones, sólo sabemos lo que le dice san Vicente en su carta del 16 de Diciembre de 1634: ‘Sepa bien que el Señor le ha hecho misionero, así como también que tiene una de las partes principales en la concepción, la gestación, el nacimiento y el progreso de la Misión, y que, si no fuera por los testimonios evidentes de que Dios ha

Encontramos una reseña más completa: “Juan de la Salle, a quien san Vicente llama ‘un gran misionero’ y a quien el obispo de Beauvais consideraba como ‘el más fuerte en razonamiento que jamás había conocido’ (conferencia de san Vicente, 5 de Agosto de 1659), había nacido en Seux (Somme) el 10 de Septiembre de 1598, y había ofrecido sus servicios a san Vicente en Abril de 1626. En 1631 predicó en Champagne; en 1634-1636 trabajó en la Gironde y sus alrededores. Cuando se abrió el seminario interno de San Lázaro en Junio de 1637, se le confió su dirección. Al año siguiente volvía a las misiones. Los ejercicios de los ordenandos le ocuparon luego hasta el final de su vida. Murió el 9 de Octubre de 1639, muy llorado por san Vicente que perdía en él a uno de sus mejores obreros”³.

Vicente, en aquel año de 1626, tenía 45 años. Du Coudray alcanzaba los 40. Portail iba a cumplir 36. Y Juan de la Salle 28, era el más joven: no le quedaban de vida más que trece años, moriría en 1639, “pero el ardor de su celo compensará la brevedad de su existencia”⁴.

Además de ser el más joven era el menos brillante, no porque le faltaran méritos propios, ya hemos visto cómo lo calificaron tanto el obispo de Beauvais, como san Vicente, sino porque sus dos compañeros, Du Coudray y Portail, vivieron muchos más años y resultaron insuperables.

¿Cuáles fueron sus ministerios y sus virtudes? Primero las misiones, a continuación la dirección del Seminario Interno y, finalmente, los ejercicios a los ordenandos. Podemos añadir, sobre todo al principio, las nacientes Cofradías de Damas de la Caridad.

Las Cofradías

No fue un ministerio que se le confiara expresamente, sino un aprecio mutuo entre él y Luisa de Marillac, quien a menudo le pedía a san Vicente que enviara al padre de la Salle a establecer alguna Cofradía, o a predicar a las reuniones de las Damas para renovarlas en el fervor inicial. De hecho en la correspondencia entre Vicente y Luisa, son

dado de que lo quería en Villepreux, estaría usted completamente en la misión’. Luis Calon era uno de esos sacerdotes en los que estaban íntimamente asociados la santidad, la ciencia, el celo y la sencillez. Entró en Bons-Enfants el 1 de Julio de 1626 con la intención de compartir la vida y las tareas de sus hermanos. Pero pronto tuvo que renunciar a sus proyectos por causa de sus enfermedades. Volvió a Aumale, en donde era párroco, pero no dejó por ello de formar parte de la sociedad y de trabajar en la obra de las misiones”.

³ ES I, nota 1, p. 103.

⁴ COSTE I, p. 106.

frecuentes las alusiones a Juan de la Salle. Incluso se escribieron alguna vez, pues “Notices” ha conservado una carta de Juan de la Salle a Luisa, con fecha del 9 de Febrero de 1630, en que le contesta a preguntas que ella le ha formulado. He aquí algunos párrafos:

“Señorita: Alabo a Dios que ha querido darle tan buen inicio, que no le ha negado ni el espíritu ni todo aquello que le haría falta para lograr su más grande gloria. Asegurémonos solamente de dejar todo en sus manos. Estoy muy satisfecho del celo de las buenas Damas de la Caridad y de su devoción... He aquí, señorita, los que yo puedo responderle. Le recomiendo de corazón a esas buenas Damas, y particularmente a las oficiales. Llénelas de ánimo, y yo le prometo recordarlas a usted y a ellas en el santo sacrificio de la misa, pues están en el amor de nuestro Señor y de su santa Madre. Señorita. Vuestro más humilde servidor”.

Muchos años más tarde, san Vicente escribe a santa Luisa, como tantas otras veces, de su hijo Miguel, de cómo éste le ha dicho al padre de la Salle que no ha aspirado al sacerdocio más que porque su madre (Luisa) lo deseaba. Y Vicente le dice a Luisa que ella tampoco tiene que desearlo. “Deje que lo guíe Dios. Él es más padre suyo que usted madre, y lo ama más. Deje que sea Él el que lo guíe...”⁵. Valga este último párrafo para ver como santa Luisa y el padre Juan de la Salle siguieron relacionándose, directa o indirectamente, hasta el fin.

Las Misiones

Para san Vicente las misiones eran el ministerio más importante de la Congregación, el ineludible, todos los demás eran su complemento. Y parece que Juan de la Salle tenía y vivía esta misma convicción. Seguramente todos los misioneros de san Vicente dieron misiones, para eso habían entrado en la Misión. Es admirable leer la lista de las poblaciones misionadas y es conmovedor escuchar los testimonios de conversiones personales y multitudinarias. De las misiones que dieron los padres Juan de la Salle y Juan Brunet, tenemos memoria especialmente de las de la diócesis de Burdeos. “Pasaron en la diócesis de Burdeos una parte de los años 1634 y 1636, Cuando se anunciaba una misión en alguna aldea, acudían allá fieles de todas partes, algunos incluso desde muy lejos”⁶. En una carta que escriben los dos a san Vicente, lo dicen así: “Los fieles vienen de lejos. Tan vivo es su deseo de hacer una confesión general, que aguardan turno durante semanas

⁵ ES I, carta 368, p. 511.

⁶ COSTE, III, p. 31.

enteras, sin volver a sus casas, y preferirían morir antes que perder esta ocasión de reconciliarse con Dios, Hay algunos que se acusan en voz alta para más humillarse”⁷. A Juan de Fonteneil, vicario general de la diócesis de Burdeos, le escribe san Vicente el 7 de Diciembre de 1634, seguramente a requerimiento del padre de la Salle, la siguiente solemne carta:

“El padre de la Salle me ha escrito en varias ocasiones sobre el afecto que Nuestro Señor le ha dado por nuestra pequeña manera de vivir y por él y por el padre Brunet y sobre la manera con que trabaja por la salvación del pobre pueblo y por nosotros, siempre que ha sido preciso. Pues bien, señor, le agradezco todo eso muy humildemente y ruego a Nuestro Señor que sea Él mismo su recompensa y su paga y que extienda sobre usted cada vez más la abundancia de sus gracias y bendiciones.

¡Cómo se llena el corazón de consuelo, señor, siempre que el mencionado padre de la Salle me habla de su celo por la salvación de las almas, su asiduidad en su conquista, las bendiciones que Nuestro Señor le concede y todas sus sólidas virtudes! Ciertamente, señor, todo esto produce en mí una alegría que no le puedo expresar y un afecto muy especial para rogar a Dios que le siga protegiendo y que vaya aumentando estas mismas gracias.

Sea ésta, señor, la recompensa que espera de nosotros por tantos y tantos actos de caridad que incesantemente tiene ahí con nosotros. A ello añado, señor, el ofrecimiento que le hago de nuestra pequeña compañía y de su servicio con todo el afecto y humildad que me es posible, y especialmente el mío, que me da la confianza de encomendarme a sus santas oraciones y que soy, en el amor de Nuestro Señor, su muy humilde y muy obediente servidor”⁸.

El padre de la Salle enfermó seriamente en aquellas misiones y tuvo que guardar cama bastante tiempo en Burdeos. Cuando pudo levantarse regresó a París para iniciar otro ministerio: Director del Seminario Interno.

Nos quedan algunas anécdotas que dan color al buen padre de la Salle:

Seleccionemos dos. Fue a dar una misión en Mesnil en la Champagne. Fiel a la práctica de la gratuidad de las misiones, rehusó aceptar un donativo del señor de Gondi, entonces ya sacerdote del oratorio. Aquello le mereció una pequeña reprimenda de san Vicente: “No hay dificultad en recibir la caridad de monseñor el reverendo

⁷ ES I, carta 193, p. 315.

⁸ ES I, carta 189, pp. 311-312.

padre de Gondi. Si ya la ha rechazado usted, haga llegar sus excusas al señor Ferrat. Es nuestro fundador. No tenemos derecho a rechazar lo que él nos da por amor de Dios, lo mismo que cualquier otro que no fuera del lugar donde se hace la misión...". Y le pone el ejemplo de san Pablo "que no recibía nada de lugar donde trabajaba, pero lo tomaba de otras iglesias para trabajar en las nuevas..."⁹.

La segunda anécdota (categoría más que anécdota) se refiere a las veces que san Vicente, en sus conferencias a los misioneros sobre la virtud de la castidad, recuerda y alaba al padre de la Salle: "No dar nunca misiones a las religiosas, a no ser que lo mande el obispo, y luego, no recibir cartas de religiosas, con el pretexto de un consejo que quieran pedirnos, etc.; y decirles, como hizo el difunto padre de la Salle a las religiosas de Crécy, en donde había dirigido una misión: No me escriban"¹⁰. Se exploya más en otra conferencia:

"Antes de la fundación de la Compañía el señor obispo de Ginebra, a quien tuve el honor de conocer y de tratar, me obligó a cuidar de las religiosas de la Visitación, no tuve más remedio que hacerlo; había dado palabra de ello, ¿qué le iba a hacer?... Pero recomiendo a la compañía que no acepte nunca un cargo que le obligue a dirigir, guiar y tratar con las religiosas. Os diré, a este propósito, que al comienzo de la compañía se tuvo una misión en una aldea o en un barrio donde había religiosas. Ellas pidieron que se les diesen algunas pláticas y que se les escuchase en confesión general, lo mismo que se hacía con los demás. Así se hizo. Estaba allí el buen padre de la Salle. Aquellas buenas religiosas le escribieron luego varias veces después de venirse. Apenas él se dio cuenta de que había cierto apego en ello, como era un hombre de sentido común, les respondió que debían contentarse con lo que les había escrito y dicho en aquella ocasión y que no tenía nada más que decirles ni escribirles..."¹¹.

(¿Era san Vicente tan rígido y desconfiado como aparece? No lo era, siempre estuvo rodeado de mujeres. Pero desde el principio la dirección de religiosas se descartó como fin de la compañía, el único fin eran los pobres. Atender a las dos cosas resultaría en menoscabo de alguna).

⁹ ES I, carta 96, p. 194.

¹⁰ ES XI-3, *Conferencia* 34, p. 93.

¹¹ ES XI-4, *Conferencia* 144, p. 685.

El seminario interno

Hasta 1637 no se decidió san Vicente a instaurar en la congregación el seminario interno. En los primeros años los recién llegados eran en su mayor parte sacerdotes ya ordenados que empezaban pronto a trabajar en misiones o ejercicios a los ordenandos. Los demás aspirantes, los no ordenados, vivían en San Lázaro y aspiraban los usos y ejemplos de los misioneros mayores, especialmente de san Vicente, que era prácticamente su director. Pero, como dice Abelly, cuando san Vicente “vio ya formada su Congregación, decidió que en adelante todos los que se presentaran para ingresar en la Comunidad harían, antes de ser admitidos, una especie de probación en un Seminario bajo un director, que los ejercitaría en la práctica de las virtudes, y los formaría en la vida espiritual. Escogió para primer director al Sr. Juan de la Salle... El Seminario empezó el mes de junio del año 1637 en la casa de San Lázaro. Allí ha continuado siempre. De ordinario suele haber treinta o cuarenta seminaristas tanto sacerdotes como clérigos...”¹².

Sabemos poco del padre Juan de la Salle en este ministerio. Que san Vicente le hizo pasar unos meses en el noviciado de los jesuitas para mejor entender el oficio y adaptar sus prácticas a un instituto distinto. Que “el ambiente creado por él en el año escaso que estuvo al frente del seminario fue tan grato y acogedor, que los antiguos misioneros lamentaban que los de su tiempo no hubieran podido disfrutar de aquellos beneficios”¹³. ¿Por qué entonces el padre de la Salle duró tan sólo un año escaso como director del seminario interno? No se nos dice. Acaso añoraba las misiones. O acaso san Vicente lo necesitaba para la misión de Saint-Germain-en-Laye, que el rey Luis XIII le solicitaba a san Vicente y que iba a comenzar en febrero de 1638.

En Saint-Germain-en-Laye, residía la corte real. San Vicente hubiera preferido que tal misión la dieran otros, pues sus misioneros se dedicaban a los pobres, no a “los grandes del siglo”. Pero Luis XIII pedía a sus misioneros y tuvo que ceder. La misión fue tormentosa en su desarrollo pero terminó con gran éxito. Entre otras cosas, los misioneros combatieron las desnudeces escandalosas de muchas damas cortesanas y les exigieron en la confesión la modestia cristiana. Se les criticó a voz en cuello. Pero siguieron su propio curso, predicando el evangelio en toda su pureza. Pronto llegaron las conversiones, de modo que, debido seguramente a la evangelización de los pobres que aquellos misioneros predicaban, los que antes los denostaban deseaban ahora unirse a la Cofradía de Caridad e hicieron propósitos concretos de

¹² ABELLY, Libro 1, capítulo XXXIV, p. 159.

¹³ ROMÁN, capítulo XIX, p. 288.

aportar su ayuda. Dicen las “Notices” que “no había casi nadie en la casa del rey que no se esforzara en aprovechar la gracia que Dios repartía en abundancia”. Así se explica la carta que de la Salle envía al padre Juan Dehorgny, otro gran misionero, que le había sucedido como director del seminario interno: “Dígales en el Seminario que sin la misión de Saint-Germain, miles de almas se habrían perdido”.

Terminada la misión de Saint-Germain-en-Laye, el padre de la Salle regresó a San Lázaro donde le esperaba otro ministerio hasta el fin de sus días.

Los Ejercicios a Ordenandos

San Vicente se dedicó y dedicó a os suyos a los ejercicios a ordenandos para procurar sacerdotes más preparados, que entonces no eran muchos; y se dedicó luego a los seminarios para procurar sacerdotes que fueran pastores solícitos de los pobres. En 1628 dirigió, ayudado por tres sacerdotes, los primeros ejercicios a ordenandos. Sólo se trataba de “una especie de cursillo de formación profesional acelerada, un remedio de urgencia para un estado de cosas que no admitía demora”¹⁴. Su éxito fue muy grande, pues se adoptaron en muchas diócesis y también en Roma.

Escribía san Vicente: “Tenemos unos 70 ejercitantes... El señor Hopille tiene al pontifical y el señor Hobier la charla de la mañana. Los padres de la Salle, Dehorgny, Souffliers, Cuissot y algunos de nuestros jóvenes teólogos ayudan en esto. Es en Bons-Enfants done las cosas van mejor de lo que nos hubiéramos atrevido a esperar”¹⁵. De estos años hay una extensa carta de san Vicente a de la Salle el 14 de Junio de 1638. El santo había estado ausente y trata con de la Salle muchos asuntos administrativos de san Lázaro: rentas, llaves, ordenandos, telas, dinero, un rebaño de corderos que llevarán a dormir en San Lázaro, saludos diversos... como si lo hubiera suplido durante su ausencia¹⁶.

El padre de la Salle continuó con los ejercicios a ordenandos hasta el fin de su vida. Esta fue, por decirlo así, su última obra. Y la última flor que adjuntó a una corona repleta de méritos y de buenas obras.

¹⁴ ROMÁN, p. 195.

¹⁵ ES I, carta 377, p. 518.

¹⁶ ES I, carta 343, pp. 488-489.

El fin

San Vicente comunicaba en octubre de 1639 la muerte del padre Juan de la Salle en carta a un sacerdote de la Misión, seguramente a todos ellos en carta circular: “Ha querido su divina bondad llevarse consigo al buen padre de la Salle. Murió el día de san Dionisio (9 de Octubre) entre las 3 y las 4 de la mañana, de una fiebre purpúrea, a los 14 días de enfermedad. Su muerte ha respondido a su vida. Ha aceptado continuamente la voluntad de Dios desde el comienzo de su enfermedad hasta el fin, sin ningún pensamiento contrario. Había tenido siempre miedo de morir, pero me dijo que se iba a morir, porque me había oído decir que Dios les quita al final el temor de la muerte a los que lo tuvieron durante su vida y ejercitaron la caridad con los pobres. No puedo expresarles los sentimientos de devoción que ha dejado en la comunidad...”¹⁷.

Naturalmente, san Vicente le informó también a santa Luisa, con quien el difunto había colaborado muchas veces: “Sólo le diré una palabra sobre la pérdida que hemos sufrido con la muerte del padre de la Salle y sobre la que tenemos el peligro de sufrir, o sea que, por la gracia de Dios, tengo mi corazón en paz, sabiendo que esa es la voluntad de Dios...”¹⁸.

El padre Juan de la Salle fue uno de los tres primeros que se unieron a san Vicente para iniciar la marcha de la pequeña compañía, sencillo, humilde, trabajador eficaz en todos los primeros ministerios. Dicen los biógrafos del santo que lloró su muerte. Tuvo que hacerlo, pues perdía un hijo muy querido. Sólo trece años en la Misión de 1626 a 1639, Pero “el ardor de su celo compensó la brevedad de su existencia”.

¹⁷ ES I, carta 424, p. 577.

¹⁸ ES I, carta 422, p. 572.

Vicente de Paúl y la Santa Sede

Adelino Ornelas, C.M.

Un niño nacido en Las Landas, en el suroeste de Francia, en el siglo XVI no parecía predestinado a relacionarse con la cabeza de la cristiandad. Pero al final acabó haciéndolo con varios Papas de su tiempo. A la hora de sus estudios en Dax y Tolosa había oído hablar del Papa, pero como uno de esos señores de la política de su tiempo y hasta relacionado con las guerras religiosas que asolaban Francia y llegaban hasta su tierra natal. Tal vez se le habría fijado alguna imagen de los papas del Renacimiento, mundanos y enrolados en la política italiana. Pero ciertamente esos señores le parecían muy distantes para preocuparse por ellos. Y al final el destino fue muy diferente.

Recordemos que durante los casi 80 años de la vida de Vicente de Paúl pasaron por sede de Pedro, nada menos que once papas: Gregorio XIII (1572-1585); Sixto V (1585-1590); Urbano VII (1590); Gregorio XIV (1590-1591); Clemente VIII (1592-1605); León XI (1605); Paulo V (1605-1621); Gregorio XV (1621-1623); Urbano VIII (1623-1644); Inocencio X (1644-1655); Alejandro VII (1655-1667).

El primer contacto con la Santa Sede se da hacia 1601, cuando Vicente tuvo a bien pleitear el nombramiento para la parroquia de Tilh, pero su oponente tenía triunfos más fuertes y Vicente no pasaba de ser un aventurero, si bien soñando alto, si nos atenemos a lo que dirá más tarde sobre un proyecto “cuya temeridad no me atrevo a nombrar” y que haría referencia a haberse propuesto para algún obispado. Esta su primera estadía en Roma, si bien infructífera de cara a su objetivo principal, sirvió para que Vicente se extasiara con los monumentos y recuerdos cristianos dispersos por la ciudad. En una carta de 1631, a Du Coudray a la sazón en Roma, escribe: “Por fin ha llegado usted a Roma, donde está la cabeza visible de la Iglesia militante, donde están los cuerpos de san Pedro y de san Pablo y de otros muchos mártires y santos personajes, que en otro tiempo dieron su sangre y emplearon toda su vida por Jesucristo. ¡Cuán feliz es, señor, por poder caminar sobre la tierra por la que caminaron tantos grandes y santos personajes! Esta consideración me conmovió tanto cuando estuve en Roma hace treinta años, que, aunque estaba cargado de pecados, no dejé de entermecerme, incluso con lágrimas, según me parece”¹.

¹ SVP.ES I, 176; SVP I, 115.

En 1601 era Papa Clemente VIII y Vicente tuvo por él gran veneración, considerándolo como santo, sobre todo cuando supo que lloraba al subir la Escala Santa, cerca de San Juan de Letrán. Tal vez este primer encuentro con la santidad haya funcionado en él como una primera llamada a la santidad. Pero por entonces no pasó de un deseo.

Siete años más tarde, en 1608, encontramos a Vicente de nuevo en Roma. Había vivido la experiencia del cautiverio. Con la ayuda del vice-legado Pedro Montorio fue hasta Roma. El obispo le había hecho promesas de algún nombramiento rentable y Vicente fue entre tanto a vivir en casa de Monseñor, haciendo de criado y enseñándole algunos secretos de alquimia aprendidos en Argel durante el cautiverio, con lo que Monseñor hacía trucos ante los cardenales. Entre tanto Vicente aprovechaba para hacer algunos estudios y entrar en contacto con algunas experiencias pastorales como la cofradía de la Caridad del hospital del Espíritu Santo. No parece que hubiera tenido contacto con el papa de entonces, Paulo V. Fue sin duda en este tiempo cuando conoció a la gente, para poder dar, en 1642, este conejo a Bernard Codoing: "Fíjese, padre, cómo usted y yo nos dejamos llevar demasiado por nuestras opiniones. Sin embargo, está usted en un lugar donde se necesita una exquisita prudencia y circunspección. Siempre he oído decir que los italianos son las personas más precavidas del mundo y que suelen desconfiar de las personas que van aprisa. La prudencia, la paciencia y la mansedumbre, con el tiempo, lo logran todo entre ellos; y como saben que nosotros, los franceses, vamos demasiado aprisa, les gusta dejarnos mucho tiempo en la calle, sin comprometerse con nosotros"². Cansado de promesas no cumplidas, Vicente se retira y se va a París.

Los años que van de 1610 a 1625, son años de desilusión y de búsqueda. Pero son también años de encuentro. En 1617, el soplo del Espíritu se le revela en un sermón en Folleville. Allí comenzaron las misiones populares y las caridades. De ahí va a surgir el proyecto de una fundación que después se llamará Congregación de la Misión.

Podemos encuadrar las relaciones de San Vicente con la Santa Sede en tres líneas generales:

- Vicente y la Congregación de la Misión;
- Vicente y las misiones ad gentes;
- Vicente y el Jansenismo.

² SVP.ES II, 197; SVP II, 235.

1. Vicente y la Congregación de la Misión

El año 1622 es un año señalado para Vicente. En ese año es nombrado superior de las Visitandinas de París, por S. Francisco de Sales (que muere en ese año) y que avala su carisma de maestro espiritual. Aconsejado e impulsado por Margarita, condesa de Gondi, Vicente se lanzó a la obra de las misiones populares, ayudado por algunos sacerdotes. Pero la obra funcionaba sin garantías de futuro. Por eso el matrimonio Gondí ofrece a Vicente la cantidad de 45.000 libras y el edificio del colegio de Bons Enfants para crear una fundación estable que costeara la continuidad de las misiones populares. La escritura será firmada en Abril de 1625. El carisma venía ya de 1617. La experiencia había sido adquirida a través de ocho años, con el P. Portail y otros pocos. Faltaba ahora la base jurídica. Será el trabajo y la relación con la Santa Sede.

Vicente sabía que no bastaba la aprobación del arzobispo de París. Quería bases más estables y para ello necesitaba la aprobación de Roma. En 1627, Vicente se dirige por primera vez a Propaganda Fide para pedir dos cosas: una bendición, o sea una aprobación global, y algunas facultades del género de las concedidas a otros institutos para las misiones. Después de una consulta al Nuncio, la súplica fue diferida. Reinaba Urbano VIII.

Al año siguiente, Vicente vuelve a la carga. Ahora la petición era más amplia e incluía el reconocimiento, a favor de Vicente, de los derechos concedidos a los fundadores y la exención de los Ordinarios, excepto en lo que se refería a las misiones. Las dos peticiones tuvieron respuesta negativa. La petición de Vicente suponía la creación de una nueva orden religiosa.

Como buen gascón, Vicente no desiste y en 1631, aconseja al P. Du Coudray: "Es preciso que haga entender que el pobre pueblo se condena, por no saber las cosas necesarias para la salvación y no confesarse. Si Su Santidad supiese esta necesidad, no tendría descanso hasta hacer todo lo posible para poner orden en ello; y que ha sido el conocimiento que de esto se ha tenido lo que ha hecho erigir la compañía para poner remedio de alguna manera a ello; que, para hacerlo, hay que vivir en congregación y observar cinco cosas fundamentales de este proyecto: 1.º dejar a los obispos la facultad de enviar misioneros [a la] parte de sus diócesis que les plazca; 2.º que estos sacerdotes estén sometidos a los párrocos de los sitios adonde vayan a hacer la misión, durante el tiempo de la misma; 3.º que no tomen nada de esas pobres gentes, sino que vivan a sus expensas; 4.º que no prediquen, ni catequicen, ni confiesen en las ciudades donde haya arzobispado, obispado o presidial, excepto a los ordenandos y a los que hagan ejercicios en la casa; 5.º que el superior de la Compañía tenga la dirección entera de la misma; y que estas cinco máximas tienen que ser como

fundamentales de esta congregación... Manténgase, pues, firme y dé a entender que hace largos años que se piensa en esto y que tenemos ya experiencia”³.

Estas consideraciones interesan de tal manera la opinión pública que el rey Luis XIII se presta a escribir al Papa Urbano VIII en términos casi idénticos: “Santísimo Padre: El gran fruto y edificación que reciben nuestros súbditos del campo por la buena asistencia e instrucción que les dan los sacerdotes de la Misión, fundados para ir de aldea en aldea predicando, exhortando, confesando y catequizando al pobre pueblo, sin recibir ninguna retribución temporal, nos hace desear que esta Misión se establezca en una forma tal que pueda acrecentarse y durar en el futuro. Por eso dirigimos esta carta a Su Santidad para suplicarle con todo afecto que se digne favorecer y apoyar con su autoridad un propósito tan santo, tan útil y tan loable, erigiendo la Misión de dichos sacerdotes en congregación formal, según la instancia que hará en nuestro nombre el señor de Béthune, nuestro embajador, a quien nos remitimos. Suplicamos a Dios, Santísimo Padre, que se digne conservar largos años a Su Santidad, manteniéndolo y ayudándole en el gobierno y régimen de nuestra madre la santa iglesia”⁴.

Después de estas negativas y sospechando maniobras envidiosas de otros institutos religiosos, Vicente acude a la Congregación de Obispos y Regulares y por intercesión de esta obtiene la aprobación deseada para su instituto. El regocijo de Vicente y de sus compañeros se tradujo en una fervorosa acción de gracias.

Tras algunas negociaciones, Urbano VIII aprobaba la nueva Congregación con la Bula “*Salvatoris Nostris*” del 12 de Enero de 1633, reconociendo a la fundación vicenciana tres fines:

- a) Ayudar a la salvación de sus miembros y de los habitantes del campo;
- b) Honrar los misterios de la Trinidad y la Encarnación y cultivar una particular devoción a la Virgen;
- c) Ocuparse de los ordenandos.

Del proyecto estaba casi completo, pero faltaban los Votos y el Estatuto de Pobreza. Sería la guinda del pastel, pero el nuevo papa, Inocencio X rehusó aprobar los Votos y el Estatuto de Pobreza que proponía Vicente. Con este papa, las relaciones fueron menos sencillas. El papa tenía fama de ser opuesto a las comunidades religiosas. Tal vez era más favorable a la supresión de los conventos pequeños donde la observancia de las Reglas ya no era posible y menos aún el

³ SVP.ES I, 176-177; SVP I, 115-116.

⁴ SVP.ES X, 264-265; SVP XIII, 219.

empeño concreto en la evangelización. Lo que no era el caso de Vicente. Habrá sido en este contexto que se atribuyó a Vicente la expresión: “Con este papa no conseguimos nada, habrá que esperar otro”. La expresión por lo menos traduce bien la idea que daba la diplomacia romana.

En 1655 fue elegido papa Alejandro VII que conocía las actividades de los vicentinos en Italia y dará prueba de su generosidad para con ellos. Poco después de su elección, el 22 de Septiembre, publica el breve “Ex commissa nobis” que aprueba los Votos de la Congregación de la Misión y el 12 de Agosto de 1659, publica el breve Alias Nos ratificando el Estatuto de Pobreza en la Congregación. Será él quien en 1659 obligará a los ordenandos de Roma, hacer el retiro de ordenación en la casa de la Misión de Montecitorio (que todavía hoy existe junto al edificio del Parlamento Italiano y al servicio del mismo).

Se comprende la alegría de Vicente desde que fue elegido este papa del que esperaba una gran benevolencia. “¡Qué miserable soy al precipitarme sobre la comida, para devorarla, como esos de los que acabo de hablar! ¡Cuántos motivos para humillarme!... Ha querido nuestro Señor darnos un Papa. Me han dado la noticia al ir a la reunión (1). La hermana del señor cardenal Mazarino se lo ha dicho a las religiosas de Santa María del arrabal de Santiago, que me lo han comunicado. Es un buen papa, el que más ha profundizado en las materias de estos tiempos y que ha sido de la opinión contraria a las ya condenadas. Los sacerdotes de la Misión dirán mañana la misa como acción de gracias, etcétera, y la oirán nuestros hermanos, y el domingo próximo comulgarán por esta misma intención. Las damas de la reunión de la caridad tienen que comulgar mañana por esto”⁵.

No será difícil ver la referencia a este Papa en una conferencia sobre la obediencia, el 19 de Diciembre de 1659: “¿A quién debemos obediencia? La regla empieza por nuestro santo padre, el Papa; él es el padre común de todos los cristianos, la cabeza visible de la Iglesia, el vicario de Jesucristo, el sucesor de san Pedro; le debemos obediencia todos los que estamos en el mundo para instruir a los pueblos en la obediencia que deben tener, lo mismo que nosotros, a este pastor universal de nuestras almas. A nosotros nos toca darles ejemplo. Por eso entreguémonos a Dios para obedecerle debidamente y para recibir bien todo lo que venga de su parte. A él, en la persona de san Pedro le ha dicho nuestro Señor: ‘Pedro, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas’; a él, ese mismo Salvador le ha dado las llaves de su Iglesia. Él es como otra especie de hombre, muy por encima de todos los

⁵ SVP.ES XI, 103; SVP XI, 179.

demás hombres. Por eso hemos de mirarlo en nuestro Señor, y a nuestro Señor en él”⁶.

Este mismo pensamiento manifiesta a las Hermanas al explicarles las reglas Comunes en septiembre de 1655: “Los que hablan de cumplir la voluntad de Dios entienden por esta voluntad sus mandamientos y los de la iglesia, que nos obligan a obedecer al Papa, a los obispos y a las demás personas que hayan recibido de ellos el poder”⁷.

2. Vicente y las misiones ad gentes

Si en lo que hacía a la Congregación de la Misión, fue Vicente el que corrió a Roma e intentó convencerla de la bondad de su causa, en lo referente a las misiones ad gentes, el movimiento fue en sentido contrario.

En 1622 Roma crea la Propaganda Fide para tratar de promover todo lo que se refería a las misiones ad gentes. Roma quería de alguna manera romper el cerco de los Patronatos portugués y español en lo referente a las misiones. Para ello necesitaba personal que no perteneciese a esos países.

El Pontífice ratificaba la índole misionera de la Congregación, basándose en la misión de Jesús evangelizador de los pobres y en la dedicación concreta a las misiones al pueblo y las obras propias del Instituto. Las misiones ad gentes no vienen mencionadas en la bula por lo que no se asumirán compromisos en ese sector. Aún así, ciertas cláusulas de la bula abrían puertas para otras obras que se conformasen “legítimamente con las Reglas” y con “la autoridad del Superior General sobre las casas que se llegasen a fundar en cualquier lugar” y con “el poder del Superior General para enviar o retirar de cualquier lugar a los misioneros”.

Las misiones ad gentes fueron conquistando los ánimos de los misioneros a medida que Propaganda Fide reiteraba su propuestas de confiar a la Congregación territorios donde la Iglesia no estaba implantada todavía. El mismo Vicente se imaginaba en un mundo más extenso que el exágono francés.

Mons. Ingoli, secretario de Propaganda, iba haciendo llegar, por medio de los misioneros que estaban en Roma, propuestas de misiones ad gentes que el fundador comentaba con sus compañeros. En 1639 comentaba con Lebreton: “Admiro la providencia de esa Congregación

⁶ SVP.ES XI, 692; SVP XII, 430.

⁷ SVP.ES IX, 734; SVP X, 107.

para las misiones y ruego al soberano pastor y dueño de las misiones que obtenga de allí mucha gloria”⁸.

Entre tanto iban llegando solicitudes para enviar misioneros a Istanbul -1634; Brasil -1640; Persia -1640; Extremo Oriente -1644; Norte de África: Tunez -1645, Argel -1646; Irlanda -1646; Arábia -1647; Madagascar -1648; Canadá -1650; Polonia, a petición de la reina maría de Gonzaga, -1651; Suecia -1654; Líbano -1656... Apenas fueron atendidas algunas solicitudes, como el Norte de África, Irlanda, Madagascar, Polonia, a pesar del deseo del superior de dar respuesta a todas.

En 1640 escribe a Lebreton: “¿Que quiere que le diga de la propuesta de monseñor Ingoli? Nada le diré, a no ser que la recibo con toda la reverencia y humildad que me es posible; [...] he ido a celebrar la santa misa. Se me ha ocurrido el siguiente pensamiento: que, como el poder de enviar ad gentes reside en la tierra únicamente en la persona de Su Santidad, [...] todos los eclesiásticos tienen obligación de obedecerle en esto; y según este principio, que me parece digno de crédito, le he ofrecido a su divina Majestad nuestra pobre compañía para ir adonde Su Santidad ordene”⁹.

Dos años más tarde escribe: “Esta pequeña compañía se ha educado en esta disposición de que, dejándolo todo, cuando quiera Su Santidad enviarla a capite ad calcem a esos países, irá de muy buen grado”¹⁰.

En 1646 exulta con la expansión de la Iglesia y la vocación universal de la Compañía. Pero no esconde la preocupación ante la descristianización del viejo continente: “Le confieso que siento un gran afecto y devoción, según creo, a la propagación de la iglesia en los países infieles, por temor a que Dios la vaya destruyendo poco a poco por aquí”¹¹. Poco después confiesa al mismo misionero: “¿Quién sería capaz de decir que Dios no nos llama ahora a Persia? No hay que deducirlo del hecho de que no estén llenas nuestras casas: no siempre las que están con más gente dan más fruto. [...] Ya sabe usted, padre, cómo hace ya tiempo que la sagrada Congregación ha puesto en nosotros sus ojos, cuántas veces nos ha urgido, qué poca prisa nos hemos dado nosotros para que no se mezclara nada humano en la resolución de esta santa empresa; pero, como nos urge de nuevo por carta y por medio del Señor Nuncio, no dudo de que hay que obedecer”¹².

El entusiasmo por la misión se puso al rojo vivo cuando en 1648, el superior decidió aceptar la misión en Madagascar. El fervor misio-

⁸ SVP.ES I, 539; SVP I, 548.

⁹ SVP.ES II, 45; SVP II, 50.

¹⁰ SVP.ES II, 214; SVP II, 256.

¹¹ SVP.ES III, 37; SVP III, 35.

¹² SVP.ES III, 143; SVP ??, 153-154.

nero contagió a muchos cohermanos a través de los comentarios de Vicente y de las lecturas de las crónicas leídas en el refectorio. La confesión que hace en 1657 es emocionante: “Es menester [...] estar dispuestos y preparados para ir y para marchar adonde Dios quiera, bien sea a las Indias o a otra parte; en una palabra, exponernos voluntariamente en el servicio del prójimo, para dilatar el imperio de Jesucristo en las almas. Yo mismo, aunque ya soy viejo y de edad, no dejo de tener dentro de mí esta disposición y estoy dispuesto incluso a marchar a las Indias para ganar allí almas para Dios, aunque tenga que morir por el camino o en el barco”¹³.

El celo de Vicente llega a alturas místicas cuando en una repetición de oración habla al sacerdote enviado a Madagascar como si estuviera presente, cuando en realidad ya había muerto.

A las Hijas de la Caridad les dice: “Sé muy bien, hijas mías, que os piden muy lejos de aquí, a más de seiscientas leguas, y he recibido algunas cartas; sí, desde una distancia de seiscientas leguas se está pensando en vosotras; y si hay allí algunas reinas que os piden, también conozco a otras personas que os piden más allá del mar”¹⁴. Se refería a la solicitud que le hiciera la reina de Polonia y a la sugerencia del P. Nacquart que le había pedido el envío de Hermanas a Madagascar.

Esta correspondencia demuestra que entre Vicente y la Santa Sede debió abordarse frecuentemente el tema de las misiones, bien directamente, bien a través de los misioneros que vivían en Roma, bien a través del Nuncio en París.

3. Vicente y el Jansenismo

El Jansenismo es ante todo un asunto francés y el recurso a la Santa Sede vendrá a aclarar una contienda que amenazaba ponerse fea. En este recurso Vicente intervendrá con su influencia y fuerte convicción.

El Jansenismo provenía de un libro escrito por Cornelio Janssen (nombre latinizado, de Jansenius, y Jansenismo), titulado *Augustinus* por la pretensión de basarse en San Agustín. En Francia la importancia del jansenismo se debió a Juan Duvergier de Haurenne, conocido por el nombre de abad de Saint Cyran, por la abadía de ese nombre que le había sido atribuida por el obispo de Poitiers. Cornelio Janssen y el abad de Saint Cyran trabaron amistad durante los estudios de

¹³ SVP.ES XI, 281; SVP XI, 402.

¹⁴ SVP.ES IX, 472; SVP IX, 564.

ambos en París. Después, Cornelio regresó a Holanda donde fue ordenado sacerdote y elegido obispo de Ypres.

Las ideas del Augustinus eran muy próximas a las de Calvino. Mejor dicho, el abad de Saint Cyran dirá que Calvino tenía razón, sólo que no supo defenderse. El abad y Vicente se conocían, ya que ambos pertenecían a la élite religiosa y espiritual de París y comenzaron a colaborar a partir de 1624. Vicente valoraba los conocimientos del abad y aceptó su colaboración en la fundación de la Congregación y en la adquisición del priorato de San Lázaro. Pero a un cierto punto sintió que sus ideas eran peligrosas y ponían en juicio la doctrina de la Iglesia. Más tarde dirá al P. Dehorny, misionero en Roma que se sintió atraído por las ideas jansenistas, que el abad no aceptaba ni siquiera los concilios.

Hacia 1637 Vicente fue a casa del abad y sostuvo una larga y esclarecedora conversación. De ahí en adelante se acabaron las relaciones. Pero el abad escribió un tratado sobre la humildad en el que atacaba a Vicente, tratándolo de ignorante e incapaz de dirigir sacerdotes y seminaristas. Vicente también escribirá un tratado sobre la gracia, que no se publicó. A lo más lo mostró a algunos amigos.

No entramos aquí en el aspecto doctrinal. Sólo nos interesa la intervención de Vicente para traer la paz a los espíritus. En esta intervención Vicente dice que está dispuesto a dar la vida por la esposa de Cristo. En esta línea de pensamiento es curiosa esta declaración: “A la pregunta de si he oído decir al señor de Saint-Cyran que el Papa y la mayoría de los obispos, párrocos, etc., no constituyen la verdadera iglesia, ya que están desprovistos de vocación y de espíritu de gracia, respondo que no le he oído nunca decir lo que se contiene en dicha pregunta, a no ser solamente una vez que dijo que muchos obispos eran hechuras de la corte y no tenían vocación”¹⁵. Esta fue una declaración en el juicio al abad y Vicente no quiso ser acusador. Pero en su intimidad con los suyos dijo: “Durante toda mi vida he tenido miedo de encontrarme en el origen de alguna herejía. Veía el gran desastre que habían causado las de Lutero y Calvino y cómo muchas personas de toda clase y condición habían sorbido su peligroso veneno, al querer saborear las falsas dulzuras de su pretendida reforma. Siempre he tenido miedo de verme envuelto en los errores de alguna nueva doctrina, sin darme cuenta de ello. Sí, durante toda mi vida, he tenido miedo a esto”¹⁶.

Cuando las nuevas doctrinas comenzaron a extenderse, Vicente pensó que había que actuar y reunió en S. Lázaro un grupo de perso-

¹⁵ SVP.ES X, 110-111; SVP XIII, 91.

¹⁶ SVP.ES XI, 730; SVP XI, 37.

nas importantes que redactaron cinco proposiciones que decían ser la doctrina del libro de Jansenio, pero sin atribuirles a ese libro. El texto definitivo para enviar a la Santa Sede era el siguiente:

- 1º Algunos mandamientos de Dios son imposibles de guardar por los justos, por más que quieran y se esfuercen en ello, dadas las fuerzas que poseen y por faltarles la gracia que se los haga posibles.
- 2º En el estado de naturaleza caída, nunca se resiste a la gracia interior.
- 3º En el estado de naturaleza caída, para merecer o desmerecer, el hombre no necesita de la libertad que excluye la libertad interna; basta la libertad que excluye la coacción física.
- 4º Los semipelagianos admitían la necesidad de la gracia interior proveniente para todos los actos, incluso el inicio de la fe; su herejía consistía en pretender que esa gracia era de tal naturaleza que la voluntad podía obedecerla o resistirla.
- 5º Decir que Jesucristo murió o derramó su sangre por todos los hombres es semipelagianismo.

Ahora había que reunir firmas que apoyasen la petición de condena de estas proposiciones. Fue lo que hizo Vicente a través de sus conocidos. Aunque sufrió desilusiones, no se arredró.

La fase siguiente de las operaciones debía desarrollarse en Roma. Sabemos que Vicente planeó la táctica a seguir, aconsejó a los delegados y les ayudó económicamente; les facilitó el hospedaje. Los delegados, por su parte, iban informando a Vicente sobre la marcha de las negociaciones y le pedían consejo.

Vicente fue el primero en conocer la condena de las cinco proposiciones, aún antes de su publicación en la bula de 9 de Junio de 1633, Lo comunicó jubilosamente a su comunidad y a los amigos.

Pero el problema continuó, ya que los jansenistas decían que las proposiciones eran condenables sí, pero no eran de Jansenio ni estaban en el Augustinus.

A Juan Deslyons, deán de Senlis, ciertamente un jansenista férreo, le escribe el 2 de Abril de 1657: "Le envió también la bula de Nuestro Santo Padre el Papa que confirma las de Inocencio X y las de otros papas que han condenado las opiniones de los tiempos. Creo, señor, que la encontrará tal, que no le quedará ya ningún género de duda, después de la aceptación y de la publicación que de ella han hecho nuestros señores obispos reunidos tantas veces por este motivo y, hace aún poco tiempo, los señores de la asamblea del clero que han hecho imprimir una relación de la misma, que le habría enviado ya si no fuera porque me imagino que ya la habrá visto usted, y finalmente después de la censura de la Sorbona y la carta que le han escrito a

usted por orden de Su Santidad. Según esto espero, señor, que después de todo esto, dará usted gloria a Dios y edificación a su iglesia, tal como todos esperan de usted en esta ocasión; porque, si espera más, es de temer que el espíritu maligno, que utiliza tantas argucias para huir de la verdad, le irá poniendo imperceptiblemente en tal situación que ya no tendrá fuerzas para hacerlo, por no haberse abierto a la gracia que hace tanto tiempo le solicita por unos medios tan suaves y tan poderosos como nunca he oído decir que Dios haya utilizado otros semejantes con ninguna otra persona”¹⁷.

A los que decían que eso solo lo podía resolver un concilio, Vicente escribe: “Lo que ustedes dicen de que el calor que ponen los dos partidos por sostener sus respectivas opiniones deja pocas esperanzas para una nueva unión, a la cual habría que llegar por encima de todo, me obliga a decirles que no es posible conseguir esa unión en la diversidad y contrariedad de los sentimientos en materia de fe y de religión, más que apelando a un tercero, que no puede ser más que el Papa, a falta de concilios; y que el que no quiera unirse de este modo no es capaz de ninguna unión, que fuera del Papa ni siquiera es de desear; porque las leyes nunca podrán conciliarse con los crímenes, así como tampoco la mentira puede estar de acuerdo con la verdad. [...] Sobre el remedio de dejar la cosa para un concilio universal, ¿es que puede convocarse durante estas guerras? [...] No hay por qué temer que no se obedezca al Papa, como es justo, después de que él haya pronunciado sentencia”¹⁸.

A pesar del empeño de Vicente, la controversia no quedó resuelta. Entraron en escena otros actores como Pascal con sus famosas Provinciales, Antonio Arnaut con el libro sobre la Comunión frecuente y Quesnel. Resolvió la cuestión Clemente XI con la bula *Unigénitus*. El jansenismo entró también en algunos miembros de la Congregación y se extendió en la piedad popular hasta fines del siglo XIX.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.

¹⁷ SVP.ES VI, 264; SVP VI, 266-267.

¹⁸ SVP.ES IV, 200-204; SVP IV, 204-210.

La Caridad Misionera en acto: el P. Esteban Blatiron (1614-1657)¹

Erminio Antonello, C.M.



P. Esteban Blatiron

De los escritos de una persona se puede deducir su modo de ser. Pues bien, en las cartas del P. Esteban Blatiron se percibe que la suya era una personalidad fuertemente enardecida por el celo apostólico. En los últimos años de su formación en el seminario debió quedar sensiblemente impresionado por el espíritu misionero de San Vicente;

¹ Esteban Blatiron, sacerdote de la Misión, nacido en Saint-Julien-Chapteuil (Haute-Loire) el 6 de Enero de 1614, recibido en la Congregación de la Misión el 6 de Enero de 1638, ordenado sacerdote en 1639, destinado en Alet (1639-1641), en Saintes (1641), en Richelieu (1641-1643), en Roma (1644-1645), en Génova (1645-1647). Los misioneros llegaron a Génova, a petición del Card. Durazzo. Aquí, como superior de una casa nueva, tuvo que organizar todo. San Vicente lo tenía como una de sus mejores misioneros y “un grandísimo siervo de Dios” (cf. ABELLY, *La vie del venerable serviteur de Dieu V.P.*, t. III, p. 49). El P. Blatiron murió en Génova el 25 de Julio de 1657, víctima de su propia abnegación en asistir a los apestados. Su biografía se encuentra en *Notices sur les prêtres, clercs et frères défunts de la Congrégation de la Mission*, t. II, pp. 151-203.

aquel espíritu que en una conferencia a los misioneros, le había hecho afirmar que en el mundo no hay nada más perfecto que extender el reino de Dios entre las almas y procurar la salvación del prójimo por el celo, que es la llama del amor de Dios². También las cartas dirigidas por San Vicente al P. Blatiron confirman que fue una característica de su personalidad el amor por extender el reino de Dios y la pasión por la salvación de las almas.

Ya en una de las primeras cartas que le escribió, San Vicente tiene que advertirle amablemente que “en la vida espiritual no se tienen muy en cuenta los comienzos; lo que importa es el progreso y el final”³ y al año siguiente tiene aún que moderar su celo. El P. Blatiron tenía entonces 27 años y hacía apenas un año que había sido ordenado sacerdote. Se encontraba en Alet, predicando una misión:

“En nombre de Dios, padre, cuide bien su pobre vida; contétese con ir gastándola poco a poco por el amor divino; no es suya, sino del autor de la vida, por cuyo amor tiene usted que conservarla hasta que se la pida, a no ser que se presentase la ocasión de darla”⁴.

Estas llamadas a la moderación vienen como un estribillo en las cartas de San Vicente. Y así otra vez:

“No sé si tengo que urgirle para que se tome algún descanso, pues bien sabe usted que el mayor contento que podría usted darme en este mundo consiste en cuidar de su salud. Cuídese, por amor a Nuestro Señor, y deje que yo le invite a que modere sus trabajos, mientras que otros le empujan a incrementarlos. Excúseme cuando apele a mis órdenes y dígales que es demasiado lo que le piden”⁵.

En estas palabras, San Vicente subraya el carácter activo y dispuesto del P. Blatiron, no obstante su débil y delicada salud⁶. Y de hecho toda su vida fue una continua oblación de sí mismo por la extensión del Reino de Dios hasta que la inmoló al servicio de los hermanos durante la peste de Génova, en 1657, a una edad joven.

² “Celo de extender el reino de Dios, celo de procurar la salvación del prójimo. ¿Hay en el mundo algo más perfecto? Si el amor de Dios es fuego, el celo es la llama; si el amor es un sol, el celo es su rayo. El celo es lo más puro que hay en el amor de Dios”, SVP.ES XI, 590; SVP XII, 307-308,

³ SVP.ES II, 107; SVP II, 129.

⁴ SVP.ES II, 157; SVP II, 185.

⁵ SVP.ES III, 175; SVP III, 195.

⁶ SVP.ES III, 234; SVP III, 256.

La fundación de la casa de Génova

En las misiones populares de Alet, el P. Blatiron, fue nombrado por San Vicente, en 1644, consultor del superior de Roma, P. Dehorgny. Pero poco después, en 1645, fue nombrado primer superior de la nueva fundación en Génova, pedida por el Card. Durazzo⁷. Este había quedado impresionado por el celo del P. Codoing, que en su viaje de Roma a París se había detenido en Génova, de enero a agosto de 1645, poniéndose a disposición del arzobispo para los ministerios de la Misión, despertando así en él, el deseo de tener una presencia estable de la nueva congregación, en su ciudad⁸. Hizo la petición a San Vicente, quien aprovechó pronto la ocasión para mandar a Génova cuatro sacerdotes y un hermano coadjutor, encabezados precisamente por el P. Blatiron. Nacía así la nueva fundación. En marzo del año siguiente, se unió el P. Martín, procedente de Roma. El nuevo grupo misionero se puso pronto a trabajar, dedicándose a las obras características de la Misión: predicación en los campos y ejercicios al clero. Les animaba también el celo pastoral de su obispo que no daba tregua, hasta el punto de que San Vicente, sin faltar al respeto al prelado, pero salvaguardando la necesidad de evitar el excesivo cansancio de sus los misioneros, recomendaba por carta un poco de moderación y reposo en sus trabajos:

⁷ El Card. Esteban Durazzo provenía de una de las familias de la nueva nobleza de Génova: la familia de los marqueses Durazzo, que dieron a Génova 9 dux (magistrados supremos). El era hijo del dux de la República de Génova, Pietro Durazzo (1560-1631) y hermano del dux Cesare Durazzo (1593-1680). Fue creado cardenal en 1633 y arzobispo de Génova del 1635 al 1664. Gobernó la diócesis con mucha energía oponiéndose incluso al poder civil, sobre todo en dos ocasiones. La primera, cuando el dux quiso afirmar que su poder venía de Dios y que por lo tanto tenía también poder sobre la Iglesia. El conflicto se acentuó cuando el dux quiso controlar los hospitales y las confraternidades (la Casacce) que por aquel entonces representaban una red asociativa muy poderosa, con un notable peso económico y social. Estas pensaban que dependían sólo del poder civil y rechazaban la intervención reformadora del arzobispo. La segunda, cuando el poder civil habría querido contralar el seminario, pero él no cedió, porque la reforma del clero era objetivo primario de su episcopado. En el sínodo de 1643, sus decisiones fueron criticadas por la parte del clero que era contraria a toda reforma; Y el senado de la República, a partir de 1648, para presionar más, apeló a Roma pidiendo su alejamiento. Con ocasión de la peste de 1656 se prodigó heroicamente hasta el punto de merecer el apelativo de *Borromeo de Genova*. Después de 1656, vivió en Roma (1659-1661). A su regreso, la situación era todavía crítica, por lo que, y por la grave enfermedad que había contraído, renunció al gobierno de Génova y se retiró a Roma. Ayudó a los religiosos y mostró siempre una gran benevolencia y devoción por San Vicente y sus misioneros. Murió en Roma el 22 de Julio de 1667.

⁸ SVP.ES II, 463-464; SVP II, 544.

“Me parece bien la razón del señor c[ardenal] arzobispo para no concederle reposo en sus faenas, teniendo en cuenta su celo o las disposiciones y el fervor actual de los pueblos; pero hay que mirar más lejos y conservar a los obreros para que dure el trabajo. Por tanto, haga lo que pueda por moderar un poco las cosas. Y si él insiste, al menos procure no cansarse tanto en la cátedra y en las funciones. Hábleles más familiarmente y en voz más baja, haciendo que se acerquen a usted; la virtud no está nunca en los extremos, sino en la discreción, que les recomiendo todo lo que puedo a usted y al padre Martin”⁹.

La actividad misionera, gracias sobre todo al celo de los PP. Blatiron y Martin, andaba viento en popa. Ante las grandes masas del pueblo que se acercaban a los sacramentos, se las ingeniaban para satisfacer al mayor número de fieles. De una misión de 1646, escribe a San Vicente el P. Blatiron:

“Hemos llegado a estar – le dice – hasta dieciocho confesores. Ha habido más de tres mil confesiones generales y gran número de reconciliaciones de grandísima importancia; gracias a ellas han acabado unas desavenencias que habían causado veintitrés o veinticuatro asesinatos. La mayor parte de los que se habían manchado con ellos, después de obtener el perdón y la paz por escrito de las partes ofendidas, podrán obtener la gracia del príncipe y alcanzar la anterior situación”... “Cuando le escribí – dice – sobre el orden que guardamos en nuestras misiones, me olvidé decirle lo que hacíamos para instruir al pueblo y para aligerar la tarea de los confesores. Tenemos dos jóvenes eclesiásticos, que fuera del tiempo del catecismo enseñan los misterios a todos los que quieren confesarse, y cuando están suficientemente instruidos, les dan una pequeña nota impresa con ese fin, y los penitentes la presentan a su confesor, quien por ese medio está seguro cuando un penitente va a confesarse de que está bastante instruido en las verdades cristianas, y así no se molesta en preguntarles. Eso hace que los confesores adelanten en su trabajo y no hacen esperar tanto a los que están alrededor de los confesionarios”¹⁰.

Conforme a la tradición de la Misión, los misioneros procuraban fundar las Caridades en las zonas evangelizadas. El P. Blatiron se ocupó de organizarlas lo mejor que pudo, dándoles reglamentos y probando la posibilidad de un nuevo modo de agregación, favoreciendo la presencia de hombres y mujeres. San Vicente le manifiesta delica-

⁹ SVP.ES III, 89-90; SVP III, 90-91.

¹⁰ SVP.ES II, 521-522; SVP II, 609-610.

damente su experiencia negativa y deja la libertad al P. Blatiron para fundar las Caridades como mejor le parezca:

“Todavía no he tenido tiempo para examinar su reglamento de la Caridad; le diré entretanto que, por lo que se refiere a los protectores y consejeros, quizás ese uso sea bueno en Italia; pero la experiencia nos ha hecho ver que es perjudicial en Francia. Los hombres y las mujeres juntos no se ponen de acuerdo en materia de administración; aquéllos desean hacerse cargo de todo y éstas no lo pueden soportar. Las Caridades de Joigny y Montmirail 1 estuvieron gobernadas al principio por uno y otro sexo; los hombres se encargaron de los pobres sanos, y las mujeres de los inválidos; pero como había bolsa común, fue necesario quitar a los hombres. Y yo puedo dar este testimonio en favor de las mujeres, que no hay nada que decir en contra de su administración, ya que son muy cuidadosas y fieles. Quizás en Italia no sean tan capaces de hacerlo así; por eso mismo no le doy como regla esto que acabo de decirle”¹¹.

Junto a la predicación misionera y a la organización de las Caridades, el P. Blatiron, con los cohermanos, desarrolló una gran actividad a favor del clero. Esta se inició inmediatamente después de la llegada a Génova. Con el apoyo del arzobispo pudo invitar a los ejercicios espirituales a todos los párrocos y sacerdotes en cuyos lugares habían predicado misiones¹². En una carta de 1646 se lo cuenta así a San Vicente:

“Ya han venido varios [párrocos y sacerdotes] para hacer el retiro. No puedo expresarle el gran consuelo que han recibido ni la abundancia de gracias que Nuestro Señor les ha concedido ni la gran modestia y silencio que han observado, ni su humildad y sinceridad en dar cuenta de sus oraciones, ni las conversiones admirables y casi milagrosas que se han conseguido”.

“Entre otros, ha habido un párroco que me ha dicho casi en publico que había venido para burlarse, más por hipocresía que por devoción, y para que el señor cardenal le aumentase la renta. Dijo además que la Misión nunca había tenido peor enemigo que él, pues había dicho de ella todo lo malo que se puede imaginar, lo mismo que de Su Eminencia. Era un hombre muy entregado al vicio, que había obtenido un beneficio por simonía, recibiendo las órdenes sin más título que ese beneficio, ejercido las órdenes, administrado los sacramentos y desempeñado los demás deberes parroquiales durante muchos años en el mismo estado; un hombre de

¹¹ SVP.ES IV, 71; SVP IV, 71.

¹² SVP.ES III, 75-76; SVP III, 74.

negocios y de intrigas, etcétera. Pero finalmente Dios le ha tocado, y le ha tocado con mucha eficacia: se ha convertido, ha llorado, se ha humillado y ha dado muchas pruebas de haber cambiado. Todos los que lo vieron en estos ejercicios u oyeron hablar de él se han quedado muy edificadas, y nosotros no menos que los demás, ya que ha producido mucho fruto, a cada uno según sus necesidades”¹³.

En seguida, a una con la actividad de las misiones y de los ejercicios a los sacerdotes, el P. Blatiron pensó en la animación vocacional y el P. Martín se ocupó de algunos seminaristas que pedían entrar en la Congregación. En 1647, San Vicente hizo enviar a Génova el reglamento del seminario de Bons-Enfants¹⁴. A este respecto, el P. Blatiron hizo cambiar de pensar a San Vicente que por mucho tiempo no se atrevió a pedir a Dios nuevas vocaciones para la Compañía, confiando únicamente en la Providencia. De hecho, el P. Blatiron había confiado a su devoción a San José, el nacimiento de nuevas vocaciones y San Vicente se adhirió a ellos, como dice en una carta del 12 de Noviembre de 1655:

“Doy gracias a Dios por los actos extraordinarios de devoción que piensan ustedes hacer para pedirle a Dios, por intercesión de san José, la propagación de la compañía. Ruego a su divina bondad que los acepte. Yo he estado más de veinte años sin atreverme a pedirselo a Dios, creyendo que, como la congregación era obra suya, había que dejar a su sola providencia el cuidado de su conservación y de su crecimiento; pero, a fuerza de pensar en la recomendación que se nos hace en el evangelio de pedirle que envíe operarios a su mies, me he convencido de la importancia y utilidad de estos actos de devoción”¹⁵.

El eco de la unión de los corazones de los misioneros de Génova, en el trabajo apostólico y en la vida comunitaria, llegó a San Vicente y le hizo brotar una de las más bellas oraciones salidas de su boca:

“¡Bondad divina, une también así los corazones de esta pequeña Compañía de la Misión, y pídele lo que quieras! La fatiga será dulce y todo trabajo resultará fácil, el fuerte aliviará al débil y el débil amará al fuerte y le obtendrá de Dios mayores fuerzas; y así, Señor, tu obra se hará a tu gusto y para la edificación de la Iglesia, y los obreros se multiplicarán, atraídos por el olor de tanta caridad”¹⁶.

¹³ SVP.ES III, 76; SVP III, 74-75.

¹⁴ SVP.ES III, 134; SVP III, 144.

¹⁵ SVP.ES V, 439; SVP V, 462.

¹⁶ SVP.ES III, 234; SVP III, 257.

El celo de los misioneros no les libró de algún choque. La diferencia entre su modo de evangelizar y el del clero era evidente. Se insinuaron algunos celos en el clero que ya encontraba fatigoso seguir el ímpetu reformador del arzobispo. Y se vio, en las largas dadas a los misioneros para entrar en posesión de la nueva vivienda que el cardenal les había ofrecido. La nueva residencia para la comunidad estaba ya lista desde 1647, pero hicieron falta dos años antes de que el Senado aprobara la donación.

La misión en Corcega

El mismo Senado se dio cuenta del impacto de las misiones en el pueblo y en 1652 pidió a los misioneros que se arriesgasen a una misión difícil en la isla de Córcega que entonces pertenecía a la República de Génova y que estaba en continua agitación contra el gobierno central. Los misioneros, con el P. Blatiron al frente, partieron para Córcega. La zona que se confiaba a su trabajo era la diócesis de Aleria, por entonces vacante. Estaba gobernada por dos vicarios, uno nombrado por voluntad de la Santa Sede y el otro, por el capítulo de la catedral. Los dos estaban en discordia, con gran confusión para el clero y los fieles. El equipo de misión estaba compuesto por siete sacerdotes de la Misión, ayudados por cuatro eclesiásticos y por cuatro religiosos, elegidos por el card. Durazzo. Pusieron su sede en Niolo, que era el centro de un valle largo y estrecho. Los problemas de carácter espiritual y social que encontraron los misioneros en Córcega eran múltiples: sobre todo las disensiones familiares, los odios y rencores entre las familias, las luchas entre los diversos clanes, por lo que había heridos y muertos asesinados por doquier. El sentido del honor y de la propia reputación, que venía defendida a toda costa, era tan fuerte que no se detenía ante la violencia o el delito con tal de obtener satisfacción. Era grande la ruina en las familias, porque el odio era inculcado ya en los pequeños, dando lugar a hostilidades sin fin. A esto se unían los homicidios o los delitos de carácter pasional, en los que también participaban las mujeres. Todo esto, unido a la aversión hacia los dominadores, alimentaba el bandidismo que la República de Génova, a pesar de los medios usados, no era capaz de extirpar y que era favorecido por el terreno, con sus montañas ásperas e impenetrables bosques y escondites naturales. La misión fue muy difícil. Parecía imposible hacer mella en el ánimo de la gente, sobre todo en los hombres, muchos de los cuales venían sí a la predicación de los misioneros, pero armados. El mismo P. Blatiron se lo cuenta a San Vicente:

“Todas aquellas personas estaban tan llenas de odio y de deseos de venganza que todo cuanto pudiera decirse para curarles de aquella extraña pasión no dejaba ninguna impresión en sus espíritus;

incluso muchos de ellos cuando se hablaba del perdón a los enemigos se salían de la iglesia de manera que todos estábamos muy preocupados y yo más que los otros puesto que me había encargado especialmente de procurar la avenencia entre los enemigos.

Finalmente el día anterior a la comunión general al acabar la predicación después de haber exhortado expresamente al pueblo al perdón, Dios me inspiró que tomara en la mano el crucifijo que llevaba sobre mí y que les dijera que quienes estuvieran dispuestos a perdonar vinieran a besarlo; además de parte de Nuestro Señor que les tendía sus brazos les dije que los que besasen ese crucifijo darían una señal de que querían perdonar y de que estaban dispuestos a reconciliarse con sus enemigos. A estas palabras empezaron a mirarse unos a otros pero al ver que ninguno se acercaba disimulé que quería retirarme y oculté el crucifijo quejándome de la dureza de sus corazones y diciéndoles que no merecían la gracia ni la bendición que Nuestro Señor les ofrecía. Entonces un religioso de la reforma de San Francisco se levantó y empezó a gritar: '¡Oh Niolo Niolo! ¿Es que quieres que Dios te maldiga? ¿No quieres recibir la gracia que te envía por medio de estos misioneros que han venido desde tan lejos por tu salvación?'. Mientras aquel religioso profería estas palabras y otras semejantes uno de los párrocos a quien le habían matado un sobrino y cuyo asesino estaba presente en el sermón vino a postrarse en tierra y pidió que le diera a besar el crucifijo, diciendo al mismo tiempo: 'Que se acerque fulano (era el asesino de su sobrino) y le daré un abrazo'. Después de haberlo hecho así, se acercó otro sacerdote e hizo lo mismo con algunos de sus enemigos que estaban presentes; a aquellos dos, les siguió una gran muchedumbre de otras personas de forma que durante una hora y media no se vio otra cosa más que reconciliaciones y abrazos; y para mayor seguridad, las cosas más importantes se ponían por escrito y levantaba acta pública un notario"¹⁷.

Esta misión hizo brillar aún más el celo y la genialidad de la predicación del P. Blatiron a quien entre tanto San Vicente le encargó la resolución del delicadísimo problema de los votos en la Congregación.

¹⁷ SVP.ES IV, 389-390; SVP IV, 412ss. Cf. L. Nuovo, *Le missioni in Corsica, Carità e Missione* (2004), 1, pp. 51-56.

Enviado a Roma para la aprobación de los votos

El asunto de los votos estaba en suspenso, desde finales de 1638, cuando para promoverlo, había sido enviado a Roma el P. Lebreton, sin que lo consiguiera, a causa de su muerte sobrevenida en 1641. En 1647 fueron enviados a Roma los PP. Portail, Dehorgny y Alméras, sin que tampoco lograran el objetivo. Entonces San Vicente, viendo que la cosa se estancaba, aprovechando la estima que el Card. Durazzo sentía por el P. Blatirón, jugó una nueva carta. Lo envió a Roma a solucionar el asunto. La confianza de San Vicente en el P. Blatiron fue grande. Se fió de él aun cuando sabía que, en materia de los votos, tenía una opinión contraria a la suya. Una opinión que San Vicente trató de hacerle cambiar escribiéndole una larga carta, el 19 de Febrero de 1655¹⁸, en la que hizo todo lo posible para convencerlo de la necesidad de que todos los miembros de la Congregación emitiesen los votos. No consta por las cartas, cual fue la reacción del P. Blatiron. Solo sabemos que marchó a Roma y que realizó su tarea tan bien que pocos meses después, el 22 de Septiembre de 1655, el Papa Alejandro VII firmaba el Breve *Ex commissa nobis*, aprobando los votos.

Peste en Génova y muerte del P. Blatiron

En Julio de 1656 se declaró la peste en Génova. Durante todo el año el contagio se extendió como una mancha de aceite. Murió también uno de los bienhechores de la casa de Génova, el reverendo Cristóforo Monchia. Las autoridades requisaron la casa de los misioneros para abrirla como hospital¹⁹. El primero de los cohermanos en ponerse al servicio de los apestados fue el P. Lucas Arimondo que estuvo trabajando en el lazareto de la Consolación sólo por doce días, sobreviniéndole el contagio que se lo llevó a la muerte en tres días²⁰. Tras él, toda la comunidad se distinguió llevando alivio espiritual a los apestados y administrándoles los sacramentos. San Vicente animó a los misioneros, pidiéndoles prudencia al exponerse al contagio²¹. Ningún barrio de la ciudad quedó libre. Cada día morían centenares de personas²². Hubiera hecho falta un milagro para que los misioneros se librasen. En la repetición de oración del 17 de Junio de 1657, San Vicente exhortaba a estar dispuestos al martirio, pensando en los misioneros de Génova de

¹⁸ SVP.ES V, 295 ss.; SVP V, 315.

¹⁹ *Notices...*, cit., t. II, p. 193 y SVP.ES XI, 279-280; SVP XI, 402.

²⁰ Cf. *La Congregazione della Missione in Italia dal 1640 al 1835*, pp. 30-31.

²¹ SVP.ES VI, 132-133; SVP VI, 137-138.

²² SVP.ES ??, 311-312.418-419; SVP VI, 323.450.

los que no tenía noticias, porque la comunicación por el correo ordinario, estaba suspendida, a causa de la peste:

“Encomiendo a vuestras oraciones a nuestros hermanos de Génova; actualmente están sufriendo mucho porque han tenido que desalojar su casa para marcharse a una casa de alquiler; y esto con el objeto de prestar su residencia a los apestados. Las fatigas que este traslado les ha causado han sido todavía mayores por el hecho de que sólo han dispuesto de siete días para desalojarla. Sin embargo, todo lo sufren como es debido, por la gracia de Dios; y así, son muy felices porque sufren por los demás. Pues esto es sufrir por los demás: primero por Dios, y luego por todos los otros. Mirad, padres y hermanos míos, hemos de tener en nuestro interior esta disposición, y hasta este deseo, de sufrir por Dios y por el prójimo, de consumirnos por ellos. ¡Oh, qué dichosos son aquellos a los que Dios les da estas disposiciones y deseos! Sí, padres, es menester que nos pongamos totalmente al servicio de Dios y al servicio de la gente; hemos de entregarnos a Dios para esto, consumirnos por esto, dar nuestras vidas por esto, despojarnos, por así decirlo, para revestirnos de nuevo; al menos, querer estar en esta disposición si aún no estamos en ella; estar dispuestos y preparados para ir y para marchar adonde Dios quiera, bien sea a las Indias o a otra parte; en una palabra, exponernos voluntariamente en el servicio del prójimo, para dilatar el imperio de Jesucristo en las almas. Yo mismo, aunque ya soy viejo y de edad, no dejo de tener dentro de mí esta disposición y estoy dispuesto incluso a marchar a las Indias para ganar allí almas para Dios, aunque tenga que morir por el camino o en el barco. Pues ¿qué creéis que Dios pide de nosotros? ¿El cuerpo? ¡Ni mucho menos! ¿Qué es lo que pide entonces? Dios pide nuestra buena voluntad, una buena y verdadera disposición para abrazar todas las ocasiones de servirle, aunque sea con peligro de nuestra vida, de tener y avivar en nosotros ese deseo del martirio, que a veces le agrada a Dios lo mismo que si lo hubiéramos sufrido realmente”²³.

De hecho, la comunidad de Génova quedó anulada en el verano de 1657. San Vicente recibió la noticia a través de la Comunidad de Roma y el 23 de Septiembre de 1657, comunicó a la comunidad reunida, la muerte del P. Blatiron y a una con él, de los PP. Duport, Domenico Bocni, Tratebas, Francesco Vincent, Ennery. El único superviviente fue el P. Lejuge²⁴.

²³ SVP.ES XI, 280-281; SVP XI, 402.

²⁴ ABELLY, *op. cit.*, t. II, l. III, chap. V, sect II, p. 48. La Comunidad tandó un año en ser reconstituida, porque quedaban muchos focos de peste. En Agosto

Las palabras de San Vicente sobre el P. Blatiron quedan como un monumento a su caridad apostólica y expresan la estatura espiritual de este misionero que dio su vida por el prójimo, a la joven edad de 43 años:

“Por fin, su divina Majestad nos ha quitado este gran y santo hombre, el Sr. Blatiron, del que tantas veces habéis oído hablar; este hombre apostólico, por el que Dios ha hecho cosas tan grandes, no lo tenemos ya; Dios nos lo ha quitado... El Sr. Blatiron, ¡ah! ¡qué sacerdote! Este hombre, que nosotros hemos visto aquí ser un pilar en la enfermería durante tres o cuatro años, durante los cuales sabéis lo que ha hecho y ¡qué y cuántas conversiones Dios ha hecho por medio de él! ¡Hasta los bandidos! Es cosa inaudita que los bandidos se conviertan, Jamás las conversiones fueron tan frecuentes desde que los sacerdotes de la Misión están en Italia... Nuestro buen Sr. Blatiron, un hombre que estaba siempre trabajando, yo me pregunto cómo podía estar en pie; un sacerdote cuya mirada solo inspiraba veneración y respeto hacia él. Yo os aseguro, señores, que cada vez que le miraba, sentía en mí un cierto respeto y reverencia hacia este hombre de Dios”.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.

de 1658 la Comunidad, bajo la dirección del P. Giacomo Pesnelle, reemprindió lentamente su vida y sus obras. Se pudo reabrir el seminario interno, con la presencia de varios postulantes, atraídos por las virtudes heroicas de los misioneros muertos en el servicio a los apestados.

El P. Juan Martín y San Vicente

Una amistad para la Misión, vista a través de sus cartas

Erminio Antonello, C.M.

La figura del P. Juan Martín¹ va unida sobre todo, a la fundación de la casa de Turín en 1655, todavía en vida de San Vicente. Sobre esta fundación se conservan en el archivo de Turín los originales de 120 cartas que San Vicente escribió al P. Martín. En ellas se deja entrever la pasión misionera que unió a San Vicente y al P. Martín, en una amistad apostólica.

1. Juan Martín, una figura de primer orden en los primeros años de la Compañía

Juan Martín, parisino de nacimiento, quedó fascinado por la naciente Congregación de la Misión, a la que se unió jovencísimo, a la edad de 18 años. San Vicente tuvo pronto una gran estima de él, hasta el

¹ Hay noticias sobre la vida del P. Martín en *Notices*, pp. 269-372. Había nacido en París, el 10 de Mayo de 1620; entró en la Congregación de la Misión, el 9 de Octubre de 1638. Siendo todavía clérigo fue enviado a la casa de Roma, a la edad de 22 años y fue ordenado sacerdote en San Juan de Letrán, el 25 de Abril de 1645. En el mismo año fue destinado a Génova para comenzar una nueva fundación, con el P. Esgeban Blatirón. Se dedicó a las misiones populares y a la formación del clero. Participó en las misiones de Córcega. En 1654, Juan Martín fue llamado a Francia y destinado a Sedán como Superior y párroco. En 1655 San Vicente lo envió a Turín para una nueva fundación querida por el marqués de Pianezza, primer ministro del Estado de Saboya. Allí, como lo había hecho en Génova y en Sedán, con su celo misionero convirtió los corazones más endurecidos. "Quizá San Vicente no tuvo otro misionero más capaz que él para arrastrar las masas y convertir las almas", como observa el P. Coste. Mereció ser llamado el Apóstol del Piamonte y por él sus compañeros misioneros fueron llamados "Padres Santos". Renato Alméras lo llamó en 1665 a la dirección de la casa de Roma. Fue un sacrificio doloroso, pero obedeció. Después fue enviado sucesivamente a Génova, en 1670, a Turín en 1674, a Roma en 1677, a Perugia en 1680, a Roma en 1681, siempre como superior. En Roma se ganó la estima de Inocencio XI y en Roma murió en 1694, a la edad de 74 años.

punto de enviarle, cuando todavía era un joven clérigo de 22 años, a la casa de Roma. Así se deja ver en la presentación que de él hace al P. Codooing, por entonces superior en Roma:

[...] es cándido, sencillo, manso, obediente, cumplidor de las reglas y ha estudiado filosofía y teología, en la que defendió las tesis, hace solamente tres días, con notable bendición; dirige acertadamente el catecismo, predica bien, tiene éxito con los ordenandos, a pesar de que sólo ha cumplido 22 años”².

Por esta sencillez y amabilidad sintonizaba espontáneamente con la madurez espiritual de San Vicente que había hecho de la sencillez su evangelio y de la mansedumbre el más grande de sus empeños espirituales. Las cartas que le escribe contienen una fuerte carga de sensibilidad y sintonía espiritual.

“Me proporciona usted un consuelo especial con sus cartas, por el efecto que en mí producen, pues no leo jamás ninguna de ellas sin sentirme agradecido a Dios y lleno de cariño para con usted, al ver los sentimientos que le da de humildad y confianza, que hacen brotar esa santa generosidad con que usted lleva el peso de todo el seminario”³.

Las expresiones de cálida humanidad de estas cartas, descubren la gracia de una misma vocación enriquecida por la amistad de una relación de padre a hijo que con el tiempo fue evolucionando hasta transformarse en una relación de hermano a hermano, en la que la unión con Cristo y su anuncio al “*pobre pueblo*” del campo fue el lazo de conexión.

Como quiera que la Congregación de la Misión era joven y estaba lanzada dinámicamente a la misión, las figuras emergentes eran valoradas sin tener en cuenta su joven edad. El P. Martín fue una de ellas. De hecho San Vicente lanzó al P. Martín a la aventura misionera desde jovencísimo: a los 27 años dirigía ya el seminario y los ejercicios a los ordenandos, en la casa de Génova. Es normal que San Vicente sintiera hacia él una paternidad espiritual.

“¡Quiera Dios robustecerle cada vez más y darle la plenitud de su espíritu para animar a ese pequeño cuerpo y modelarlo según las máximas de Jesucristo! Siempre que pienso en usted, le pongo en sus manos, agradeciéndole todo lo que ha hecho por usted. Si no

² SVP.ES II, 187.

³ SVP.ES III, 135.

viera en usted una asistencia especial de Dios, creería soñar cuando pienso en un joven como usted, que gobierna tan acertadamente el interior y el exterior de otros muchos”⁴.

2. Una compañía modelada sobre el grupo apostólico

No se trata de una simple sintonía de dos temperamentos afines. En esta relación había también un núcleo, la experiencia espiritual de la naciente Congregación de la Misión. Efectivamente San Vicente había pensado la Misión como una compañía según el modelo del grupo apostólico que estaba con Jesús. La primera carta de San Vicente, en la que envía al P. Martín, junto con el P. Blatirón a comenzar la nueva misión de Génova, revela algunos temas recurrentes en la correspondencia: la humildad, el celo apostólico, la unidad de espíritu entre los misioneros, la alegría, el dejarse guiar por las Providencia, el arte del gobierno:

“¡Se necesita mucha humildad para ello y el espíritu de un perfecto misionero en ese sitio y en ese cargo que usted tiene! Le pido a nuestro Señor que le dé una gran abundancia del mismo, junto con las fuerzas corporales, que le serán muy necesarias en medio de tantos y tan grandes trabajos. Siento un consuelo muy grande al saber que está usted con el buen padre Blatiron. ¡Qué dicha para ambos poder servirle en ese trabajo tan importante que su divina Providencia les tenía guardado a los dos!”⁵.

Estos temas vuelven una y otra vez. Son las líneas básicas de la relación amistosa (que San Vicente codificará en las *Reglas Comunes*)⁶ como método para el anuncio misionero. San Vicente quería que la buena relación entre los misioneros fuera la prolongación de la amistad que Jesús había establecido con sus discípulos. Para San Vicente la comunidad no consistía en un mero estar juntos para la misión; él quería, al contrario, una comunión de espíritu, nacida de la fe en el Señor Jesús, que informase la misión apostólica. Las mismas cartas eran una señal de esta amistad en la fe; a través de ellas se anulaba la lejanía y se daba a la amistad un rostro concreto que sustentaba la acción apostólica. El P. Martín se sentía así acompañado interiormente de una espiritualidad de comunión que lo educaba en las dos coordenadas fundamentales de la Misión: el celo apostólico y la caridad fraterna.

⁴ Ibidem.

⁵ SVP.ES II, 484.

⁶ *Reglas Comunes* VIII, 2.

3. Un celo misionero bien ordenado y equilibrado

La primera acción educativa de San Vicente consistió en moderar el ímpetu misionero de joven. El P. Martín está lleno de celo misionero. La cosa le llena de gozo a San Vicente, que reconoce en ello la acción del Espíritu Santo; pero todo debe hacerse con orden. En general, San Vicente piensa que Dios obra con orden; y el orden se reproduce en el obrar del hombre. Las posturas extremas impiden una actividad sana y equilibrada.

“Espero que sus trabajos se moderarán ahora un poco, sobre todo cuando el padre Blatiron le indique al señor cardenal arzobispo el peligro al que le tiene expuesto por la ocupación continua que le ha dado, que en esto le obliga a usted a faltar a la práctica ordinaria de la Compañía y a las recomendaciones que tantas veces le he repetido de que descance usted de vez en cuando. Le ruego al padre Blatiron que se lo haga entender de una vez para siempre”⁷.

El pensamiento práctico de San Vicente es que las fuerzas han de ser sopesadas para poderlas poner más tiempo al servicio de los pobres. Por lo tanto el celo no consiste ante todo en fatigarse en un activismo sin descanso, sino en el dejarse llenar del espíritu de Cristo. El celo es la caridad ferviente que impregna el alma de un ímpetu que deja huella en las almas: y por eso su eficacia no depende del afanarse, sino del estar la propia persona impregnada de la presencia de Dios. Por lo tanto la recomendación principal es dejarse penetrar del Espíritu de Cristo; así es como se genera la vida espiritual en las almas.

“Ruego a Nuestro Señor que le dé la plenitud de su espíritu para esparcirlo por medio de usted a esos buenos eclesiásticos que su divina providencia ha confiado a su dirección. Créame, tenga mucha confianza en él y no se extrañe de observar en usted esa insuficiencia; eso es una buena señal y un medio necesario para realizar la gracia que Dios le ha destinado”⁸.

La generosidad del P. Martín en el apostolado, está fuera de duda. Las cartas dan fe de ello abundantemente.

“Casi no se ha marchado aún su visitador cuando nos dice usted que vuelve a la misión para hacer uso de las gracias de Dios y hacer rendir sus talentos. Siento un consuelo mucho mayor de lo que le

⁷ SVP.ES III, 53.

⁸ SVP.ES III, 93.

podría explicar al ver su buena disposición, su ardor en este ministerio tan saludable y su paciencia en medio de las fatigas de cuerpo y de espíritu. Eso es caminar por el sendero de los santos o, mejor dicho, por el del Santo de los santos, Nuestro Señor, a quien seguiré ofreciéndole a usted y a su familia, para que les anime a todos de su espíritu”⁹.

Se podría decir que su ardor corre peligro de rozar la exageración. Su biógrafo, el marqués de Fabert, que lo conoció cuando era superior de Sedan, da a entender que fue él mismo quien le pidió a San Vicente que lo sacase de aquella ciudad por el temor que tenía de prevaricar en su relación con los protestantes¹⁰. San Vicente fue muy mirado al guiar al joven Martín en esto. El activismo es un fuego de paja. Debe aprender que la obra de Dios se hace con la fidelidad a las circunstancias que la Providencia dispone, y por lo tanto en la calma y en la entrega de sí mismo a las situaciones de la vida, ya que en el activismo, nuestro orgullo tiende a tomarse una parte excesiva. Detrás de las obras de Dios, frecuentemente se esconde el deseo de aparecer y de ser apreciados. El P. Martín fue tentado de ello a su llegada a la nueva fundación de Turín, cuando hubiera querido comenzar mostrando a los bienhechores, que habían llamado a la Compañía al Piamonte, la valía de la misma para la predicación misionera. Soñaba con poder dar inmediatamente misiones, repitiendo los éxitos obtenidos en Córcega y en el ducado de Génova. Pero las circunstancias quisieron que los compañeros que le habían sido dados no fueran tan hábiles para llevar adelante las misiones.

“Quizás le parezca molesto empezar de esta manera tan pobre, pues para poder obtener la estima de todos quizás crea usted necesario darse a conocer con una misión entera y espléndida, que hiciera ver los grandes frutos del espíritu de la compañía. ¡Que Dios nos guarde de acoger esos deseos! Lo que conviene a nuestra pobreza y al espíritu del cristianismo es huir de esas ostentaciones para ocultarnos, buscando el desprecio y la confusión lo mismo que hizo Nuestro Señor; y entonces, teniendo ese parecido con él, él trabajará con ustedes”¹¹.

“Siento una alegría muy sensible al pensar que esta primera misión se ha hecho con menos esplendor, porque así tendrá usted más mérito, y espero que Dios habrá sido más honrado”¹².

⁹ SVP.ES V, 580.

¹⁰ SVP.ES V, 236.

¹¹ SVP.ES V, 447.

¹² SVP.ES V 468.

“Empiece por poco y tenga un gran aprecio de la humildad; ése es el espíritu de Nuestro Señor; así es como él lo hizo, y ése es el medio de atraer sus gracias”¹³.

Aún más, San Vicente aumenta la dosis realizándola con un razonamiento eficaz para ayudar al P. Martín a mantener un perfil bajo en el empeño misionero. Hay que huir de la reputación: si no, ésta nos mostrará a nosotros mismos y ocultará a Dios, haciendo estéril la predicación.

“Le ruego que acepte que le diga que los misioneros deben tender a permanecer ocultos y desconocidos, sin buscar las apariencias y el aprecio de los demás. La reputación les puede hacer daño, no solamente dándoles motivos para engreírse, sino también porque, si tienen que estar los frutos de sus trabajos a seis grados, se esperará que lleguen hasta doce y, al ver que los efectos no corresponden a lo que se esperaba, se perderá la buena opinión. Dios permite que esto ocurra sobre todo cuando se busca esa buena reputación, porque el que se exalta será humillado. ¡Dios mío! ¡Cómo me gustaría lo contrario y cómo le pido a Nuestro Señor que nos conceda a todos la gracia de amar la confusión y el oprobio, pensando en Nuestro Señor y en nuestras miserias! No merecemos más que eso, porque si se hace algún bien en nuestras misiones, es él quien lo hace, y no tiene ninguna necesidad de nuestra reputación para tocar los corazones y convertirlos”¹⁴.

4. Asimilación del espíritu de Cristo

La conformación del misionero con el espíritu de Cristo es un aspecto característico de la espiritualidad vicenciana, y por ello no podía dejar de aparecer en una relación tan profundamente amistosa como la vivida por San Vicente con el P. Martín:

“Muchas veces, lo mismo que en estos momentos, le pido a Nuestro Señor que sea todo suyo, y usted todo de él”¹⁵.

“Nuestro Señor, [...] es el principio de la vida y de la virtud de los sacerdotes por el ejercicio de la oración y la gracia del recogimiento, para continuar luego la conquista de las almas con armas nuevas que, habiendo sido recogidas en el arsenal de las Santas Escrituras,

¹³ SVP.ES V, 455.

¹⁴ SVP.ESV, 455.

¹⁵ SVP.ES III, 121.

habrán de ser siempre victoriosas, si son manejadas con el espíritu de Nuestro Señor”¹⁶.

“Le pido a Nuestro Señor que tenga a bien renovarles a todos en espíritu, a fin de que todas sus operaciones sean de Dios y que los frutos que de allí broten sean frutos de vida eterna”¹⁷.

Esta reciprocidad en la relación con la personas del Señor, es el fundamento de toda posibilidad de éxito en la actividad misionera, y en particular en la formación del clero, ya que es característica de la misión, dejar translucir en las palabras y en los gestos la presencia misteriosa de Cristo en nosotros:

“¡Ojalá llegue a gustar su corazón las dulzuras del de Nuestro Señor! Le ruego que le llene de ellas, para comunicárselas a todas las personas a quienes sirve”¹⁸.

Siento el alma llena de gozo al pensar en usted y en cómo Dios le ha elegido para que se dedique, a pesar de ser tan joven, a un ministerio tan alto como el de la perfección de los sacerdotes. Le doy gracias a Nuestro Señor por haberle merecido esta gracia, y le ruego que cumpla en usted sus eternos designios. Usted procure humillarse mucho, pensando en la virtud y en la capacidad que hay que tener para enseñar a los demás y educar a los hijos del Rey del cielo en la milicia cristiana; pero confíe ardientemente en el que le ha llamado, y ya verá cómo todo va bien”¹⁹.

“Trabajemos, pues, con valor y con interés por ese buen Maestro que es el nuestro; imitémosle en sus virtudes, sobre todo en su humillación, en su mansedumbre y en su paciencia; y ya verá cómo entonces progresa su gobierno”²⁰.

El P. Martín por su sensibilidad de espíritu, se entusiasmaba con la actividad misionera y por ello corría el peligro de reducir la obra de Dios a su esfuerzo personal. San Vicente conocía por experiencia este gusanillo del protagonismo que se escandaliza y se desalienta cuando la vida no responde a lo imaginado en lo propios pensamientos y proyectos. El desaliento es hijo del orgullo ingenuo y lo descubre en las palabras desconsoladas del P. Martín. Por eso se lo advierte delicadamente:

¹⁶ SVP.ES VIII, 326.

¹⁷ SVP.ES VIII, 341.

¹⁸ SVP.ES III, 167-168.

¹⁹ SVP.ES III, 118.

²⁰ SVP.ES III, 134.

“Hay que adorar su voluntad, pero sin esperar encontrar siempre unas personas tan dóciles y tan fáciles de gobernar; no obstante, a medida que vayan aumentando las dificultades, Dios aumentará su gracia. Y para que usted se vaya preparando con toda clase de armas, ejercítese en la mansedumbre y en la paciencia, que son las virtudes más indicadas para vencer los espíritus enrevesados y duros. Por mi parte, puede estar seguro de que insistiré ante Nuestro Señor para que le dé la plenitud de su espíritu”²¹.

El protagonismo se mezcla fácilmente con la vanidad. El P. Martín no debía estar exento. Y San Vicente está decidido a cortar esta tendencia:

“No queremos que la compañía haga ruido y se vea apreciada por su extensión; más propias nos son la humildad y la confusión, y Dios no necesita del favor de los hombres ni de nuestra fama para llamarnos adonde quiera”²².

En general, la sugerencia es adherirse a la Providencia y a la Voluntad de Dios. No hace falta correr; las obras de Dios brotan casi de la nada y lentamente, por gracia: “Hay que ir haciendo las cosas poco a poco. La gracia empieza por poco para ir luego progresando”²³. Y así cuando el P. Martín quería insistir ante el cardenal de Génova, para que un hermano de aquella casa, el P. Richard, viniese destinado a la nueva casa de Turín, San Vicente le dice que haga sí la propuesta, pero añade un *post scriptum* de su puño y letra invitándole a que “se contente con hacer esta propuesta al señor cardenal, y que no le urja. En ese caso, podrá usted conocer la voluntad de Dios y actuar con las personas que él pueda enviarle”²⁴. Entre tanto él debe confiar en Dios y ser manso con sus hermanos que sufren porque en el trabajo misionero se sienten humillados al no poder participar porque no son capaces de usar la lengua italiana como lo hace él.

“No tiene que extrañarse usted de advertir cierta tristeza en esos padres que le acompañan, ni mucho menos atribuir la causa de la misma a su conducta; su tristeza proviene de que no pueden trabajar en una cosecha tan hermosa, con lo que se quedan llenos de deseos, pero sin poder conseguir su efecto por falta de conocimiento de la lengua. Por eso esa tristeza se irá convirtiendo en gozo a medida que se vayan viendo en estado de poder ayudarle y de com-

²¹ SVP.ES III, 118.

²² SVP.ES III, 149.

²³ SVP.ES III, 137.

²⁴ SVP.ES V, 470.

partir con usted el esfuerzo y el mérito. Entretanto, padre, convendrá que los soporte usted y que, al soportarlos, les anime cariñosamente al estudio y al progreso en la lengua, y que incluso les ayude a progresar en ella, a fin de que uniendo el estudio a la práctica consigan mayor provecho. No dudo de que los actos de paciencia y de tolerancia que practique con ellos atraerán las bendiciones de Dios tanto sobre ellos como sobre usted, y que esa bendición les hará llegar muy pronto hasta el punto que desea su providencia para sacar provecho de ellos. Su gobierno, que gracias a Dios es ya bueno, habrá de ser más suave y más vigoroso a la vez, y finalmente la obra del Señor se llevará a cabo, como siempre, más bien por la mansedumbre que de otras maneras”²⁵.

Algún año más tarde, el P. Martín muestra su impaciencia porque querría que la fundación que ya había arraigado en las misiones populares, se extendiese a la obra de la formación de los eclesiásticos. Pero los misioneros no tienen todavía una casa propia. San Vicente acoge estas inquietudes de ánimo del P. Martín y las calma, porque lee en ellas su carácter impaciente.

“Es difícil que una casa incipiente como la suya pueda abrazar de pronto todas las distintas ocupaciones de la compañía. Podrá ir haciéndolo con el tiempo; pero ese tiempo hay que aguardarlo con paciencia, procurando entretanto ser fieles en lo poco, para que quiera Dios confiarle lo mucho, según su palabra”²⁶.

5. Confianza en Dios, humildad y amabilidad

El temperamento del P. Martín era proclive a la inquietud y al desánimo frente a las dificultades del ministerio, signo de un ensimismamiento que fácilmente se cambiaba en desconfianza y abatimiento moral. Por eso San Vicente le escribía concisamente: “Por eso, humildemente usted confíe en él”²⁷.

“¿Se ha propuesto acaso usted alguna vez algo mejor que querer invariablemente lo que Dios quiere? No lo creo. Por tanto, ¿por qué desanimarse cuando las cosas no le salen bien? Hasta ahora tiene usted muchos motivos para dar gracias a Dios; ciertamente, por mi parte, le ayudaré a hacerlo así, ya que conozco muy bien todos los favores que él le ha hecho. Conozco la fidelidad y el esmero que

²⁵ SVP.ES V, 517

²⁶ SVP.ES VII, 223.

²⁷ SVP.ES III, 122.

usted pone en las obras de Dios. ¿Qué le falta para quedar en paz? El no le pide más que eso, que acepte humildemente el éxito que le conceda; y estoy seguro de que así lo hará usted. Entonces, ¿de dónde esa falta de confianza? Me habla usted de sus miserias, ¡ay! ¿quién está libre de ellas? Lo que hay que hacer es conocerlas y amar la humillación, como usted lo hace, sin pararse en ello más que para poner allí las bases de una firme confianza en Dios; entonces el edificio se levantará sobre la roca y permanecerá firme cuando venga la tempestad. Por tanto, no tenga usted miedo; sé que está usted bien fundamentado en esas bases. Y la timidez o falta de confianza que usted experimenta proviene de la naturaleza y sólo de lejos roza a su corazón, que es mucho más generoso que todo eso. Que Dios haga de nosotros y de nuestros trabajos lo que quiera, que nuestros sudores sean inútiles entre los hombres, que la gente no sienta por nosotros más que ingratitud y desprecio; no por ello hemos de dejar que continúen nuestros esfuerzos, sabiendo que es entonces cuando cumplimos con la ley de amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos”²⁸.

San Vicente se refleja en el joven Martín; en él se ve a sí mismo, su propia inquietud y su orgullo innato. Por eso, no puede menos de repetirle el recorrido que lo había llevado a abandonarse en las manos de Dios con una confianza sin reservas, ya que “esa querida confianza en Dios, es la fuerza de los débiles y el ojo de los ciegos”²⁹.

“Mientras vivamos en este valle de miserias, aunque fuésemos santos, sentiríamos lo que usted siente; y Dios lo permite, para mantenernos siempre vigilantes en el ejercicio de la santa mortificación y humillación. Sepamos mantenernos firmes, y Nuestro Señor logrará vencer nuestras pasiones en nosotros y reinará como soberano en nuestra alma y, mediante nosotros, en las almas a cuyo servicio nos ha puesto su providencia. Mantengámonos fuertes y caminemos siempre por los caminos de Dios, sin detenernos jamás”³⁰.

“Y aunque las cosas no vayan según nuestros deseos y nuestras intenciones, no dudemos de que la Providencia las conducirá adonde es preciso para nuestro bien”³¹.

San Vicente invita al P. Martín tener tres grandes virtudes; la confianza en Dios, la humildad y la mansedumbre. Estas virtudes “practicadas con esos buenos eclesiásticos, producirán efectos admirables en

²⁸ SVP.ES III, 184.

²⁹ SVP.ES III, 139.

³⁰ SVP.ES III, 136.

³¹ SVP.ES III, 139.

sus almas, ya que Dios mismo animará con su espíritu sus palabras y sus ejemplos, dándole su luz y su fuerza; y finalmente le colmará de sus eternos consuelos”³². La dinámica de la vida espiritual sugerida al P. Martín es típicamente evangélica: vaciarse de sí mismo para dejar lugar a la gracia. Y apenas los misioneros comienzan a tener resultados exitosos en la predicación de las misiones en el Piamonte – Pianezza, Savigliano, Bra, Fossano, Saluzzo –, San Vicente está atento a mantener vivo en ellos, y sobre todo en el P. Martín, un sentimiento de humildad para impedir que la vanagloria ocupe el lugar de Dios.

“La verdad, padre, es que tengo que desear eso mismo de usted, al ver las bendiciones que Dios concede a sus trabajos y que atraen sobre usted las alabanzas y los aplausos de los hombres y que dan motivo a los pueblos para desear que vaya a ellos a derramar las gracias de la misión. Ruego a su divina bondad que le dé esta virtud, para que lo refiera todo al honor de Dios y no se atribuya a usted más que la confusión; que continúe sacando su gloria de sus esfuerzos y animando a las almas en el deseo de aprovecharse de ellos”³³.

“Si hay alguna persona en el mundo con más obligación de humillarse, somos usted y yo; también pienso en todos los que trabajan con usted; yo por mis pecados, y ustedes por los bienes que Dios quiere hacer por su medio; yo por verme fuera de la posibilidad de asistir a las almas, y ustedes por verse escogidos para contribuir a la santificación de infinitas almas y hacerlo con tanto fruto. Se necesita una gran humildad para no llenarse de complacencia ante esos progresos ni ante los aplausos del público; se necesita una gran humildad, y muy necesaria, para referir a Dios la gloria de todos sus trabajos. Sí, padre, necesita usted una humildad firme y vigorosa para llevar el peso de tantas gracias de Dios, y concebir un gran sentimiento de gratitud para reconocer al autor de todo ello. Le pido, pues, a Nuestro Señor, que les dé esos sentimientos a todos ustedes, no dudando de que sobre ese fundamento él establecerá un gran almacén de dones celestiales, que les harán cada vez más agradables a los ojos de Dios, muy útiles al pobre pueblo y muy provechosos al estado eclesiástico”³⁴.

El celo misionero tiene su enfermedad en el desaliento y el desaliento se alimenta del secreto orgullo ante los éxitos. Cuando en el pueblo hay una buena respuesta al anuncio, en el alma del misionero prende

³² SVP.ES III, 144.

³³ SVP.ES VI, 296.

³⁴ SVP.ES V, 602s.

fácilmente el entusiasmo; pero cuando parece que la gente no responde, puede venir el sentimiento de inutilidad. Son dos extremos de los que San Vicente quiere preservar al P. Martín, porque ambos son dañinos. El anuncio misionero requiere el equilibrio emotivo. Y ése se consigue sólo si la persona está centrada con humildad en la relación con el Señor.

De hecho el P. Martín tuvo que aguantar varias pruebas en la fundación de Turín. La más fuerte de ellas fue la falta de misioneros. San Vicente, viendo el éxito, diríamos fulgurante, de las primeras misiones, quería que el grupo de misioneros estuviese constituido por un núcleo de personas bien compenetradas. En realidad, a causa de la difusión de la peste de 1657, tanto en Roma como en Génova, cuando murieron varios misioneros, como el P. Blatiron, se encontró en la imposibilidad de proporcionar personal adecuado para la nueva fundación que tuvo que arraigarse como pudo y apoyarse prácticamente solo sobre el P. Martín. Sus compañeros no dominaban el italiano o eran demasiado jóvenes (alguna vez clérigos, ante la falta de sacerdotes) o incluso se sentían ineptos frente a la elocuencia de su superior. El P. Martín ante esta situación tendía a desanimarse y se dirigía a San Vicente para que le librara de la responsabilidad del superiorato.

“Vuelve usted a insistirme para que le quite la dirección de esa casa, atribuyéndose a usted mismo la causa del desánimo de sus gentes. Le ruego que continúe, porque sé muy bien que no es usted el responsable de que no se entreguen con ardor a todo lo necesario, ya que les atrae usted a ellos con su ejemplo y con sus consejos; y si hay algunos que no muestran tanto entusiasmo en el estudio de la lengua y en la ayuda que podrían prestarle, ha de recordar usted, padre, que no hay superior en el mundo que no tenga que soportar muchas deficiencias en aquellos que son sus dirigidos, y que al mismo Nuestro Señor le tocó padecer mucho por causa de los suyos. Cualquier otro que ocupase su lugar tropezaría con esas mismas dificultades que usted tiene y posiblemente se encontraría con otras que usted no tiene, ya que tiene usted gracia para evitarlas. ¡Animo pues, padre! Confíe usted en Dios, tenga paciencia, busque la paz, y no dude de que Dios se verá honrado en usted y en su familia”³⁵.

Por esto es continua e insistente en las cartas, la llamada al P. Martín para que se entre por la vía de la humildad. No una humildad teórica, sino una humildad práctica que acepta bajar al abismo de la humillación. San Vicente había madurado una idea muy pragmática de la humildad. Sostenía de hecho que la humildad de espíritu podía

³⁵ SVP.ES VI, 536s.

ser fácilmente confundida con un vago sentimiento de humildad a través del cual el espíritu del mal se la juega a un alma, haciéndole creer que es humilde. Por eso pensaba que no es posible llegar a ser humilde sin pasar a través de un constante ejercicio de gozosa aceptación de las humillaciones en la vida, que crean el espacio para que Dios se haga presente. El P. Martín lo necesitaba, porque tenía que ser brillante en sus misiones y suscitando fácilmente el aplauso de la gente podía caer víctima del orgullo y la vanagloria.

“¡Ay, padre! ¡Cuántos motivos tiene usted para humillarse delante de Dios y referir a él la gloria de todo eso, e incluso delante de los hombres que podrían aplaudirle! ¿Qué puede hacer usted sin la gracia de Dios? O mejor dicho, ¿qué no haría esa gracia sin los obstáculos que usted le pone? ¿Cuántas faltas habrá cometido usted entre ese poco bien que ha hecho? ¿Y cuántas es usted capaz de cometer, si Dios le abandonase a los movimientos de la naturaleza corrompida? Esos son los sentimientos que debe usted tener, aunque no sean precisamente los míos, ya que me siento lleno de estima por usted y de esperanza en que el buen uso que usted hace de las bendiciones de Dios le atraerá continuamente otras nuevas”³⁶.

6. La unidad de los misioneros entre sí

El espíritu de la Misión, además de la primera coordenada, es decir, el celo misionero, con todo el cortejo de sus virtudes: equilibrio, humildad, abandono en la Providencia, condescendencia, mansedumbre-necesita también del segundo elemento originario, o sea, la comunión fraterna. Para San Vicente la comunión misionera entre los misioneros esparcidos en varios lugares de Europa y del mundo, es fundamental para la misión y su sustento. Es su sustento, porque el estar unidos en Cristo expresa la energía propia del acontecimiento cristiano. Éste, en sustancia, es la expresión del amor de caridad que constituye el misterio íntimo de Dios que se nos ha manifestado en la humanidad de Cristo.

“Le ruego que lo abrace de mi parte, como yo les abrazo a todos en espíritu, suplicándole a Nuestro Señor que nos ate a todos (P. Patrice Walsh) con su santo amor, para que lo amemos todos juntos sólo a él, con todas nuestras fuerzas, eternamente. ¡Dios mío, cómo deseo la perfección de su alma! Sí, de verdad; lo deseo tanto como mi propia perfección, ya que no sé pedir la una sin la otra”³⁷.

³⁶ SVP.ES VII, 116.

³⁷ SVP.ES III, 180.

Con ocasión de la salida de Génova de los PP. Blatiron y Dehorgny para participar en la asamblea general de 1651, San Vicente se apresura a apoyar al P. Martín, que ha quedado solo, con el peso de todas las obras de la casa. En una serie de cartas, muy próximas en el tiempo, anima al P. Martín, mostrándole a través de su interés personal, la cercanía de toda la comunidad ante la dificultad a la que debe hacer frente él solo.

“Me consuela escribirle a usted solo al considerar que está ocupando el lugar de tres. Sí, padre, le hablo a su único corazón con toda la amplitud y el cariño de mío, que ciertamente le quiere de forma única; pero me imagino también que les escribo a los padres Dehorgny y Blatiron al escribirle a usted, ya que está usted desempeñando sus tareas y me parece que ellos trabajan en usted, mientras acuden a trabajar aquí por el bien de toda la compañía. Este pensamiento, unido al afecto que Dios le ha dado por la misma compañía le hará soportar con paciencia la carga que le han dejado. Le pido a Nuestro Señor que redoble sus fuerzas, que le sostenga con su espíritu principal, que le alegre con la esperanza de su gloria y con el éxito de sus trabajos, que llene a esa familia de paz y de confianza en su divina providencia. Esos son mis deseos; pero solamente Dios es capaz de hacerle sentir su ardor y sus efectos. Se los presento a él con frecuencia, especialmente en el actual retiro que estoy haciendo, y que encomiendo a sus oraciones y a las de su pequeña comunidad, a la que abrazo en espíritu, postrado en espíritu a sus pies y a los de usted”³⁸.

“¡Bien! ¿Verdad que es un gran consuelo y un buen motivo para dar gracias a Dios el que la ausencia de los superiores no cause ningún relajamiento en esa familia, sino más bien un aumento de piedad y de virtud? Esas son las palabras de su carta, que me han llenado de alegría y de gratitud para con la bondad de Nuestro Señor que, para ocupar el lugar de los ausentes, ha tomado asiento en su alma, desde donde derrama espíritu y vida sobre todos los miembros de ese pequeño cuerpo”³⁹.

Tampoco el inicio de la fundación de Turín fue fácil y recayó casi completamente sobre las espaldas del P. Martín. Los otros misioneros, sus compañeros, precisamente en los primeros meses de permanencia en Turín, tendían a rehuir las misiones, porque, como ya hemos visto, no conocían la lengua. Él se quejaba, pero para San Vicente la unidad de los misioneros es insustituible para fortalecer y fundamentar la

³⁸ SVP.ES IV, 205.

³⁹ SVP.ES IV, 217.

misión. Así que debe animar al P. Martín y recordarle la necesidad de la tolerancia y de la paciencia para mantener seguro el vínculo de la unidad.

“Si en ese sentido me ha consolado su carta del 2 de este mes, en otro sentido me ha apenado mucho por el poco afecto que demuestra tener por sus ejercicios esa persona de la que me habla⁴⁰. Si las necesidades y la devoción de tanta gente no le han podido conmovier, no veo nada que sea capaz de impresionarle, a no ser nuestras oraciones, a las que hemos de recurrir, para que quiera Dios darle a conocer y abrazar los muchos bienes que él puede hacer y la equivocación tan grande que cometerá si pierde esta ocasión. Espero, padre, que sabrá tener paciencia con él; puede ser que el exceso de la bondad de usted logre superar el de su poca disposición. La verdad es que tengo miedo de que tanto esfuerzo le haga sucumbir, aunque tengo la confianza de que Dios no lo permitirá, sino que se servirá de usted para el progreso de la obra comenzada. Así se lo pediremos con toda insistencia”⁴¹.

Un rigor excesivo puede llegar a romper la unidad. El P. Martín era llevado precisamente por su celo y terminaba por ser demasiado exigente con los compañeros. Aparecía como un modelo demasiado alto para ellos y comparándose con él les sobrevenía un sentimiento de inferioridad que creaba una barrera para la familiaridad de la relación.

“Me parece que la gracia que Dios ha puesto en usted para la predicación, en vez de animar a sus hombres a que se pongan también a predicar, les quita los ánimos para ello, por temor a quedarse muy por debajo de su elocuencia. Espero, sin embargo, que les ayudará usted a decidirse y a que traten con sencillez las materias debidas de la misma forma con que Nuestro Señor y los apóstoles instruyeron entonces a los pueblos, inculcando en ellos el amor a las virtudes y el horror a los vicios”⁴².

⁴⁰ Probablemente el Padre.

⁴¹ SVP.ES V, 567.

⁴² SVP.ES VII, 189.

7. El arte de gobernar

Una de las consideraciones en que más insiste San Vicente al P. Martín es la de orientarlo en las relaciones con los misioneros, para evitar que cayese en el rigorismo. Realmente cuando el P. Martín comenzó la fundación de Turín, tenía solo 35 años y la gran vitalidad que le llevaba a querer conseguir una comunidad ideal, no era solo un peligro. Ya hemos encontrado intervenciones significativas en este sentido. San Vicente, en su experiencia ya octogenaria, era ya un experto animador de la comunidad. Sabía bien lo dañina que era una actitud de exigencia; probablemente más peligrosa que una actitud laxista, que al menos no incitaba a la soberbia. Sabía que el ideal espiritual se consigue como con un mecanismo. Los mecanismos se pueden forzar, engañar, dominar con ingenio y astucia. Los corazones, en cambio, se mueven suavemente con el respeto, el diálogo, el dejar posar las pasiones y los resentimientos. Por eso resultaba de suyo difícil gobernar un grupo de personas bastante jóvenes, que aunque enfervorizadas en los inicios de un movimiento carismático, debían hacer frente la erosión del tiempo, la fricción de caracteres y la inexorable dureza de una misión que no concedía ningún respiro a la mollicie.

“No tiene que extrañarse, padre, de esas pequeñas alteraciones que está sufriendo su familia; lo mismo ocurre en todas las demás, por los mismos motivos con que Dios permitió que también en la compañía de Nuestro Señor hubiera disensiones y cambios, a saber, para probar a quienes los sufren y para humillar a los superiores. El remedio para ello es la paciencia, la tolerancia y la oración, para que Dios devuelva a los espíritus la primitiva serenidad y la apertura de corazón que conviene. Y usted puede contribuir a ello demostrándoles a todos su aprecio, su afecto y su cordialidad. Con una comunidad pasa lo mismo que con una persona particular, que a veces se encuentra abatida, seca y malhumorada; y como usted ve a los demás en esa situación, se contagia de ellos y se pone también malhumorado, con lo que cae también en la desazón y finalmente en el desánimo. Pero, en vez de dejarse llevar por ello, lo primero que hay que hacer, mientras dura esa situación, es procurar honrar los actos de paciencia y de resignación practicados por Nuestro Señor en semejantes ocasiones, especialmente cuando algunos de sus discípulos, cansados de su santa conducta y de su admirable doctrina, se alejaron de él y él dijo a sus apóstoles: ‘¿También vosotros queréis marcharos?’. Será conveniente enterarse confiadamente de alguien de dónde proviene eso y procurar poner remedio. En segundo lugar, debe usted redoblar su confianza en Nuestro Señor, constituyéndolo y mirándolo como al verdadero superior de su casa, pidiéndole continuamente que se digne gobernarla según sus caminos, considerán-

dose a usted mismo como un pobre instrumento que, si no estuviera en manos de tan excelente artista, lo echaría todo a perder”⁴³.

Hay una fina psicología del compartir y del condescender mediante la escucha y el diálogo que dirige el principio pedagógico de la autoridad. En concreto, lo que permite vencer las resistencias más ásperas es la amabilidad en la relación ofrecida gratuitamente y sin cálculos. La amabilidad que se anticipa a los movimientos bruscos del alma y los somete al equilibrio de la mansedumbre es uno de los gestos más finos y delicados de la caridad. Esta amabilidad no brota de un temperamento especialmente dispuesto, sino que se forma en el fondo del corazón humano, en proporción a la familiaridad que se establece con el Señor, dejándole a él espacio para que desempeñe el cargo de *superior*, de quien todo responsable en la comunidad debe ser un simple instrumento.

“Estoy seguro de que ha puesto usted de su parte todo lo posible por ser bondadoso y amable con esas personas que no acaban de abrirle su corazón, a fin de que manifestándoles usted su cordialidad fraterna, pudieran tener con usted el respeto y la confianza debida. No hemos de extrañarnos de su frialdad; todos los superiores tienen que vérselas con casos parecidos, sobre todo los que son firmes en el reglamento y en hacer la guerra a la carne. Por eso no hay que dejar de seguir el ritmo debido y Dios permitirá que al fin su paciencia y su fidelidad a las reglas le granjeen la estima y el aprecio de todos [...]”⁴⁴.

El arte de gobernar, mientras de una parte exige decisión al presentar el ideal, de otra parte, sabe insinuarse en las fisuras del corazón humano buscando comprender las heridas y la oscuridad para llevarlo por el amor de la fraternidad, a la plena luz. Es el arte de la relación del que San Vicente, en esta correspondencia con el P. Martín, se revela todo un maestro.

8. Un recorrido espiritual para la evangelización

El recorrido espiritual, que las cartas de San Vicente al P. Martín nos han hecho hacer, ha puesto en claro algunas líneas de vida de la fraternidad misionera, propia del espíritu vicenciano. En el centro está el celo misionero para anunciar a Cristo al *pobre pueblo*, pero están también las insidias que pueden tenderle el temperamento y las

⁴³ SVP.ES VII, 238s.

⁴⁴ COSTE VII, 296 (L 2684).

pasiones humanas. Para protegerlo de la vanidad o del desaliento, San Vicente propone la humildad, en su versión práctica de la humillación, vivida como descenso a la propia nada, para que se afirme la presencia de Dios en nosotros. Precisamente la humildad introduce un sentimiento de vida, rico en la relación con Jesús, el Señor, que asimilado en el propio espíritu, es también objeto del anuncio misionero. La unión con Cristo es lo que permite un anuncio eficaz en la obra de la evangelización. A esta relación fundante son atraídos todos los que están unidos por una misma vocación, aún antes del empeño de su voluntad. Nace así la comunidad misionera en la que los temperamentos más dispares ponen a prueba también a las personalidades más seguras: en ella se pueden practicar las virtudes de la paciencia, de la mansedumbre y de la acogida, que favorecen el abandono confiado en Dios. La comunidad pertenece a Dios y nosotros estamos llamados a seguir las tortuosas sendas que Él nos traza. Así la comunidad sabe encontrar las dinámicas de unidad y de afecto para poder penetrar con su carisma en el corazón de las pobres gentes y proclamar en el mundo, el Evangelio de Jesús. También en el mundo de hoy.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.

Misioneros en Polonia (1651-1697)

Stanisław Rospond, C.M.

En el siglo XVII la República polaca atravesó una grave crisis tanto interna como externa. La época “jagellonne” (1385-1572) dio al país polaco-lituano una posición poderosa. Desde el punto de vista de Europa, Polonia se encontraba en el tercer lugar con 990.000 km², pero en la época siguiente tuvo que trabajar fuertemente para conservar esa posición. En el siglo XVII Polonia entró en guerra contra los suecos, los turcos, los cosacos. “La Porte Ottomane” y el “Khanat de Crimée” fueron, junto a Rusia, los principales rivales de la costa Este; al Norte, Suecia intentaba crear su imperio en torno al Mar Báltico. La revuelta de 1648 en Ucrania, con Bohdan Khmelnitski a la cabeza, tuvo como consecuencia más grave el que toda la nación de Ucrania se rebelase contra la dominación polaca sobre las tierras situadas a orillas del río Dniepr. En 1653 Rusia se mezcló en el conflicto, el ejército del zar Alexis Michailovitch invadió la República polaca.

Poco tiempo después apareció un nuevo enemigo, el rey de Suecia Carlos Gustavo X, que organizó una guerra destructiva durante los años 1655-1660. Ésta terminó con el tratado de Oliwa (1660). A la pérdida del territorio del Norte se añadió nuevas pérdidas en el Este, como resultado de la partición de Ucrania en tierras más allá de la margen derecha (polaca) e izquierda (rusa). Pronto Polonia tuvo que hacer nuevas concesiones a Rusia. En Ardrussovo se firmó la tregua (1667), por la cual Polonia cedió Kiev y otros vastos territorios en Ucrania. La nueva invasión turca en 1672 y la paz firmada en Bouchatch supusieron nuevas pérdidas de territorio en beneficio de la “Porte Ottomane”. No fue sino al fin de este siglo cuando Polonia pudo reconquistar la Ucrania de la margen derecha con Kamien Podolski (tratado firmado en Bouchatch en 1699). El siglo XVII supuso el ocaso de la República polaca; aparecieron entonces los factores que anunciaban de alguna forma su hundimiento en el siglo XVIII.

Para la Iglesia polaca, esta época se caracterizó por un reforzamiento de su autoridad, que siguió a la puesta en marcha de la reforma impulsada por el Concilio de Trento (1545-1563). Las Órdenes y las Comunidades orientadas hacia el trabajo pastoral, misiones y retiros, así como hacia la actividad caritativa, jugaron un papel importante en la

renovación de la Iglesia. De entre las nuevas comunidades, los jesuitas ocuparon un lugar particular en Polonia desde 1564. Abrieron algunas decenas de escuelas secundarias (once en el siglo XVI). En la primera mitad del siglo XVII crearon 28 nuevas escuelas. Por otra parte, aparecieron nuevas Órdenes: los carmelitas descalzos desde 1605, los hospitalarios en 1609, los reformados en 1622, los piaristas en 1642, los misioneros en 1651, los teatinos en 1664, los oratorianos en 1668. Aparecieron también algunas comunidades polacas: los marianistas (1673), los bartolomitas (1683) y los trinitarios (1685). Por lo que se refiere al trabajo educativo y caritativo, hubo Órdenes y Congregaciones femeninas que se comprometieron a ello. Entre otras señalamos las siguientes: las carmelitas descalzas (desde 1612), las catalinas (1571), las hijas de la caridad (1652). Aparte de la pastoral y las sobras educativas, uno de los campos más importantes para la renovación de la Iglesia fue la formación del clero diocesano; de ahí la necesidad de crear y de dirigir Seminarios. Los más reconocidos en este trabajo fueron los misioneros, los jesuitas y los bartolomitas.

LA LLEGADA DE MISIONEROS A POLONIA Y SUS PRIMERAS OBRAS (1651-1660)

Los primeros misioneros llegaron a Polonia en Noviembre de 1651 gracias a la petición de la Reina María Luisa de Gonzaga, esposa del Rey Juan Casimiro. Conocía personalmente a San Vicente y a su Congregación. Como ocurrió en Francia, también en Polonia se pensó que, en aquella época, era necesario desarrollar las obras sociales de caridad frente a la pobreza, el hambre, las epidemias que comenzaban a generalizarse, así como frente a las guerras que arruinaban el país. Era importante también dar misiones y formar el clero diocesano. San Vicente, en su carta que indicaba la salida del primer grupo de misioneros, escribió a la Reina: *“Por fin llegan a los pies de Su Majestad sus misioneros para postrarse ante ellos y ofrecerle sus muy humildes servicios. Son solamente tres o cuatro, señora, aunque nuestra primera idea fue enviarle ocho o nueve. Hemos creído que éstos serán suficientes para empezar, esperando a que Su Majestad nos haga el honor de ordenarnos que le enviemos más. No conocen la lengua del país; pero, como hablan latín, podrán ocuparse desde ahora en educar a los jóvenes eclesiásticos, tanto en la piedad y en la práctica de las virtudes como en las demás cosas que tienen la obligación de saber y de hacer”* (Carta del 6 de Septiembre de 1651).

Al primer grupo pertenecían los sacerdotes Lambert aux Couteaux, designado superior de la comunidad, y Wilhelm Desdames, el subdiacóno Nicolás Guillot, el clérigo Casimir Zelazowski y el hermano Jacob Posny. Se instalaron en la pequeña casa que les ofreció Marie-Louise,

situada en los arrabales de Varsovia, en un terreno que pertenecía a la parroquia de la Sainte Croix. San Vicente quería que se ocuparan de la formación en uno de los seminarios, pero durante los primeros años ese deseo no llegó a hacerse realidad. En 1652 la reina ofreció a los misioneros la parroquia de Sokólka, cerca de Bialystok, y en Diciembre de 1653 les concedió la parroquia de la Sainte Croix en Varsovia. El párroco entonces, Jean Zeydlic y su colaborador Sophie Sembrzuska, pasaron la parroquia a la Congregación. En cambio el Obispo Casimir Florian Czartoryski, obispo de Poznan, aprobó el derecho al patronato acordado a los superiores de la Congregación. Marie-Louise agrandó la prebenda uniéndola una alquería situada no lejos del Palacio del Rey Jean Casimir, así como también algunos jardines, una cervecería, un hostel y la aldea llamada Skuly con su casa solariega y su iglesia. Después de la destrucción, durante la guerra, una nueva iglesia fue construida (1679-1696) sobre un zócalo de piedra, iglesia que se puede admirar aún en nuestros días.

Como no conocían la lengua polaca (excepto el clérigo Zelazowski) los misioneros no podían emprender actividades relacionadas con su misión. Por esta razón, ellos se comprometieron a desarrollar una actividad pastoral entre los habitantes de nacionalidad francesa que residían en Varsovia. Se ocuparon también de las primeras fundaciones de las Hermanas de la Misericordia, instaladas en Polonia en el 1652 y, gracias a su ayuda, pudieron llevar a cabo una actividad caritativa en Varsovia e, incluso, durante algún tiempo en Cracovia, concretamente durante el tiempo de la epidemia. Poco tiempo después, sufrieron las primeras pérdidas. En efecto, el 31 de Enero de 1653, después de una grave enfermedad, muere en Sokólka el primer superior, el P. Lambert, que se sacrificó enteramente por los enfermos y los pobres, aportándoles ayuda y sostenimiento. En 1654 los misioneros llevaron a cabo sus dos primeras misiones populares: en la parroquia de la Sainte Croix en Varsovia y en Skuly.

En 1654, San Vicente envía dos nuevos grupos de misioneros: el P. Charles Ozenne, el clérigo Nicolás Duperroy, el P. Nicolás Guillot, los clérigos René Simon, Jacob Eveillard y Antoine Durand. Estos clérigos rápidamente obtuvieron su ordenación. Sin embargo, durante su actividad misionera, afrontaron numerosos conflictos y obstáculos. El P. Guillot y el hermano Posny dejaron Polonia, mientras que el hermano Zelazowski dejó la Congregación. Durante la invasión sueca, los Padres Durand, Eveillard, Simón y el clérigo Gillot dejaron el país. El P. Ozenne se instaló en Silésie, en la corte real.

EL DESARROLLO DE LAS INSTITUCIONES EN LOS AÑOS 1660-1697

Después de la muerte de San Vicente, la Congregación comenzó a ensanchar su campo de actividad en Polonia. La parroquia Sainte Croix en Varsovia ofreció la posibilidad de desarrollar una actividad pastoral y didáctica polivalente. Después de la erección del primer seminario diocesano, otros seminarios se confiaron a la dirección de los misioneros de la iglesia de la Sainte Croix (1677). Así, por ejemplo, se les dio la gestión del seminario de Chelmno (1677), la del seminario de Château en Cracovia (1682), la de Wilnius (1685), de Przemysl (1687), de Lowicz (1700). Los misioneros crearon también su propio Seminario Interno (1676), que habría de preparar las futuras generaciones de la Congregación de la Misión. La creación de nuevos puestos les permitió llevar a cabo misiones populares en diferentes partes del país.

Cuando envió el primer grupo de misioneros, San Vicente designó como superior al P. Lambert aux Couteaux (1651-1653). Después de la muerte de éste, fueron nombrados sucesivamente el P. Wilhelm Desdames (dos veces, en 1653-1654 y en 1658-1668), el P. François Dupuich (1668-1670), el P. Nicolas Duperroy (1670-1674), el P. Jacob Eveillard (1674-1685). En 1685, 21 Padres y 6 Hermanos, de los cuales la mitad hizo su formación en el Seminario Interno de la Sainte Croix, trabajaron en las tres casas de esta Congregación instalada en Polonia. Durante la IV Asamblea general de la Congregación de la Misión, el Superior general, P. Edmond Jolly, erigió la Provincia de Polonia y nombró como primer Visitador al P. Michel Bartolomé Tarlo (1685-1710).

La casa de la Sainte Croix en Varsovia llegó a ser la casa central donde se encontraba la sede del Visitador. Durante los años 60 del siglo XVII, los misioneros agrandaron los edificios que se encontraban cerca de la iglesia Sainte Croix, reemplazándolos por una nueva construcción. Se levantaron también edificios donde se instalaron una escuela y un hospital. En el 1675 los primeros seminaristas entraron en el seminario de la diócesis de Poznan (seminario diocesano erigido en 1677 por Stéphane Wierzbowski, obispo de Poznan). La financiación para las obras realizadas procedían de Sluly y Wiskilki, así como de las localidades de Zamienie, Podolszynie y Jeziorki. Para el mantenimiento del seminario externo, el cabildo de Varsovia ofreció las propiedades de Dawid y de Zgorzaly. El número de seminaristas, que formaba parte del seminario, fue fijado por los mismos misioneros. En 1676 crearon así el Seminario Interno.

En 1676, gracias a la benevolencia de Jean Malachowski, obispo de Chelmno, los misioneros abrieron su misión en Chelmno. Al año siguiente, se encargaron de la dirección de dicho seminario existente desde el 1651. En 1678, el obispo Malachowski confió a los misioneros la iglesia parroquial de Chelmno y la capilla "Mater Dolorosa", cuyos

ingresos económicos fueron destinados a mantener el seminario. A esto se unieron también los ingresos de las alquerías situadas en las aldeas Dziamiany, Niedzwiedz, Uscie, Wilki, los ingresos relacionados con el cabildo de la parroquia Fiszewo, cerca de Malbork, los ingresos derivados de los recibos por la travesía del Vístula en los alrededores de Chelmino. El número de seminaristas no fue fijado. Para llevar a cabo las tareas relacionadas con las misiones y con las obras pastorales, los misioneros designaron 2-3 sacerdotes y 2 hermanos.

En 1681 el obispo Jean Malachowski fue nombrado obispo de Cracovia. Al año siguiente invitó a la Congregación de la Misión a la ciudad real, y confió a los misioneros la dirección del seminario de Chatéau creado en el 1602. Los bienes pertenecían al seminario, y quienes sostuvieron a los tres misioneros y a unos 20 seminaristas fue el cabildo de Cracovia. Su instalación en esta ciudad les proporcionó la posibilidad de desarrollar su actividad en Cracovia y en la “pequeña Polonia”. Esto explica por qué la Congregación hizo gestiones con el fin de erigir una nueva casa. Gracias a las donaciones del obispo Jean Malachowski, en 1686 se compró una casa con algunas tierras anejas en Stradom, en los arrabales de Cracovia, no lejos de Wawel; después se compraron varios inmuebles en las cercanías del palacio que pertenecía a la familia de los Wielkopolski. En los años 1693-1695 se construyó el ala norte. Es en esta zona donde se acondicionaron algunos apartamentos para varios misioneros, que comenzaron su trabajo de misiones en la diócesis de Cracovia. Allí se aceptaban también candidatos a la ordenación sacerdotal y otros eclesiásticos para hacer algunos días de retiro.

En 1685 se realizaron los primeros proyectos con vistas al traspaso del seminario eclesiástico en Vilnius. Alexandre Kotowicz, obispo de Vilnius, hizo venir misioneros y les confió la dirección del seminario. Éstos organizaron también retiros para los candidatos a la ordenación y predicaron misiones populares en la diócesis de Vilnius. Durante los años siguientes (1695-1698), gracias a la fundación de la familia Jean Henri Plater, en la cumbre del Mont du Sauveur en Vilnius, construyeron una iglesia bajo el patronazgo de la Ascensión de Jesucristo.

En 1687, Jean Zbaski, obispo de Przemyśl, confió a los misioneros la dirección del seminario de Przemyśl recientemente construido. Para el mantenimiento de este seminario destinó los ingresos de las propiedades en Sokolów, Dubiecko, Lubello, los alquileres de varias casas y otras donaciones. Los primeros ingresos permitieron subvencionar los gastos de seis seminaristas. Para las actividades de la casa y otras obras, la Congregación obtuvo los ingresos del decanato del cabildo en Sambor. Un poco más tarde, una nueva comunidad de misioneros se creará en esta localidad.

En 1689 Michel Radziejowski, primado y arzobispo de Gniezno, pidió que los misioneros vinieran a Lowicz. Les confió la gestión de las

misiones populares organizadas en su archidiócesis, así como la organización de retiros espirituales para los candidatos a la ordenación y, en general, para los sacerdotes. En 1700, después de la construcción de una casa apropiada y después de haberla acondicionado, el primado erigió un nuevo seminario diocesano. Confío su dirección a la Congregación de la Misión. Los misioneros sacaron provecho de las propiedades situadas en Dmosin, Wola Cyrusowa, Corzdy y Zurawica. Para el mantenimiento de los seminaristas fue necesario desembolsar la suma de 48.000 PLN, que provenía del porcentaje de la suma de 80.000 PLN, ofrecida por el obispo diocesano.

LAS OBRAS DIRIGIDAS POR LA CONGREGACIÓN

Entre las obras más importantes dirigidas por los misioneros en el siglo XVII se encuentran las siguientes: la organización de las misiones populares, la preparación de los candidatos al sacerdocio, la pastoral parroquial y las obras sociales.

Los jesuitas, que en esta época poseían 81 casas en Polonia, fueron célebres por las misiones populares que dirigieron en el siglo XVII. En menor escala las misiones en Polonia fueron dirigidas también por los dominicos y los reformados. La Congregación de la Misión comenzó su actividad en Polonia, inmediatamente antes de las fiestas de Pascua de 1654 con la misión de la parroquia Sainte Croix en Varsovia, a continuación en Skuly. Las fundaciones siguientes desarrollaron una red de puestos que permitió entrar a los misioneros en las diferentes partes de Polonia y Lituania. En el siglo XVII, los sacerdotes de la casa Sainte Croix en Varsovia y en Lowicz pudieron predicar misiones en Mazovie y en la "gran Polonia". Los sacerdotes de la casa de Chelmno predicaron en Poméranie y en Varmie; los de las casas de Cracovia, que estaban junto al seminario de Château y en Stradom, predicaron en la "pequeña Polonia" y en Silésie; los de la casa de Vilnius en Lituania. Los registros conservados en Cracovia, Varsovia y Vilnius dan cuenta de 157 misiones populares animadas hasta el 1697. Al comienzo, animar una misión llevaba alrededor de ocho días, un poco más tarde, entre dos y tres semanas. El número de fieles y participantes variaba: por ejemplo, de 800 en Pniewnik (1674) hasta casi 7.000 en Zbuczyn (1686). Ya en 1655, los misioneros habían preparado la traducción de un pequeño libro titulado, *"Las obligaciones de los cristianos, es decir, lo que cada cristiano debería saber y debería cumplir para obtener la salvación de su alma"*.

Dirigir seminarios diocesanos era su segunda obra importante. Como ya hemos mencionado más arriba, fundar puestos particulares estaba, en buena parte, relacionada con el hecho que se les confiara la gestión de seminarios eclesiásticos: Varsovia, Chelmno, Vistule, Craco-

via, el seminario de Château, Vilnius, Przemysl y Lowicz. Además, los misioneros se comprometieron a llevar a cabo retiros para los candidatos al sacerdocio y también para los sacerdotes en general. Los seminarios gestionados por los misioneros no se diferenciaron de otros seminarios dirigidos por los jesuitas y los bartolomitas. Se estableció un reglamento aceptado por la III Asamblea General de 1673. La “ratio studiorum” se caracterizó por insistir fuertemente en la preparación pastoral y espiritual de los seminaristas. Sin embargo, las exigencias de los obispos fueron siempre tomadas en cuenta. En la enseñanza sobre la manera de predicar un sermón, se seguía el llamado “el pequeño método de San Vicente”. En teoría, los estudios duraban dos años, pero en la práctica de 3 a 8 meses.

Desde el 1652 los misioneros unieron su actividad apostólica y su actividad pastoral en las parroquias. La primera parroquia se abrió en Sokółka, cerca de Białystok (que la Congregación abandonó durante la invasión sueca). Una segunda parroquia, la de la Sainte-Croix, se abrió en el suburbio de Varsovia, no lejos del palacio real. Este puesto dio a los misioneros la posibilidad de predicar misiones populares, de organizar seminarios diocesanos, así como abrir dos escuelas parroquiales. Un poco más tarde, se unieron a esto cuatro hospitales, una caja de ahorros piadosa que acordaba créditos, una farmacia y una imprenta. Los misioneros obtuvieron también la iglesia parroquial de Chelmno, junto a la que existían otras iglesias anejas: la del Saint Esprit, Saint Martin, Saint Grégoire, Saint Laurent. Los misioneros ejercieron, además, una actividad pastoral en las propiedades de las fundaciones, por ejemplo, en Skuly y en Wiskitki. La actividad pastoral de la Congregación se caracterizó por una liturgia cuidada y ejemplar, por los oficios, procesiones, así como por el desarrollo de asociaciones ascéticas y sociales.

La Congregación, fiel a la misión recibida por el Creador, aporta su ayuda a los pobres y a los enfermos. Ya en 1652, cuando la epidemia se propagó en Varsovia y en Cracovia, los misioneros se consagraron enteramente a los enfermos. Durante los años siguientes, su obligación esencial consistió en crear y gestionar hospitales parroquiales: en 1678 el hospital de Saint Esprit en Chelmno (que comenzó en 1452), en 1633 el hospital parroquial de la Sainte-Croix en Varsovia, que en 1682 se instaló en dos nuevos locales cerca de la iglesia. En esta parroquia, las Hermanas de la Misericordia abrieron la institución Sainte-Catherine, un hogar educativo para hijas huérfanas.

Los misioneros llevaron a cabo otras actividades sociales, abriendo, por ejemplo, escuelas parroquiales. Éstas existían no solamente en la parroquia de la Sainte Croix en Varsovia, sino también en la de Chelmno. Una de las obras verdaderamente excepcional levantada por los misioneros fue la creación de la Academia de Chelmno, que funcionaba como “gimnasio académico” desde el 1387. El párroco de la

iglesia parroquial de Chelmno tenía la obligación de atender las necesidades de esta academia. Gracias al sacerdote Antoine Fabri, la academia había reforzado su posición porque había entablado numerosos contactos científicos con la academia de Cracovia.

En su actividad social, desarrollada a partir de 1622, los misioneros obtuvieron el apoyo de la Congregación de las Hermanas de la Misericordia, que se instalaron aquí gracias a la solicitud y a la protección de la reina Marie-Louise de Gonzague. Las Hermanas abrieron su primera casa no lejos de la iglesia de la Sainte Croix en Varsovia. El Padre Lambert Couteaux fue su primer superior (1652-1653) designado por los misioneros. En 1653 San Vicente designó al Padre Wilhelm Desdames (1653-1675) primer director. Las Hermanas de la Misericordia emprendieron actividades de beneficencia, lo que les llevó a una fructuosa cooperación.

LA VIDA COTIDIANA DE LOS MISIONEROS EN EL SIGLO XVII

Es difícil encontrar fuentes que relaten los primeros pasos de los misioneros por Polonia. Ciertamente, la vida en el seno de la Congregación se desarrollaba según el modelo de vida clerical de la época, y también de acuerdo a las tradiciones de la Congregación en Francia. El orden del día preveía levantarse diariamente a las 4 de la mañana, a las 4,30 comenzaba la oración de la mañana en común (breviario, meditaciones, lectura de la Sagrada Escritura y Eucaristía). Las actividades previstas por el superior se realizaban entre las 7 y las 11, y por la tarde entre la 1 y las 6. Las comidas se servían dos veces por día, a las 11 de la mañana y a las 6 de la tarde, precedidas por una breve oración. Después de la comida y la cena, se preveía una hora de descanso. El descanso nocturno comenzaba a las 9 de la noche, después de una hora de oración común a partir de las 8. Además de las oraciones diarias, la formación espiritual exigía que cada misionero recibiera el sacramento de la confesión una vez por semana, generalmente el sábado. Se tenía también una conferencia espiritual. El viernes se tenía el "capítulo", en el que cada uno confesaba sus faltas delante de la comunidad y el superior imponía una penitencia. Una vez al año, cada misionero debía hacer un retiro espiritual de ocho días; si alguien tenía un motivo importante que justificase su ausencia, sólo el Visitador tenía el derecho de conceder ese permiso.

Al grupo de los más eminentes misioneros del siglo XVII pertenecieron, sin ninguna duda, los Padres Lambert aux Couteaux (primer superior), Jean O'Fogerti, Paul Godquin y Michel Bartholomé Tarla. El P. Lambert se distinguió por su espíritu de sacrificio y la dedicación a su trabajo con los enfermos de Varsovia († 1652). El P. O'Fogerti por su fervor en el púlpito y en el confesionario. Protector de pobres y de

enfermos, sacaba fuerza espiritual en sus largas adoraciones al Santísimo Sacramento. El P. Godquin trabajó admirablemente en las misiones. Rápidamente aprendió la lengua polaca, lo que le dio la posibilidad de enseñar ciencias de la Iglesia en los años 1670-1694. Las fuentes mencionan su participación en 27 misiones.

El P. Michel Bartolomé Tarlo, primer Visitador de la Provincia polaca, fue admirable por su sorprendente personalidad. Descendiente de la familia Sandomierz Jean de Szcekarzewice Tarlo y de la princesa Anne Czartoriyski, nació el 24 de Agosto de 1656 en Lubowla en Spisz. Durante sus estudios en Roma, en el colegio Monte Citorio dirigido por los misioneros, decidió entrar en la Congregación que acababa de descubrir. Fue aceptado el 25 de Agosto de 1677. Después de finalizar sus estudios fue ordenado sacerdote en París. Allí comenzó a impartir cursos de filosofía en el seminario de Saint-Lazare. En Mayo de 1685 fue nombrado Visitador de la Provincia de Polonia, recientemente creada. Su espíritu de iniciativa le facilitó crear y desarrollar obras misioneras en tres nuevas casas, Cracovia-Stradom, Lowicz, Przemysl. En 1710 fue nombrado obispo de Poznan. Continuó residiendo en Varsovia, en la casa Sainte Croix, viviendo modestamente como cuando era misionero. Fue muy sensible a los pobres y a sus necesidades. Durante los años de hambre en Polonia hizo una llamada para ayudar a los más desprovistos. Murió en Lowicz el 20 de Septiembre de 1715.

Durante los años 1651-1697, 67 sacerdotes y 15 hermanos de la Congregación trabajaron en Polonia. Hasta el 1685 fueron enviados 11 misioneros franceses, 2 italianos y 3 polacos que se formaron en París o en Roma. En cambio, 11 sacerdotes y hermanos siguieron los cursos y terminaron sus estudios en el Seminario Interno en Varsovia. Los trabajos agotadores fueron la causa de la muerte de dos misioneros (los Padres Lambert y Ozenne). A causa de malentendidos vividos en el seno de la comunidad, tres sacerdotes abandonaron la Congregación. Varios misioneros franceses abandonaron definitivamente Polonia.

BIBLIOGRAFÍA

- J. DUKAŁA, *Organizacja studiów i przygotowanie do kapłaństwa alumnów w seminariach diecezjalnych pod zarządkiem Zgromadzenia Księża Misjonarzy w Polsce w latach 1675-1864*, Kraków 1974 (mps);
- [J. GAWORZEWSKI], *Zgromadzenie Księża Misjonarzy w Polsce. Okres I 1651-1864*, w: *Księga Pamiątkowa Trzechsetlecia Zgromadzenia Księża Misjonarzy 1625-1925*, Kraków 1925, s. 66-132;
- [M. KAMOŃSKI - G. PERBOYRE], *Mémoires de la Congrégation de la Mission*: t. 1 *La Congrégation de la Mission en Pologne*, Paris 1863-1864;

- J. KŁOCZOWSKI, *Zakony męskie w Polsce w XVI-XVIII wieku*, w: *Kościół w Polsce*, Kraków 1969, t. 2, s. 485-730;
- S. ROSPOND, *Polska Prowincja Zgromadzenia księży Misjonarzy w latach 1685-1772*, Lublin 1986 (mps);
- M. ŚWIĄTECKA, *Św. Wincenty a Polska*, NP t. 11: 1960, s. 35-100;
- W. WADOWICKI, *Historia Zgromadzenia Księża Misjonarzy w Polsce (1651-1660)*, Krakow 1902.

Traductor: Francisco Javier Álvarez Munguía, C.M.

ESTUDIO

Influencia de San Vicente Ferrer en San Vicente de Paúl

Patrick Collins, C.M.



San Vicente Ferrer

Parece que ya antes de su nacimiento en España, Vicente Ferrer venía predestinado por Dios para grandes cosas¹. Un dominico le dijo proféticamente a su padre: “Te felicito Guillermo. Dentro de pocos días tendrás un hijo que llegará a ser un prodigio de ciencia y de santidad...

¹ Por parte de su padre, su familia procedía de Bretaña y su nombre algunas veces se deletreaba Ferrer y otras, Ferrier.

En el mundo entero resonará la fama de sus maravillosas acciones; llenará el cielo de alegría y el infierno, de terror. Vestirá un hábito como el mío y será recibido en la Iglesia con alegría de todos como uno de sus primeros apóstoles”. Vicente se incorporó a los dominicos a la edad de veintidós años, se doctoró en Teología y comenzó enseñar y a predicar. Fue entonces cuando escribió un *Tratado de la Vida Espiritual* (*Treatise on Spiritual Life*, en adelante TOSL)² dirigido principalmente a los miembros de la Orden de los Dominicos. Es un resumen sucinto, práctico y exigente sobre cómo vivir una vida de perfección cristiana. A pesar de su manifiesta santidad de vida, Vicente fue acusado de herejía, porque cuestionaba el parecer común y enseñaba que Judas había ido al purgatorio y no al infierno. Los cargos le fueron condonados por su mentor, el antipapa Benedicto XIII, que quemó el dossier de la inquisición y nombró a Vicente su confesor.

Evangelizador Extraordinario

Estando seriamente enfermo, en 1399, Vicente tuvo una visión de Cristo de pie, en medio de Santo Domingo y San Francisco, que le dijo que fuera a predicar la penitencia y la inminente llegada del fin de los tiempos. Esta experiencia religiosa puso en marcha una de las más extraordinarias campañas misioneras en la historia de la Iglesia. Durante los veinte años siguientes, Vicente viajó incansablemente a lo largo y ancho de Europa predicando en lugares como Marsella, Ginebra, Lausanne, Bologna y Friburgo. Algunos libros dicen que visitó Bretaña e Irlanda, aunque no hay pruebas documentales de que lo hiciera. Popularmente llamado el “Ángel del juicio”, Vicente fue un predicador crítico que urgía a la gente a volverse al Señor antes de que fuera demasiado tarde. También predicaba la inminente llegada del Anticristo. Casi 600 años después de su muerte, el juicio que él predicaba no ha llegado. Quizá fue retenido como resultado de su evangelización eficaz.

Vicente celebraba la misa todos los días y predicaba largamente a miles de personas. Sabemos cómo hablaba, porque aún quedan unos 400 de sus sermones. En inglés, ha sido publicada una selección de ellos³. Su estilo era evangélico. Conocía de memoria las Escrituras y las citaba con frecuencia. Nunca citó autores profanos. Como él decía

² Loreto Publications, Fitzwilliam (NH) 2006. Cf. Ven. Julianne Morrell (1593-1653), a commentary on *A Treatise on the Spiritual Life*, Newman Press, Westminster (MD) 1951.

³ *A Christology From the Sermons of St Vincent Ferrer*, Blackfriars, London 1954.

Jesús nunca predicó a Ovidio, Virgilio u Homero. Ciertamente el ministerio de Vicente fue bendecido por Dios. A donde quiera que fuera, estaba siempre acompañado por más de cincuenta sacerdotes y a veces millares de personas. Y aunque no tenía medios de amplificación, se dice que le podían oír claramente hasta los más lejanos en una multitud de 50.000 personas. Finalmente, no sólo fue instrumento para la conversión de incontables miles de cristianos de nombre, sino que también convenció a decenas de miles de judíos y musulmanes trayéndolos a la fe. Vicente también se inmiscuyó en materias políticas. Tenía un don especial para reconciliar enemigos y fue llamado muy a menudo para actuar como juez y pacificador en asuntos políticos. Aconsejó a príncipes y calmó las disputas en las familias y en los que ostentaban altos puestos en el gobierno.

Vicente profesaba una gran admiración hacia su compañero dominico, Santo Tomás de Aquino, y frecuentemente citaba sus escritos. Tomás creía que los dones del Espíritu que aparecen en la lista de 1 Cor 12,8-10 se daban en orden a una evangelización efectiva. Hay carismas de revelación, de proclamación y de demostración⁴. Vicente Ferrer fue un ejemplo claro de lo que pensaba Tomás. Parecía poner práctica la mayor parte de los dones mencionados por San Pablo. Por ejemplo, recibía revelaciones de carácter profético. No sólo podía leer los corazones, sino que a menudo predijo acontecimientos futuros. Y así, en 1375 dijo a las multitudes hambrientas en Barcelona: “Tened ánimo y estar contentos, porque esta misma noche llegarán a este puerto dos barcos cargados de trigo”. La gente no creía esta predicción, porque había una furiosa tormenta en el mar. Pero sucedió como había predicho Vicente. Él proclamó el Evangelio con el don de la ayuda sobrenatural. En el proceso de canonización se dijo que aunque él siempre hablaba en su lengua nativa, la gente de otras lenguas le entendía cada palabra. Vicente hablaba sin intérprete. Como también atestigua el proceso de canonización, demostró la verdad del amor misericordioso que él proclamaba, por medio de obras prodigiosas. Se cree que en el periodo de veinte años realizó más de 50.000 curaciones, exorcismos y milagros, incluso la resurrección de más de 30 muertos.

Porque el corazón de San Vicente se conmovía ante la situación económica de la gente, construyó hospitales, asilos, refugios y hasta puentes. Las divisiones y herejías en la Iglesia le ocasionaban gran angustia de espíritu. Creía que la revitalización de la fe y de la moral dependía de la restauración de la unidad de la Iglesia y de una predi-

⁴ PATRICK COLLINS, C.M., “St Thomas Aquinas on the Evangelistic Nature of the Gifts of the Spirit”, in *The Gifts of the Spirit and the New Evangelisation*, Columba, Dublin 2009, pp. 56-72.

cación eficaz. Aunque apoyaba a los Papas de Avignon, llegó a entender que su mentor Benedicto XIII no era el verdadero sucesor de San Pedro. De hecho, sus oraciones fueron escuchadas cuando el Concilio de Constanza (1414-1417) reunió a la Iglesia bajo el Papa Martín V. Dos años después, gastado por sus gigantescos esfuerzos, Vicente murió, como había predicho Santa Coleta de Boilet (1381-1447) en Vannes, Bretaña. Como él mismo había profetizado más de una vez durante su vida, fue canonizado por el Papa Calixto III en 1445.

Vicente de Paúl influenciado por Vicente Ferrer

Leyendo sobre la vida y obras de Vicente Ferrer me sorprendió encontrar que algunos de sus biógrafos decían que había tenido una influencia importante en San Vicente de Paúl. Andrés Pradel, O.P. en su *St Vincent Ferrer: The Angel of the Judgment*, escribe que el santo español tuvo influencia en el “Beato Nicholas Factor, un franciscano, y en el gran San Vicente de Paul... San Vicente reconocía a San Vicente Ferrer como su especial patrono. Hizo de su vida un estudio diario y tenía siempre a mano el *Treatise on the Spiritual Life*, para poder ajustar a él no solo su propio corazón y sus propias acciones, sino también las de los sacerdotes de su instituto”⁵. En otro libro titulado *St. Vincent Ferrer, His Life, Spiritual Teaching, and Practical Devotion*, Pradel reitera lo que había dicho en su libro y añade: “San Vicente de Paúl alababa a San Vicente Ferrer como su patrón: y bien podemos pensar que los ejemplos de caridad de su modelo no quedarían sin influencia en el santo sacerdote que intentaba caminar sobre sus huellas”⁶. Prade dice que un biógrafo, llamado Antonio Teoli, O.P. que escribió la mayor biografía de Vicente Ferrer, publicada en Roma en 1735, decía que el santo español había tenido influencia en San Vicente de Paúl.

Cuando leí estas notas, me pregunté si alguno de los notables biógrafos de San Vicente de Paúl sostenían este punto de vista. El obispo Luis Abelly, que conoció al fundador de la Congregación de la Misión dice: “El veneraba a San Vicente Ferrer y se dice que en muchos de sus retiros leía de un libro escrito por este santo. Estaba tan influenciado por lo que había leído sobre la vida y enseñanzas de este santo que lo citaba frecuentemente en las charlas que daba a su comunidad. Imitaba, sobre todo, a este santo en su gran celo por la conversión de los pecadores y por la salvación de sus almas”⁷. En el siglo XX,

⁵ Tan, Rockford (IL) 2000, pp. 185-186.

⁶ R. Washbourne, London 1875, p. 98.

⁷ LOUIS ABELLY, *The Life of the Venerable Servant of God Vincent de Paul*, vol. 3, New City Press, New York 1993, p. 94. Hay una interesante nota a

Pedro Coste dijo de San Vicente de Paúl: “Su devoción se extendía a... San Vicente Ferrer, autor de un *Treatise on the Spiritual Life*, que le gustaba leer”⁸. Estas citas suscitan dos preguntas. Primero ¿hasta qué punto fue Vicente de Paúl influenciado por Vicente Ferrer? Y segundo, ¿se refirió Vicente de Paúl a Vicente Ferrer en sus charlas y escritos?

Ambos “Vicentes” vivieron en Tiempo de Crisis

En cierto sentido hay cierto paralelo entre las vidas de los dos hombres, en tanto que vivieron ambos en tiempos en que se evidenciaban serios problemas en la sociedad secular y en la Iglesia. Vicente Ferrer vivió al final de la edad media, cuando el continente europeo estaba en grave dificultad. Primero, la peste negra había hecho estragos en todos los países, incluso España, con el resultado de la pérdida de un tercio de la población. Segundo, la guerra de los cien años (1337-1453), entre Inglaterra y Francia, no solo llevó al martirio a Santa Juana de Arco (1412-1431) sino que tuvo un extenso efecto destructivo y devastador. Tercero, como había muerto tanta gente, a resultas de la peste bubónica y de la violencia, la economía declinaba y la pobreza crecía. Cuarto, la Iglesia estaba convulsionada por el gran cisma que duró de 1378 hasta 1417 y socavada por las herejías de gente como John Wycliffe (1330-1384) and John Huss (1372-1415). Estas situaciones escandalosas, comprometían la autoridad eclesiástica, dividían la fe y debilitaban la espiritualidad.

Vicente de Paul vivió al inicio de la edad de la razón, cuando la sociedad civil y la Iglesia estaban de nuevo en dificultad. Durante su juventud, Francia fue devastada por las guerras francesas de religión (1562-1598) mantenidas entre facciones católicas y hugonotes. Se cree que durante este periodo murieron entre 2 y 4 millones de personas como resultado de la combinación entre hambre enfermedades y combates. Poco después, Francia fue sacudida por la guerra llamada de la Fronda (1648-1653). Sabemos por los escritos de San Vicente, que esto produjo el desplazamiento de gran número de personas, privaciones y hambruna. Desde el punto de vista religioso, la Reforma Protestante había dividido la Europa Cristiana, incluida Francia. Aunque el Concilio de Trento había iniciado una Contra-reforma, publicando muchos

pie de página que dice que una de las razones para aceptar 1580 como fecha de nacimiento del santo es que su nacimiento habría caído en la fiesta de Vicente Ferrer.

⁸ PIERRE COSTE, *The Life and Works of St. Vincent de Paul*, vol. 3, New City Press, New York 1987, p. 305. PIERRE COSTE, *El Gran Santo del Gran Siglo*, vol. 3, CEME, Salamanca 1990.

decretos que abogaban por la reforma y la renovación, muy pocos de ellos se habían puesto en práctica en Francia, en el siglo XVII. Como resultado, había signos manifiestos de declive en la vida clerical y laical. Estaba además el problema de Jansenismo, una versión católica del puritanismo Calvinista que hacía hincapié en la predestinación. La Iglesia lo consideró herético y fue debidamente condenado.

No es sorprendente que Vicente de Paúl haya visto la respuesta que diera Vicente Ferrer a los problemas de su tiempo, por la predicación y la renovación de la Iglesia, como un ejemplo que podría ser interesante en la Francia de su tiempo. De hecho en una ocasión el canónigo Richard Dognon de Verdún escribió a Vicente de Paúl diciendo que había que bendecir a Dios: "Por haberle trasmitido, gracias a una metempsicosis⁹ que sólo a él pertenece, el espíritu, los afectos y el designio, juntamente con el nombre, del gran patrono de los misioneros san Vicente Ferrer, para el bien de nuestro siglo, en el que las misiones apostólicas que él instituyó en su tiempo son notoriamente más necesarias que jamás lo fueron"¹⁰.

El interés de Vicente de Paúl por Vicente Ferrer

Es probable que Vicente leyera una o más biografías de Vicente Ferrer. Sabemos que poco después de la muerte de Ferrer, el obispo de Lucera, Pedro Ranzano, escribió el primer relato oficial de la vida del notable dominico (1455). Le siguieron otras biografías, tales como la de Castiglione (1470) y otra, escrita en francés, por el dominico Bernardo Guyard (1634). Es muy posible que Vicente de Paul leyera este libro. Dicho esto, es poco probable que haya tenido acceso a alguno de los sermones de Ferrer¹¹. De todos modos, estamos seguros de que leyó y releyó el TOSL. Pero mientras sabemos que gente como Pedro Berulle, Francisco de Sales y Benito de Canfield influyeron en la espiritualidad de Vicente, se pasa por alto, el hecho de que Vicente Ferrer influyera sobre él.

Vicente de Paúl acostumbraba referirse a su tocayo y citaba sus palabras tanto en sus cartas como en las charlas que daba a las Hijas de la caridad y a los miembros de la Congregación de la Misión. Hay no menos de nueve de estas citas referidas en el índice general de la edición francesa de *Cartas, Conferencia y Documentos (en adelante*

⁹ El paso del alma, a la muerte, a otro cuerpo, esto es reencarnarse.

¹⁰ VINCENT DE PAUL, *Correspondence – Conferences – Documents*, vol. 1, New City Press, New York 1985), p. 152; SVP.ES I, 208.

¹¹ Algunos pueden encontrarse en <http://www.svfparish.org/svfsermons/index.htm>

CED) editada por Pedro Coste¹². Por ejemplo Vicente de Paúl escribiendo a Bernardo Godoing sobre un asunto de transacciones para el que se hubiera requerido cierto conocimiento de lenguas, le dice: “Dios le dará su gracia para que pueda entenderse con los extranjeros, lo mismo que se la dio a san Vicente Ferrer”¹³. En una conferencia, dada en mayo de 1658 a los sacerdotes de la Misión, habla sobre la importancia de ser deferentes o condescender con las opiniones de los demás en todo que no sea pecado¹⁴. Entonces cita el TOLS: “Es mejor regirse por la voluntad de otro, con tal de que sea buena, aunque nuestro propio juicio pueda parecer mejor o más perfecto”¹⁵. A lo largo de una charla a sus sacerdotes, sobre los seminarios, San Vicente dijo: “Si san Vicente Ferrer se animaba a la perfección con la idea de que Dios suscitaría algún día buenos sacerdotes y obreros apostólicos para elevar el estado eclesiástico y disponer a los hombres para el juicio final, con cuánta más razón nosotros, que vemos en la actualidad cómo se va recuperando el estado eclesiástico, hemos de animarnos cada vez más a la perfección, para cooperar en esta restauración tan deseable”¹⁶. En otra ocasión Vicente dijo: “Ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y abandonados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos, y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios”¹⁷. La llamativa frase “nuestros señores y maestros” parece copiada de Vicente Ferrer que escribió: “Debiéramos tener una mirada humilde y sincera hacia nuestros hermanos y someternos alegremente a ellos como a nuestros señores y maestros”¹⁸. A la luz de referencias como estas, sorprende que algunos biógrafos recientes como José María Román¹⁹ y Bernardo Pujo²⁰, parece que no hacen mención de San Vicente Ferrer.

¹² Vol. XIV, Lecoffre, Paris 1925, p. 636; SVP.ES XII, 558.

¹³ VINCENT DE PAUL, *Correspondence – Conferences – Documents*, vol. 2, cit., p. 232; SVP.ES II, 173.

¹⁴ CED X, 482; SVP.ES XI, 1033.

¹⁵ TOSL, cit., p. 3.

¹⁶ CED XI, 7-8 & citado por ABELLY, vol. 2, cit., p. 254; SVP.ES XI, 703.

¹⁷ CED XI, 393 & citado por THOMAS MCKENNA, *Praying with Vincent de Paul*, St. Mary's Press, Winona (MIN) 1994, pp. 59-60; SVP.ES XI, 273.

¹⁸ TOSL, cit., p. 38.

¹⁹ ST VINCENT DE PAUL, *A Biography*, Melisende, London 1999 (original en español, traducción a varias lenguas).

²⁰ VINCENT DE PAUL, *The Trailblazer*, Notre Dame University, Notre Dame (IN) 2003.

Los dos “Vicentes” en la predicación

No cabe duda de San Vicente Ferrer fue un notable y eficaz predicador del Evangelio. El describe cómo entiende su ministerio en un capítulo titulado, “En la Predicación”. En él advierte: use palabras sencillas y familiares en la predicación y en la exhortación. Para explicar al detalle lo que piensas; y en cuanto sea posible, ilustra lo que dices con algunos ejemplos, para que el pecador, encontrando su conciencia culpable de los mismo pecados que reprendes, puede sentir como si sólo estuvieras predicándole a él. De todos modos, haz esto de tal manera que tus palabras, tu discurso, pueda parecer que nace del corazón, sin ninguna mezcla de movimientos de indignación u orgullo, y que surgen de las entrañas de compasión, de la ternura de un padre, que está afligido por las faltas de sus hijos²¹. Cuando un lee los sermones de Vicente Ferrer, ve claro que él llevó a la práctica estos principios. Aún más, algunas cosas probablemente sorprenderán a quien ea el TOLS. Primero, prácticamente no incluye citas sea espirituales, patrísticas o contemporáneas. Segundo, el estilo es muy simple y claro, tratando de hablar brevemente sobre la naturaleza del tema en discusión, e.g. la perfección cristiana, siguiendo adelante para mencionar los motivos y los medios para predicarlo²².

Autores como el abad Arnaud d’Argel²³, Jacques Delarue²⁴, y José María Román²⁵ incluyen interesantes secciones sobre los puntos de vista de Vicente de Paúl acerca de la predicación. Muestran cómo lo que dijo Vicente de Paúl, incluido en diversos temas, a lo largo de los años, sobre la predicación, era el “pequeño método”, que dijo que era el método de Jesús Cristo. Y exclamó en una ocasión: “¡Viva la sencillez, el pequeño método, que es el más excelente y el que puede producir más honor, convenciendo al espíritu, sin todos esos gritos que no hacen más que molestar a los oyentes!”²⁶. El método consta de tres partes interrelacionadas que necesitan alguna acomodación, dependiendo del tema que se considera, sea una virtud, la vida de un santo, una parábola etc. Primero trata de la naturaleza del asunto de que se trata, e.g. la salvación. En segundo lugar, el predicador sugiere los motivos para actuar e.g. por qué una persona habría

²¹ TOSL, cit., p. 24.

²² Cf. TOSL, cit., pp. 30-32; 40-41.

²³ SAINT VINCENT, *A Guide for Priests*, Burns Oates, London 1932, pp. 106-133.

²⁴ *The Missionary Ideal of the Priest According to Vincent de Paul*, Vincentians, Philadelphia 1993, pp. 121-128.

²⁵ ST VINCENT DE PAUL, *A Biography*, cit., pp. 348-351.

²⁶ CED XI, 286; SVP.ES XI, 186.

de desear experimentar la salvación, e.g. la pena por ofender al Señor y el temor a perder el cielo. En tercer lugar, el predicador expone los medios para hacer algo práctico y específico, e.g. confiando en el gratuito e inmerecido don de la misericordia de Dios y haciendo una buena confesión general.

Cualquiera que lea el TOSL de Vicente Ferrer advertirá que el pequeño método, que comprende naturaleza, motivos y medios, está implícito en lo que él escribe. Aún más, muchas cosas que San Vicente de Paul dice sobre la predicación parecen el eco de los puntos ya tratados por Vicente Ferrer. Podemos ver algunos ejemplos: Primero, como ya se ha advertido, Vicente Ferrer no citaba autores seculares. A su vez, Vicente de Paúl reprendía a los predicadores que trataban de “causar asombro llenando sus sermones de gran variedad de cosas tales como extractos de filosofía, matemáticas, medicina, jurisprudencia citas de los Rabinos Judíos, palabras en griego, hebreo, siriano, caldeo... en una vana ostentación de conocimientos”²⁷. En cierta ocasión, Vicente de Paúl dijo: “No utilicemos, a no ser con mucha sobriedad, los textos de los autores profanos, a menos que sea para servir de confirmación a-la Escritura”²⁸. En segundo lugar, Vicente Ferrer avisaba a los predicadores que no hablaran con espíritu de orgullo. Vicente de Paúl repetidas veces avisó sobre este mismo peligro. “Hemos de permanecer fieles, decía, a la sencillez y humildad de nuestro Salvador Jesucristo. El podía haber dado un gran brillo a sus obras y una fuerza soberana a sus palabras, pero no lo hizo”²⁹. En tercer lugar, Vicente Ferrer decía que la predicación intentaba ayudar a los pecadores a tomar conciencia de sus pecados de modo que les condujera al arrepentimiento. Vicente de Paúl dijo: “No busquemos nuestra propia satisfacción, sino el convencimiento de las almas y su propósito de hacer penitencia, ya que todo lo demás no es más que vanidad y orgullo”³⁰. En cuarto lugar Vicente Ferrer acentuó la importancia de predicar la verdad en espíritu de compasión como un padre o una madre amorosos. Vicente de Paúl citó a su patrón cuando dijo: “San Vicente Ferrer dice que no es posible obtener provecho de la predicación si no se predica con entrañas de compasión”³¹. En otra ocasión dijo algo similar: “Hay que emplear palabras compasivas que le hagan ver al prójimo cómo nos interesamos por sus penas y sufrimientos”³². En quinto

²⁷ Citado por DELARUE, *op. cit.*, p. 123.

²⁸ CED XI, 50 & citado en ABELLY, vol. 2, cit., p. 19; SVP.ES XI, 741.

²⁹ CED XII, 211-227 & citado por ABELLY, vol. 2, cit., p. 86; SVP.ES XI, 519.

³⁰ DELARUE, *op. cit.*, p. 127.

³¹ VINCENT DE PAUL, *Correspondence – Conferences – Documents*, vol. 1, cit., p. 526; SVP.ES I, 527.

³² CED XI, 77 & citado por ABELLY, vol. 3, cit., p. 119; SVP.ES XI, 771.

lugar, Vicente Ferrer recomendaba a los predicadores ilustrar lo que querían decir con ejemplos de la vida de cada día. Vicente de Paúl dijo algo similar: “Ya ve usted cómo Jesús, hablaba de forma inteligible y se servía de comparaciones familiares: el labrador, el viñador, el campo, la viña, el grano de mostaza. Así es como tiene usted que hablar, si quiere que le entienda el pueblo, al que anuncia la palabra de Dios”³³.

Conclusión

Aunque los dos “Vicentes” fueron notables predicadores del Evangelio, cada uno a su manera, había obvias diferencias entre ellos. Vicente Ferrer fue un profeta escatológico que se centró en la presencia del anticristo y en la inmediatez del fin de los tiempos y del juicio final. Vicente de Paúl no se centró en ninguno de estos temas. Vicente Ferrer fue un notable autor de prodigios mientras que hay muy pocas pruebas de que Vicente de Paúl curase enfermos o los librara de malos espíritus. Hay ciertamente una interesante discusión sobre el significado de las acciones prodigiosas en las vidas de los santos, en los cuatro volúmenes del Obispo Prospero Lambertini (1675-1758) *De Servorum Dei Beatificatione et Beatorum Canonizatione*³⁴. El autor, que luego llegaría a ser Papa Benedicto XIV, mencionó las actividades carismáticas de Vicente Ferrer, tales como el hecho testificado por San Antonio (1389-1459), un dominico arzobispo de Florencia, en el proceso de canonización, de que aun que Vicente hablaba en español, le entendieron todos³⁵. Lambertini se encargó del proceso de canonización de Vicente de Paúl. Hablando de ello más tarde, dijo: Matthaeucci dice que además de las virtudes heroicas, los promotores de la fe, suelen exigir, por mayor precaución, alguna gracia *gratis data*. Confieso que cuando fui promotor de la fe no omití hacer esta observación. Lo hice en la causa de San Vicente de Paúl y el prudente postulador contestó que las gracias *gratis datae* no eran necesarias para formar un juicio sobre sus virtudes heroicas, aunque algunas no faltaban en el siervo de Dios. Estas son sus palabras: “Aunque las gracias *gratis datae* no son necesarias para probar la heroicidad de las virtudes, y por lo tanto no es necesario que San Vicente de Paul hubiera estado dotado de ellas para advertir que había llegado a la virtud heroica, de todos modos presentaremos muchos asuntos de importancia de los que se

³³ CED XI, 342-351 & citado por ABELLY, vol. 3, cit., p. 320; SVP.ES XI, 239.

³⁴ Prato, Roma 1840.

³⁵ *Heroic Virtue*, vol. 3, Richardson, London 1851, p. 224.

podrá inferir que el siervo de Dios estuvo en posesión de estas gracias de las que ahora hablamos”³⁶. Desgraciadamente, Lambertini no ofreció ejemplos de los poderes carismáticos de Vicente. Uno podría arriesgar que pensaba en que Vicente tenía los dones de la palabra de sabiduría y del conocimiento así como los dones del discernimiento de espíritus y de las visiones, como se probó en la imagen profética que vio a la hora de la muerte de Juana Chantal³⁷.

Los hallazgos de este artículo intentan ser indicativos más que conclusivos. El tema de la influencia de Vicente Ferrer en la espiritualidad de San Vicente de Paúl, necesita un tratamiento más riguroso desde el punto de vista metodológico y textual que lo que yo he podido hacer. Aun así, creo que, en conjunto, el ejemplo de los dos “Vicentes” nos enseña por lo menos tres lecciones relevantes para este tiempo de crisis en la Iglesia y en el estado. Primera, nuestros múltiples problemas, que a menudo son el resultado del pecado del olvido de Dios, son una llamada providencial para buscar al Señor mientras puede ser aún encontrado (cf. Is 55,6). Segunda, aunque los cristianos tienen razón al acentuar la primacía del amor misericordioso de Dios, también necesitan referirse no sólo a la divina justicia, que se ejercerá en el último día, sino también a la posibilidad de la separación eterna de Dios. Tercera, cuando compartimos el Evangelio de diferentes maneras, podemos esperar que Dios manifieste su poder salvador y su presencia por medio de obras de caridad, acción a favor de la justicia (e.g. la Familia Vicenciana) y carismáticas obras prodigiosas (e.g. Vicente Ferrer). De esta manera ayudaremos a entrar en la nueva primavera de que hablaron los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Hay un ejemplo conmovedor de cómo puede llegar esta nueva primavera, en el gráfico relato que hace Abelly sobre una misión vicenciana, llevada a cabo en 1641. Tuvo lugar como resultado de la insistente petición de la duquesa de Aiguillon. Llamó a San Vicente para evangelizar el barrio de Saint Germain des Pres en París, que estaba muy necesitado, hundido, una zona del crimen organizado. Como resultado de los esfuerzos, acompañados de la gracia, nos cuenta Abelly, que “los mismos que trabajaban en la misión estaban llenos de asombro, viendo que no había proporción entre los medios empleados y los efectos conseguidos. Porque, además de la gran asistencia a las predicaciones y los catecismos, aunque los hacían de una manera muy sencilla y familiar, según los consejos del Sr. Vicente, estaban sorpren-

³⁶ *Ibidem*, p. 97. Cf. PATRICK COLLINS, C.M., “Benedict XIV on the Link Between the Charisms, Holiness and Evangelisation”, in *The Gifts of the Spirit and the New Evangelisation*, cit., pp. 73-90.

³⁷ ABELLY, vol. 2, cit., pp. 283-284; SVP.ES II, cap. 7, 238-240.

didos y admirados, al ver a unos pecadores inveterados, a unos usure-
ros endurecidos, a unas mujeres abandonadas, a unos libertinos que
habían pasado toda una vida desordenada, en fin, a unos hombres sin
fe y sin Dios, que venían a postrarse a sus pies con los ojos llenos de
lágrimas y el corazón vivamente tocado por el dolor de sus pecados
pidiendo misericordia”³⁸.

Traductor: JULIO SUESCUN OLCOZ, C.M.

³⁸ ABELLY, vol. 2, cit., pp. 223-224; SVP.ES II, cap. 3, 385.